



LA NUEVA
CONDESA
de *Brandbury*
Hall

Segunda parte de la bilogía
Aprendiendo a amar

ANNE MARIE WARREN

LA NUEVA
CONDESA

de *Brandbury*
Hall

Segunda parte de la bilogía
Aprendiendo a amar

ANNE MARIE WARREN

©1ª Edición Mayo 2017

©Copyright y edición de la obra: Anne Marie Warren

Diseño de portada: Alexia Jorques

Maquetación: Teresa Cabañas

Promoción: Proyecto romance

©Todos los derechos reservados.

Prohibida su copia o distribución sin la autorización del autor.

A mis padres.

Por haberme dado tanto sin pedirme nada a cambio.
Pero sobre todo por vuestro amor incondicional a esta soñadora.

Gracias por apoyarme en mis locuras.

[ÍNDICE](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

Capítulo I

Brandbury Hall.

Enero de 1874

Es difícil expresar con palabras lo que un corazón enamorado puede llegar a sentir. Ser la esposa de alguien al que amas, tenerlo cerca de ti, poder hablarle en confianza, reír junto a él de trivialidades, o simplemente estar sentada a su lado, era algo impensable para Jane hasta hace apenas unos días, y ahora, sin embargo, se trataba de algo de lo más común y satisfactorio.

Llevaban casados casi tres días, de los cuales los dos últimos los habían pasado viajando hacia el que iba a ser su hogar, y desde el principio fue innegable la felicidad que acompañaba a Jane, aunque en ocasiones su semblante se volvía nostálgico. Empezó a ser evidente que conforme se acercaban a Brandbury Hall más nerviosa se sentía, por lo que la charla se fue acallando y solo sus ojos mostraban lo que estaba pensando.

En el carruaje, sentado frente a Jane, se encontraba Braxton que alternaba su mirada entre su mujer y las tierras, pues no quería perderse ningún detalle de la expresión de su cara. En todo ese tiempo había aprendido algunas cosas más sobre su esposa que le agradaron; como que era paciente con todo el mundo; no era una mujer dada a las quejas; sabía amoldarse a las incomodidades del viaje; y descubrió algo que le complació sobremanera, y es que a su lado no se sentía incómodo.

Habían charlado animadamente por el camino, y ella pareció encantada de escucharle comentar sobre la que iba a ser su nueva residencia. Su aire risueño y soñador no la había abandonado en ningún momento, ni siquiera cuando habían pasado el día entero en el carruaje mientras atravesaban la campiña inglesa. Todo ello bajo un cielo que amenazaba cada vez más frío y

un campo cubierto por la nieve.

Pero mientras Braxton estaba feliz por las buenas expectativas que se le presentaban, Jane se encontraba dividida por dos sentimientos enfrentados. Por un lado estaba la añoranza de su familia y de su tierra natal Greenville Hills, la cual se hallaba muy lejos, y por otro la alegría de estar viviendo el sueño de ser la esposa del hombre al que amaba. No es que la nostalgia la volviera triste, sino que le costaba hacerse a la idea de no tener el apoyo de Emma y la fortaleza que le otorgaba su padre.

Sabía que no debería sentirse sola o asustada, pues Braxton se había mostrado complaciente con sus deseos y, aunque aún no habían intimado, estaba convencida de que él estaba satisfecho de haberla hecho su esposa. Pero le esperaba algo tan nuevo, que no estaba segura de estar preparada y a cada paso que se acercaban, más dudas se le acumulaban.

Sobre todo cuando las nubes se despejaron y en la lejanía pudo divisar, las primeras formas de algo que jamás se hubiera esperado. Surgiendo desde la tierra hacia el cielo, se hallaba la cuna de uno de los linajes más destacados de Inglaterra. Condes que ganaron la simpatía de sus reyes, guerreros que defendieron sus tierras con su sangre y que formaron una estirpe de hombres de gloria. Y ahora, entre sus muros, entraría a formar parte de esta historia Jane. Una pequeña mujer que temblaba al contemplar el esplendor del último bastión de legendarios caballeros.

Siempre quedara en el recuerdo de Jane la primera vez que vio Brandbury Hall. Desde su carruaje, estando aun a una distancia considerable, pudo divisar los grandes rosetones que se alzaban majestuosos como queriendo tocar las nubes. Una mansión que imponía a cuantos la veían por su tamaño y evidente antigüedad, pero sobre todo, por ser una muestra en piedra clara de la grandeza del linaje de los Brandbury.

Su visión era tan espléndida, aun cuando la tarde estaba ya avanzada, que en ese momento se sintió incapaz de ocupar el puesto que como nueva condesa de Brandbury Hall se pretendía que asumiera.

Ante ella tenía un edificio con siglos de historia, mientras que Jane solo era una mujer de apenas dieciocho años que en contadas ocasiones había salido del refugio de su hogar. Una muchacha impulsiva y con ideas propias, que

contrastaba con el tradicionalismo que envolvía la propiedad.

Y ahora, sin embargo, tendría que asumir el control de la mansión y de todos sus ocupantes. Un peso que sentía cada vez más pesado sobre sus hombros y no podía ignorar, aun sabiendo que su forma de hacer y decir las cosas podrían meterla en serias dificultades. Sin olvidar que tendría que ganarse el respeto de los sirvientes, arrendatarios, vecinos, y habitantes que estuvieran a su cargo.

Tal era su temor en ese instante que se sintió incapaz de llevar la mansión, de comportarse como se esperaba de una condesa, y de ser capaz de llevar su matrimonio adelante. La duda se apoderó de ella y empezó a sentir como su boca se secaba y las manos le sudaban. Incluso hubiera jurado que la casa le pareció más oscura, más grande, y que la miraba de forma siniestra.

Braxton debió notar su turbación conforme las formas de la mansión se iban acentuando, pues le sonrió y cogiendo sus manos para calmarla le dijo:

—Tranquila pequeña. La primera vez siempre impone, pero enseguida te acostumbrarás a ella y verás que solo es una casa.

Jane sintió como el toque de la mano de Braxton la tranquilizaba y no pudo resistirse a mirarle. Fue entonces, al contemplar el brillo de sus ojos y su sonrisa perturbadora, cuando sintió el inmenso amor que le procesaba, dándose cuenta de que por él sería capaz de hacer cualquier cosa. Incluso ser la condesa que todos esperaban que fuera.

Había deseado formar un hogar a su lado y ser la mujer que necesitaba. Sabía que tenía un largo camino por delante y que este no iba a ser sencillo. Pero recordó que Braxton no era como los demás nobles y mucho menos como su padre. No le exigiría la severidad con que se solían llevar las propiedades y estaba segura que ella dispondría de más flexibilidad en sus asuntos. Se recriminó por su cobardía nada más ver aparecer la mansión y con ello las responsabilidades, y trató de ver el lado positivo de traer sangre joven y moderna a esta tierra.

Poco a poco se fue notando más serena tras su reflexión y también gracias a las palabras de ánimo de Braxton. Sintiendo una profunda gratitud por el apoyo de su esposo le sonrió como respuesta, y se propuso ser ella misma y a asumir su nuevo papel de condesa con voluntad, coraje y cariño. Decidida,

miró con aire renovado por la ventanilla y contempló como el carruaje recorría los últimos metros.

La mansión se encontraba cada vez más cerca y había perdido parte de su arrogancia, aunque aún daba la sensación de que los estaba esperando para darles su veredicto.

Se había construido sobre una pequeña elevación para acentuar la sensación de majestuosidad y estaba rodeada de inmensos jardines. Aunque al encontrarse en pleno mes de enero estos estaban cubiertos por la nieve y no se podían apreciar cómo se merecían. Aun así Jane ya empezó a hacer planes para visitarlos, pues amaba la jardinería y no pensaba dejar pasar la oportunidad de volver a sentir sus manos manchadas de tierra fértil.

Pero hubo algo que llamó especialmente la atención de Jane. Se trataba de un lago que cruzaba la propiedad por un lateral y se alejaba serpenteante por el prado. Pescar con sus hermanos o patinar en invierno sobre el lago era algo que solía hacer con frecuencia, y se ilusionó al comprobar que podría seguir haciendo estas actividades que tanto le agradaban.

Pero eso no fue todo. También pudo ver un bosque de abedules que se extendía a lo lejos, grandes colinas donde se podría cabalgar con total libertad, un mirador, un inmenso invernadero, y centenares de detalles que ahora podía ver con sus propios ojos y que durante el viaje Braxton le había contado.

Se dio cuenta que ante tanta belleza y esplendor no sería ningún sacrificio convertir esa mansión en su hogar, sino que más bien se trataría de toda una aventura.

Ahora que se sentía más tranquila después de esa primera impresión, y de esa sensación de agobio, Jane se propuso hacer todo lo posible por ser una señora justa, una esposa amorosa, y una mujer dispuesta a enfrentarse ante cualquier dificultad. Al fin y al cabo ella era inteligente y sabría cómo lidiar con años de protocolo y servilismo.

A los pies de la escalinata principal vio como los sirvientes empezaban a organizarse en filas, a la espera de dar la bienvenida a sus nuevos señores. Aunque lo que más deseaban ver era a la nueva condesa, pues Braxton se había criado en esa propiedad, y a pesar de haber estado unos años alejado debido a la enemistad que surgió con su padre, había visitado la mansión

meses antes de la boda para empezar con las mejoras.

—¿Estas preparada? —quiso saber Braxton cuando el carruaje empezó a disminuir de velocidad.

Jane le miró con una amplia sonrisa ya que el temor había sido sustituido por la impaciencia, y pudo comprobar como Braxton empezaba a respirar aliviado.

Debió haber temido que Jane perdiera los nervios y quedara en ridículo delante del servicio, o algo peor. No podía reprochárselo, pues la conocía lo suficiente como para saber que su impulsividad y su juventud en ocasiones le jugaban una mala pasada, y acababa metiéndose en los líos más asombrosos.

—Jane —la llamó para que le prestara atención—, solo tienes que ser tú misma. Estoy seguro que les encantarás en cuánto te conozcan.

—Gracias Braxton. La verdad es que estoy un poco alterada—le confesó con un nudo en la boca del estómago debido a tantos cambios seguidos. El mayor de ellos el poder llamarlo por su nombre de pila, algo que le encantaba cuando escuchaba de sus labios llamarla Jane.

—Es comprensible, pero en cuanto puedas descansar un rato se te pasarán enseguida todos esos nervios.

Nada más acabar estas palabras el carruaje paró frente a las escalinatas, y a Jane solo le quedó revisar su vestuario para asegurarse de que estuviera en orden. No quería aparentar ser la hija de un rico baronet de provincia que apenas había salido de su condado, sino más bien una mujer refinada con un gusto exquisito y vestida a la última moda. Aunque su ropa estuviera arrugada por el viaje y su bonete estuviera algo más inclinado de lo que debería.

Braxton fue el primero en bajar ofreciéndole después su mano para ayudarla a salir del carruaje. Decidida a empezar su nueva vida con buen pie la agarró con fuerza, notando el ya conocido estremecimiento que sentía cada vez que lo tocaba. Con toda la elegancia que le fue posible descendió con cuidado hasta pisar el suelo del que sería su nuevo hogar.

Al principio Jane sintió un hormigueo que le subió por las piernas debido a las largas horas de viaje. Por suerte Braxton debió sentir lo mismo, pues no le soltó la mano y ambos se quedaron unos segundos esperando hasta que la

sangre volviera a circular correctamente. Algo que ella le agradeció, pues no hubiera sido muy correcto por parte de la nueva condesa, que en su presentación a los sirvientes, esta hubiera acabado rodando por el suelo.

Recuperada y resuelta alzó la vista, y pudo contemplar la impresionante mansión de grandes ventanales y cuatro pisos de altura que se alzaba altiva sobre ella. Sin dejarse impresionar por tanta belleza se aferró al brazo de Braxton decidida a hacerse un lugar en esa familia. Con su mejor sonrisa, y tratando de aparentar una tranquilidad que en realidad no sentía, caminó orgullosa de ser la nueva propietaria de Brandbury Hall.

En lo alto de la escalinata se encontraban más de una treintena de empleados. Todos tiritando a causa del frío y expectantes con sus narices rojas y sus ojos curiosos.

Ninguno tuvo el descaro de mirarlos directamente a la cara, pero todos ellos aprovecharon cualquier excusa que se les presentó para echarles una mirada y quedarse con su opinión.

La única cara conocida que Jane pudo ver fue la de su doncella personal Betsy, y estuvo a punto de echarse a sus brazos emocionada por poder contar con ella.

—Bienvenida milady —le dijo esta mientras hacía una reverencia mostrando su respeto. Hasta que le guiñó un ojo y toda formalidad quedó en nada.

Por suerte nadie más que la destinataria del guiño lo vio, y le sonrió como recompensa por su gesto cariñoso.

—Muchas gracias Betsy. Me alegro de tenerte con nosotros.

Jane contempló a los sirvientes mientras Braxton hablaba con quién debía ser el ama de llaves, aprovechando estos segundos para observar a los hombres y mujeres que estaban a su servicio.

Todos ellos mostraban un semblante entusiasta aunque reservado. Se notaba su alegría al tener una nueva ama, esperando que la nueva lady fuera una mujer justa. La mayoría de los sirvientes eran muy jóvenes, algunos incluso más mancebos que ella, por lo que seguramente serían las doncellas y las ayudantes de cocina, o en el caso de los hombres, los ayudantes del jardinero o del palafrenero.

Todos ellos se encontraban en la fila del fondo y trataban de no mostrar su nerviosismo y su curiosidad. En los primeros puestos se encontraban los de más edad y por consiguiente los de mayor rango. Entre ellos el ama de llaves que sería desde ese instante su mano derecha.

—Jane, permíteme que te presente al ama de llaves, la señora Lewis —le presentó Braxton notándose en su voz cierto tono de cariño—. Estoy convencido de que ambas conseguiréis que Brandbury Hall vuelva a convertirse en un hogar.

—Estoy segura de ello —le respondió Jane mientras asentía con la cabeza ante la genuflexión de la mujer.

—Puede contar conmigo para lo que desee milady.

Al escuchar las palabras de la señora Lewis Jane sintió una opresión en el pecho. Llevaba tan poco tiempo casada que aún se sorprendía cuando se referían a ella como condesa o milady, y más cuando la llamaba así alguien a la que apenas conocía. Aunque estaba segura de que pronto se acostumbraría pues adoraba ser la esposa de Braxton.

—Y ahora Jane permíteme que te presente a Starling.

Las palabras fueron dichas en un tono de voz tan elevado, que por un momento Jane se quedó perpleja preguntándose qué le había pasado a su esposo para ponerse a gritar a pleno pulmón.

Hasta que Jane miró al anciano que estaba colocado al lado derecho de la señora Lewis, y entendió en el acto que ese hombre, debido a su avanzada edad, debía de estar medio sordo.

—Él es el primer mayordomo de la mansión. Lleva con nosotros desde los tiempos de mi abuelo y es un excelente empleado.

El aludido intentó mantenerse lo más erguido posible mientras escuchaba los halagos de su señor, aunque sus piernas y su espalda se estaban empezando a resentir.

—Mucho gusto señor Starling —le saludo Jane alzando la voz.

Pero cuando vio que el aludido no se había enterado, carraspeo para aclararse la garganta, y tomando aire, gritó como una posesa su saludo. Solo entonces el

anciano sirviente se enteró de las amables palabras de su señora e intentó hacer una elegante reverencia.

Desgraciadamente sus piernas y su equilibrio ya no eran las de antes, y si no hubiera sido por la señora Lewis y otro sirviente que disimuladamente lo sostuvieron, el pobre Starling habría acabado en el suelo.

Un dato que le llamó la atención fue que no hubo ninguna risita o comentario por parte de los otros empleados. Si no que todos, incluso los más jóvenes, permanecieron en sus puestos sin inmutarse, como si lo que acababa de suceder fuera lo más normal del mundo. Algo que impresionó a Jane, ya que eso demostraba el respeto que todos sentían por el anciano mayordomo. Estaba segura de que el señor Starling solo ocupaba un puesto de respeto por los años de servicio, pero que en realidad no ejercía de sirviente.

—Ya te lo explicaré cuando estemos en privado —le indicó Braxton cuando se percató de lo que podía estar pensando su esposa.

—Y ahora permíteme que te presente al señor Peers. El segundo mayordomo.

Esta presentación confirmó las sospechas de Jane, pues era la primera vez que tenía conocimiento de que en una misma mansión trabajaran dos mayordomos.

—Señor Peers —le saludó Jane como lo había hecho con la señora Lewis y obteniendo el mismo gesto de respeto por parte de él.

—Permítame darle la bienvenida a Brandbury Hall de parte de todo el servicio, además de comunicarle el placer que supone para nosotros el servir a la nueva condesa — manifestó el señor Peers con total formalidad, mirando al frente completamente rígido y sin mirarla a los ojos, pues esto último se consideraría como una falta de respeto.

Jane se quedó sin saber que decir ante tal muestra de reverencia y rectitud, ya que era la primera vez en su corta vida que la trataban con tanta cortesía y distinción. Por suerte la señorita Spencer la había educado con el refinamiento apropiado para una dama y supo cómo responder correctamente.

Mirándoles a él primero, y después a los demás sirvientes con la cabeza bien alta y una sonrisa en los labios, les dijo:

—Le agradezco sus palabras señor Peers y estoy segura de que hallaré su servicio de mi agrado. Como seguramente sucederá con todos los que trabajan

bajo el techo de Brandbury Hall.

Braxton la miró con orgullo y le sonrió pues notaba como se estaba esforzando por ser la perfecta señora que todos esperaban.

—Y ahora Jane, si te parece bien, será mejor que dejemos el resto de las presentaciones para cuando todos nos hayamos calentado. Aquí afuera hace demasiado frío y ya hay demasiadas narices rojas.

Algunos empleados rieron por lo bajo la broma de su señor, agradecidos de que también pensara en su bienestar. Excepto Starling, que no se enteró de nada y simplemente se quedó tieso y con la mirada fija al frente.

—Estoy de acuerdo —comentó Jane, y llevándose su mano enguantada a su nariz acabó diciendo—: De hecho la mía debe ser la más colorada de todas.

Las risitas se volvieron a escuchar y Jane pudo notar como algo cambió en el ambiente. Se podía percibir más relajado, y sin apenas esa tensión invisible con la que se habían encontrado al llegar. Se alegró de haber conseguido con tanta rapidez ser del agrado de los sirvientes, y se dio cuenta que para ella también había sido importante ser aceptada.

Sin más dilación entraron en la mansión seguidos por la señora Lewis y el señor Peers, por lo que Jane dedujo que los demás empleados volverían al interior de la residencia por la puerta de servicio. Del primer mayordomo, el señor Starling, no supo nada, por lo que Jane pensó que alguien del servicio se ocuparía de él.

Si el exterior del edificio era magnífico, su interior dejaba sin aliento. Lo que más impresionaba nada más entrar era una enorme escalera de mármol que subía hasta el piso superior desde donde se podía ver un pasillo. La vista desde este debía de ser excepcional pues podías ver con claridad el conjunto de la entrada.

Pero no fue hasta que elevó su mirada cuando se percató de la más maravillosa obra de arte que había visto en su vida. Jane no pudo hacer otra cosa más que quedarse paralizada al contemplar semejante belleza, olvidándose de aparentar ser una mujer de mundo.

Braxton se percató de lo que estaba mirando su esposa, y se quedó a su lado observando también el fresco representado en la cúpula de la entrada. En él se

podía ver una escena salida del paraíso, donde los ángeles jugaban distraídos entre las nubes.

Para él, contemplar esta obra de arte era algo normal, por lo que no solía sentir la misma impresión de quien lo vislumbraba por primera vez. Pero en esta ocasión lo observó como si fuera algo nuevo, al contemplarlo a través de los ojos de Jane. Le encantaba verla tan fascinada pues quería que amara esa mansión como antaño él la había amado, y como en el futuro la volvería a amar.

—Siempre impresiona la primera vez que se contempla —le comentó Braxton aun cerca de ella.

—Creo que nunca podre acostumbrarme a ver algo así —volviéndose hacia Braxton con una sonrisa en los labios le señaló—: Me temo Lord Brandbury, que deberá habituarse a verme ensimismada cada vez que atraviese esa puerta. Braxton sonrió encantado por su declaración y le besó la mano como muestra de su agrado.

Jane siguió caminando por el espléndido suelo de mármol, sin dejar de contemplarlo todo a su alrededor, y sin quererse perder ningún detalle de los retratos, los murales, los muebles y los adornos que decoraban la mansión.

—Milady, sí así lo desea, mañana podría enseñarle la residencia —señaló el ama de llaves.

—Me parece una magnífica idea señora Lewis —y girándose para mirarla a la cara le comunicó—: Aunque no puedo asegurarle que pueda aguantar tanto tiempo.

La señora Lewis sonrió e inclinó la cabeza, complacida de que a la nueva condesa le agradara tanto la casa y tuviera tantos deseos de conocerla.

—Descubriré, señora Lewis, que mi esposa es una mujer decidida e independiente, capaz de los logros más asombrosos.

—¡Braxton no digas eso! ¿Qué va a pensar ahora la señora Lewis de mí?

—Estoy convencido que tu forma de ser agradara en gran medida a la señora Lewis —señaló Braxton con orgullo, dándose cuenta que las palabras de su esposo no habían sido dichas para humillarla, sino para alabarla.

—Estoy seguro de ello milord —aseguró el ama de llaves mientras miraba con cariño a Jane.

Jane se sonrojó ante semejante cumplido, y le complació que el ambiente en la casa fuera tan relajado entre amos y sirvientes. En su familia también trataban de esta forma a los que ostentaban un mayor rango, y le hubiera costado mucho mostrarse con formalismo.

—Y ahora si me disculpas pequeña, temo que debo dejarte, pues unos asuntos requieren de mi atención y no puedo postergarlo por más tiempo —dicho esto besó su mano—. Si así lo deseas, durante la cena podemos hablar de las mejoras que necesita Brandbury Hall.

—Me parece una idea maravillosa.

—Mientras, descansa y relájate un poco —continuó Braxton sujetando aun la mano de Jane.

Durante un momento se quedaron mirando sin ser capaces de separarse y de que Braxton le soltara la mano. Unos segundos después él se vio obligado a comportarse con rectitud, pues la señora Lewis y el señor Peers se encontraban en la misma sala que ellos, y se les notaba algo incómodos al sentirse como unos fisgones que presenciaban un acto privado entre dos recién casados.

Sin nada más que hacer o decir Braxton se despidió de Jane con una reverencia, y se marchó hacia su despacho, el cual estaba a un lado del amplio vestíbulo, seguido de su fiel mayordomo el señor Peers.

—Si me permite milady, mandé preparar en sus aposentos un baño de agua caliente para cuanto llegara.

Al escuchar la voz de la señora Lewis Jane volvió a la realidad, y asintió mientras contemplaba como se adentraba su marido por una habitación al fondo. Justo delante de los pies de la gigantesca escalinata.

—Se lo agradezco señora Lewis, la verdad es que necesito relajarme un poco y quitarme el polvo del camino —le indicó mientras comenzaba a caminar.

—Si le parece bien milady, puedo encargarme de que le suban un té a sus aposentos.

—Me parece perfecto, y también asegúrese de que le sirven otro a mi marido

en su despacho. ¡Debe de estar famélico!

El comentario de la condesa agradó al ama de llaves, pues eso significaba que a la señora le importaba el bienestar del conde y que haría todo lo posible por hacerlo feliz.

La señora Lewis suspiró aliviada al sentir que en esa casa, después de tantos años, se volvía a respirar amor tras sus puertas. No solo lo sabía por ese comentario, sino por la forma en que su esposa lo miraba. Ella llevaba muchos años sirviendo en esta propiedad y sabía que Braxton había sacrificado y sufrido mucho hasta volver a formar parte de Brandbury Hall, y le complacía que por fin la suerte le sonriera.

Tras subir hasta el segundo piso y caminar por un amplio pasillo cubierto con una mullida y algo anticuada alfombra roja, llegaron a lo que sería los aposentos de la condesa. El ama de llaves se adelantó a Jane y esta abrió la puerta sin acordarse de un detalle.

En el mismo momento en que la puerta se abrió lo suficiente, Bolita salió disparado de la habitación como un rayo, y pasando a gran velocidad entre las faldas de las mujeres, desapareció sin dilación por el pasillo rumbo a las escaleras inferiores.

—¡Oh Dios mío! ¡Se me había olvidado el gato! —Exclamó apesadumbrada la señora Lewis—. Lo lamento mucho milady.

—No se preocupe señora Lewis. Hacía años que no veía correr tanto a Bolita —confesó Jane mientras sonreía tratando de ser comedida, y no soltar una carcajada al ver la velocidad que alcanzaba su perezoso gato y la cara de preocupación del ama de llaves.

—No tema milady. En unos minutos se lo traigo —le anunció la señora Lewis decidida a no permitir que la nueva señora se molestara por su ineptitud.

—No hace falta señora Lewis. Además se exactamente a donde se dirige y sé que estará en buenas manos —Jane tuvo que esforzarse por controlar su sonrisa pues sabía exactamente lo que iba a suceder en escasos minutos.

—¡Hay Dios! —profirió la señora Lewis llevándose las manos a la cara, cuando ella también se percató de las intenciones del gato.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para saber si Bolita había llegado a su

destino, y si este había conseguido colarse en el despacho, pues la reacción del nuevo conde de Brandbury no se hizo esperar, y todos en la mansión pudieron ser testigos de ella.

—¡¡¡Jane!!! —gritó tan fuerte Braxton al ver como Bolita saltaba a su regazo, que incluso los dos pisos que los separaban no impidieron que su esposa lo escuchara.

Por supuesto, la señora Lewis se quedó petrificada y con los ojos como platos al escuchar semejante escándalo, pues nunca hubiera imaginado que el serio y formal conde se dejara llevar por un impulso y diera semejante muestra de espanto. Él, que era conocido por todos por ser un hombre frío y distante, se estaba comportando como una persona completamente diferente desde que había llegado con la nueva condesa.

—Señora Lewis. Creo que mi baño tendrá que esperar —fue lo único capaz de decir Jane antes de irrumpir en una sonora carcajada, mientras deseaba haber contemplado la cara de su esposo cuando vio a Bolita aparecer por la puerta de su despacho.

Con un señor gritando histérico, una señora llorando de la risa, un gato que corría como un loco por los pasillos, y unos criados que se asomaban asombrados sin entender lo que estaba pasando, la señora Lewis supo, sin lugar a dudas, que los viejos tiempos de Brandbury Hall donde reinaba la seriedad, la frialdad, y el despotismo, habían llegado a su fin.

Ante ellos comenzaba un nuevo periodo que invitaba a ser toda una aventura, pues la nueva condesa prometía un cambio que desde hacía años necesitaba la mansión y todos sus habitantes. Tal vez la joven señora lograra borrar el pasado y hacer que el futuro entrara a raudales en las viejas paredes de Brandbury Hall.

Capítulo II

Una vez que los integrantes de la mansión se hubieron calmado, y Bolita regresó a su confinamiento en una sala adjunta a los aposentos de Jane, la serenidad volvió a reinar en el ambiente y todos retomaron a sus tareas.

Fue entonces cuando Jane pudo relajarse con su baño de espuma y después, ya más tranquila, tomar el té. Aunque su momento no fue tan relajante como lo hubiera deseado, gracias al incesante monólogo de Betsy, el cual hubiera resultado imposible de parar debido al entusiasmo de la muchacha.

Su doncella estaba tan orgullosa de ocupar un puesto tan destacado en la mansión, que hubiera sido un milagro el poder callarla o mantenerla quieta. Jane la entendía perfectamente pues ella estaba sintiendo algo parecido. Se encontraba en el que iba a ser su hogar definitivo, junto a un marido cariñoso que parecía haber dejado atrás el pasado, y siendo tratada con la distinción de una reina.

Pero una idea la perturbaba mientras cayada se cepillaba el cabello sentada frente a su tocador. Algo de lo que no pareció darse cuenta Betsy, tal vez debido a su propio nerviosismo. De lo contrario se hubiera extrañado que Jane no fuera la que monopolizara la conversación, y anduviera excitada observándolo todo a su alrededor.

Y es que, aunque llevaban casados tres días con sus dos noches, Braxton aún no la había visitado en su cuarto para hacerla su esposa. Él había entrado en sus aposentos en la noche de bodas, y le había hablado de posponer el encuentro hasta que estuvieran en Brandbury Hall. Había alegado que no se sentía cómodo estando bajo el mismo techo que su padre, como tampoco vio apropiado hacerla suya por primera vez en el cuarto de una posada.

Le pidió esperar hasta estar más tranquilos en la privacidad de su hogar. Jane no vio ningún inconveniente en postergar el encuentro, pues su falta de experiencia en este sentido jugaba en su contra, y no se dio cuenta de que esta petición era algo poco frecuente. De hecho la idea le gustó, pues pensar en estar con el cómo esposa la ponía nerviosa, y creyó que estos días de espera le servirían para serenarse.

Aunque si hubiera sabido que los nervios iban a causarle tanta inquietud, y hacerle pasar la cena más larga de su vida, no le hubiera dejado posponer el encuentro marital. No es que la velada fuera un fracaso, pues Braxton se esforzó en buscar temas de su interés y se mostró muy cordial. La cena además estuvo deliciosa, aunque por culpa de su falta de apetito se vio forzada a comer para no menospreciar la labor de su cocinera, la cual en honor a sus señores había preparado todo un banquete.

El problema fue que todo le recordaba que dentro de poco Braxton la visitaría en sus aposentos, y eso le hacía estremecerse de excitación y deseo. La luz de las velas, la seductora voz de él, el excelente vino que le hizo acalorarse, y lo gallardo que estaba su marido, formaban un conjunto de detalles imposibles de

pasar por alto.

Pero si alguien le hubiera dicho que el asunto podía empeorar, no le hubiera creído pues, ¿qué era peor que tenerlo tan cerca y saber que pronto sería suya? Algo muy simple. Estar esperándolo en sus aposentos con un camisón blanco tan suave como una nube y tan transparente como un velo.

Aunque lo que estuvo a punto de acabar con sus nervios fue el no saber cuándo llamaría a su puerta, así como imaginárselo aparecer vestido con solo una bata, o el recrear en su mente que sucedería cuando traspasase su puerta, la viera, y la tocara por primera vez. Todo esto en conjunto la estaba poniendo frenética, y no estaba muy segura de poder aguantar esta incertidumbre por mucho más tiempo.

Y así pasaron unos largos minutos hasta que el ruido de unos pasos acercándose a su habitación la dejaron sin aliento. Inmóvil, como una estatua de mármol, esperó impaciente el siguiente movimiento de la persona que se hallaba parada al otro lado de su puerta y, como ella había imaginado, unos nudillos reclamaron el derecho de su esposo a pasar a su alcoba.

—Adelante —fueron sus únicas palabras, dichas con un suave tono de voz procedente de los nervios, más que de la seducción.

Jane no tuvo que esperar mucho para ver como la puerta se abría y en el umbral de esta aparecía su esposo. Un hombre que dejaba al descubierto su pecho plano y musculoso al llevar abierta su camisa blanca, y cuyos pantalones negros marcaban sus torneados muslos.

No es que fuera la primera vez que encontraba a Braxton atractivo, pues siempre se lo parecía, pero nunca antes lo había visto desarreglado y con una mirada que la hacía sentirse desnuda.

—¿Espero no importunarte? —le preguntó sin dejar de observarla.

Sin saber muy bien el motivo, su voz la hizo estremecerse, y se levantó de un salto del tocador quedando expuesta ante su vista. Un segundo después estaba arrepintiéndose de su impulsividad, pues ahora se encontraba frente a él con su conjunto de cama casi transparente.

Sus manos quisieron cubrirse los pechos de la mirada que Braxton les lanzó, pero se recriminó de ser tan patética cuando había decidido aparentar ser una

mujer seductora y atrevida. Por ello se irguió tratando de olvidar su casi desnudez, y le ofreció una de sus sonrisas más atractivas. Después, como lo había ensayado mil veces, le recitó el pequeño discurso que tenía preparado para ese momento, mientras trataba de disimular el temblor de sus piernas.

—Por supuesto que no Braxton. Siempre serás bien recibido en mis aposentos.

La cara de lord Brandbury se relajó, siendo evidente su alivio, y le sonrió dando a entender que no había estado muy seguro de cómo iba a ser recibido por su esposa. Tal vez hubiera imaginado que ella esperaría asustada hecho un ovillo en la cama, o paseándose insegura de un lugar a otro de la estancia mientras se retorció las manos. Algo que estaba muy cerca de la realidad, aunque él nunca lo sabría.

Braxton se le acercó unos pasos y, con la seguridad de ser bien recibido, le acarició el rostro con suavidad. Por fin pudo suspirar agradecido por no tener que enfrentarse a una noche de bodas con una muchachita asustada, sino con una mujer hermosa y deseable que le esperaba con los brazos abiertos.

—Me alegra saberlo.

Y algo en su interior cambió al darse cuenta que ante él tenía a una mujer por la que no debía fingir deseo, pues era evidente que su cuerpo la estaba reclamando como suya.

Sintió la necesidad de besarla, no solo a causa de su ardor o como muestra de gratitud por su confianza, sino porque así lo ansiaba. Se propuso disfrutar de la sensación de tenerla cerca y de sentir como su excitación por ella crecía.

Por ello, apartó de su mente todo prejuicio, y solo se dejó llevar por sus emociones. Este momento estaba a punto de marcar un antes y un después en su relación con Jane, y estaba dispuesto a hacerlo inolvidable para ambos.

Ahora no había sitio donde esconderse, ni palabras que pudieran ser dichas para manipularla. Solo habría la verdad de sus besos, la confianza de las caricias, y la entrega de un hombre que quiere empezar de cero junto a la mujer que había elegido.

Despacio, acarició su cara con la suavidad de una pluma, y se inclinó sobre su boca para saborearla con esa misma dulzura.

Los labios de Jane se mostraron gustosos de acoger a los suyos y juntos se

saborearon sin dar cabida al recelo. Ambos querían averiguar el sabor del otro, sentirlo cerca y jugar a explorarse con la avidez propia de los primeros amantes que ansían conocerse. En esa habitación solo estaban los dos, y ninguno estaba dispuesto a que nadie se interpusiera entre ellos.

—Braxton —susurró Jane con sus ojos aun cerrados, y la sensación de los labios de él sobre su boca.

Él la abrazó sintiendo como sus cuerpos encajaban a la perfección, teniendo así otra prueba de que su elección había sido la correcta. Jamás hubiera pensado que fuera tan fácil reclamarla como suya, aunque él no estaba seguro de a quien pertenecía. Pero ahora, mientras la sentía hambrienta de sus besos y notaba como lo necesitaba, se hinchó orgulloso al ser el hombre que ella había elegido como esposo, pero sobre todo, de ser el destinatario de su amor.

Una necesidad surgida de sus entrañas se apoderó de él, y con suavidad le desabrochó la delicada bata y la deslizó por sus hombros hasta que esta cayó al suelo. Ante él tenía a una mujer deseable que temblaba ante sus ojos y cuya belleza jamás hubiera imaginado. No era la beldad que había visto a diario, cuando la acompañaba a pasear por el parque o cuando acudían juntos a un baile o un estreno, sino que ante él tenía la perfección de una diosa creada solo para sus ojos.

Jane se sintió poderosa ante la mirada de Braxton sobre su cuerpo. Es cierto que no podía dejar de temblar, pero algo dentro de ella la hacía ser impulsiva y querer complacerlo. Sin saber muy bien de donde surgió la idea, de pronto empezó a deslizarse el camisón por sus hombros hasta quedar desnuda ante su mirada.

Pudo ser testigo de cómo Braxton se quedó contemplándola maravillado sin ser capaz de hacer o decir algo. Se dio cuenta de que él nunca habría imaginado que ella fuera tan osada, y le agradó ver ese desconcierto en sus ojos. Pero lo que más le gustó fue esa media sonrisa que se le formó a él en los labios, en cuando la miró a la cara y vio que ella también le examinaba.

No estaba segura de que hacer después. Si debía mostrarse sumisa o seguir siendo atrevida, pero no tuvo que esperar mucho tiempo hasta que Braxton tomó el control de la situación, y no le quedó más remedio que obedecerle.

Con la boca reseca, y más decidido que nunca a hacer funcionar este

matrimonio, la cogió entre sus brazos sin dejar de contemplarla y la depositó en la cama con sumo cuidado. No pudo evitar mirarla a los ojos y ver en ellos su deseo y su necesidad de ser suya. Braxton notó un escalofrío recorriendo su cuerpo nacido de la esperanza de tener un futuro feliz, y supo que esa noche algo en él cambiaría para siempre.

Durante unos segundos solo se miraron vislumbrando en su mirada todo lo que el otro sentía y anhelaba, pues ninguno de los dos quiso ocultar lo que en su interior guardaba. Ambos deseaban encontrar en el otro a alguien que le comprendiera cuando se sintiera perdido o solo, que le cuidara cuando estuviera enfermo o decaído, y que le escuchara cuando necesitara hablar hasta desahogarse, pero sobre todo, que le enseñara como poder amar sin esperar nada del otro, debido a que sus corazones no compartían el mismo latido.

Sobre las sábanas blancas de raso la contempló, como si fuera un regalo del cielo creado solo para él. Ante esa visión olvidó que una vez creyó que nunca podría hacerla suya, sin recordar el cuerpo de la otra mujer a la que creía amar. Pero la evidencia de este error era palpable en todo su ser, y rechazó el recuerdo de Charlotte relegándolo al fondo de su mente.

Jane era su presente, su destino y su esperanza de poder ser feliz. Por ello, dispuesto a todo por encontrar la paz de su alma, de su mente y de su cuerpo, marcó un punto final definitivo, y abrió los brazos a una vida junto a esa hermosa mujer que le ofrecía, no solo su cuerpo, sino también su corazón.

Sin querer perderse ni un solo detalle y con su miembro rígido por la excitación, se quedó quieto ante ella descubriendo cada rincón, pliegue, curva, y surco de su figura. Primero bajando hasta su rosada boca, luego hasta su cuello, sus senos, su vientre y su sexo, y quedó maravillado por la visión de un ángel que poseía un cuerpo para el pecado.

Fue testigo de la mirada cargada de excitación que Jane le lanzó, resultando un milagro que no se abalanzara sobre ella.

—¡Eres preciosa! —fue lo único capaz de decir ante la visión del cuerpo desnudo de su esposa.

Definitivamente ese matrimonio tenía muchas posibilidades de hacerlo feliz, y estaba dispuesto a disfrutar de todas las ventajas que su bella esposa estaba

gustosa de ofrecerle. No estaba seguro de que era lo que se había esperado, pero jamás hubiera imaginado una mujer capaz de hacerlo sentir tan vivo, tan deseado, y tan excitado.

Sonriendo como un lobo ante un cervatillo se despojó de su camisa con unos simples movimientos, sin preocuparse por los desgarros de la tela. Había sido un tonto por haber temido este encuentro y por haberlo aplazado. Por creer que cuando tuviera a Jane entre sus brazos no sería a ella a la que viera, y por pensar que ella nunca podría hacerlo sentir lo que había sentido con la otra.

Pero todo ello quedó en nada en cuando la vio ante sus ojos y, sobre todo, en cuanto sintió el tacto de su piel bajo sus dedos.

—Jane, esta noche seré tierno contigo, por lo que no debes temerme —le comentó mientras se quitaba el resto de la ropa y quedaba ante sus ojos completamente desnudo.

Jane lo miró sin recato perdiéndose en cada detalle de su anatomía, sobre todo en las que mostraban una clara diferencia respecto a la suya, y en especial, a la que crecía ante su mirada. Al ver semejante muestra de masculinidad sintió humedad entre sus piernas y secadez en su garganta, y solo pudo mostrarse sincera ante el hombre que amaba.

—Lo sé, y no tengo miedo —fue su respuesta la cual acompañó con una sonrisa.

Braxton la miró a la cara y en ella no vio ni rastro de la nerviosa doncella sin experiencia que había encontrado al principio de su llegada, y que tanta ternura le había hecho sentir, sino una mujer segura de sí mismo y convencida de saber qué era lo que quería y cómo conseguirlo.

Teniendo su permiso, y sabiendo que ella lo esperaba con su misma impaciencia, se tumbó a su lado sin poder dejar de mirarla y de acariciarla. Luego, deseoso de volver a probar sus labios, se inclinó sobre ella y los devoró como un hambriento degusta un succulento manjar. Se perdió en su sabor, en el juego de su lengua, y en los gemidos que emitía, olvidándose de todo lo que no fuera ella y la búsqueda de su placer.

Deseándola ahora más que nunca, y feliz por tenerla tan receptiva a su alcance se tumbó sobre ella, decidido a demostrarle durante toda la noche como un hombre hace el amor a su esposa con pasión, con ternura, y con devoción.

Puede que hablar de amor fuera algo precipitado, pero de lo que si estaba seguro era de tener entre sus brazos a una mujer, que estaba consiguiendo en poco tiempo, hacerlo sentir un profundo respeto, una sincera admiración, y un absoluto deseo.



Cuando las sombras de la noche dieron paso a los primeros rayos del nuevo día, Braxton se despertó con el cuerpo desnudo de su mujer pegado al suyo. Se dio cuenta de que ambos se habían quedado profundamente dormidos en los brazos del otro, sin sentir la necesidad de apartarse o de buscar privacidad.

Se sentía como si estuviera en el sitio exacto en donde tenía que estar, y sonrió al descubrir que abrazar con fuerza a su dulce esposa le aportaba un placer que estaba lejos de ser solo carnal. La observó dormida mientras se hallaba perdida en sus sueños, y se preguntó si él aparecería en ellos. Sabiendo su respuesta cuando ella sonrió, y dijo por lo bajo su nombre mientras lo abrazaba con más fuerza.

En ese momento abrigó una gran ternura por Jane, y se propuso acompañar sus descansos cada noche mientras el destino así se lo permitiera. Había sido un iluso por temer su reacción ante ella, cuando en realidad había sido algo maravilloso. Una oportunidad única de conocer a la mujer que le había demostrado como se ama más allá del corazón y las palabras.

Sonriendo la besó en los labios con cuidado para no despertarla, y se quedó contemplándola hasta que no tuviera más remedio que levantarse para comenzar el día. Le hubiera gustado volver a perderse dentro de ella, pero sabía que tras la noche de pasión que habían tenido debía de estar dolida, ya que no pudo contener su deseo, y la poseyó hasta quedarse rendido.

Tal vez ese encuentro no había sido comparable con ningún otro que había tenido, ya que la había seducido con ternura y con una lentitud que nunca antes había disfrutado. Fue como si el tiempo les perteneciera y lo más importante fuera buscar su boca y sus caricias, mientras él se hallaba perdido en su interior.

En las demás ocasiones el sexo había sido salvaje, frenético e impulsivo, una necesidad primitiva donde ambos se disputaban el encuentro del placer. Así había sido también en las dos ocasiones en que Charlotte se le había ofrecido y en los que Braxton, perdido entre sus faldas, a punto estuvo de malograr su virtud.

En esas ocasiones ambos se comportaron como dos perros en celo que ansiaban la unión, y en donde Braxton tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no penetrarla y arruinar su reputación.

Charlotte lo vio como algo normal entre una pareja de enamorados que querían disfrutar de su deseo, y no creyó oportuno anticipar su matrimonio por haberse dejado llevar por esta necesidad. Al fin y al cabo el amor era fuego, excitación, y pasión, algo que te hace perder la cabeza y no te deja razonar.

Pero con Jane todo había sido diferente. Más puro, más sincero. Con su esposa los minutos habían pasado despacio mientras ellos se besaban y sus cuerpos se mecían al compás de sus caricias. Con ella todo había sido movimientos lentos e intensos, un vals entre las sabanas con una pareja de baile que conocía a la perfección el ritmo de su acompañante. Dulce, sexual y excitante. Una nueva forma de amar creada solo para ellos, donde sus cuerpos se buscaban, y su placer surgía de la necesidad de complacerse.

Y así, perdido en el recuerdo de la noche pasada avanzaron las horas, hasta que se vio obligado a dejarla, pero sabiendo que cada noche volvería a poseerla, y cada mañana despertaría abrazado a ella.

Capítulo III

Habían pasado dos semanas desde el primer encuentro sexual con su esposo y Jane seguía maravillándose cada vez que despertaba entre sus brazos. Cada noche Braxton reclamaba su cuerpo con absoluta adoración, y cada mañana despertaba acurrucada bajo su cobijo satisfecha de sus caricias y de su entrega. Sus besos eran tiernos, profundos y sexuales, como también lo era el recorrido de sus manos por su cuerpo, o los gemidos de placer que ella emitía cada vez que él la hacía suya.

Se había convertido en una dulce costumbre compartir a diario la misma cama y hacer el amor hasta estar bien avanzada la noche. Como también lo era amanecer a su lado y comenzar el día ofreciéndole su mejor sonrisa. Un acto adictivo que ambos anhelaban que ocurriera, pues a ninguno de ellos les importaba demostrarse el afecto que se procesaban. Aunque a Braxton sí que le costaba hablar sobre sus sentimientos, y prefería no tocar los temas que implicaban a su corazón.

Ese día, como venía siendo costumbre cada vez que despertaba, Jane se quedó quieta escuchando la respiración de su marido mientras notaba su proximidad y su calor. Un vicio imposible de superar, pues tenerle tan cerca le hacía sentirse amada, aunque sabía que el amor de su marido aun no le pertenecía. Por mucho que a ella le hubiera gustado creer lo contrario, sabía que Braxton estaba dividido entre el amor hacia Charlotte y las emociones que empezaba a sentir por ella. Lo veía en sus ojos cada vez que la miraba, y podía darse cuenta de cómo se esforzaba por entregarse a su esposa en cuerpo y alma.

Es por esto que el amor de Jane por Braxton crecía cada día más, al ver los esfuerzos de este por complacerla y por demostrarle que se había tomado en serio su matrimonio. Pero no podía evitar odiar a Charlotte por haberle roto el corazón a su marido, y por hacer que ella temiera que la mirara fijamente, por si al hacerlo notaba que él la estaba comparando con la otra.

Despacio, sin querer que el embrujo desapareciera, y con la esperanza de ver un destello de amor en su mirada, abrió los ojos, y pudo comprobar como él la observaba sonriendo.

—¡Buenos días pequeña!

Jane, creyéndose en el paraíso le devolvió la sonrisa, al percatarse de un

brillo especial en la mirada de Braxton. Con espíritu juguetón se despegó como un gatito en busca de sus mimos, feliz de que la sonrisa de su marido fuera solo para ella.

—¡Hola! —exclamó risueña mientras él la recibía entre sus brazos.

Gustoso de sentir la necesidad que Jane siempre mostraba por él la besó en la frente, en un acto reflejo que él quiso catalogar como de cariño. Notaba que en estos días muchas cosas habían cambiado en su relación, y en especial en él, pues estaba percibiendo una paz que hacía años que no sentía.

—¿Cómo has dormido esta noche? —quiso saber, pues conocía su costumbre de dar vueltas sin cesar en la cama y por eso nunca antes la había compartido. Pero sobre todo porque nadie habría aguantado más que un par de horas a su lado.

—De maravilla —le respondió ella acurrucándose un poco más.

—¿Estás segura? ¿No te he despertado con mis movimientos?

—Ya sabes que duermo como una marmota en cuando cojo el sueño, y no conseguirías despertarme ni saltando sobre la cama.

Braxton se rio y la abrazó con más fuerza. En las pocas semanas que llevaban casados ya había empezado a conocerla, y sabía que no reconocería que le molestaba con tal de que siguiera durmiendo a su lado. Aunque debía de reconocer que sus palabras no eran ninguna excusa, pues había podido comprobar en un par de ocasiones que cuando su esposa cogía el sueño, lo hacía en serio.

—Algún día tienes que contarme como lo consigues. Yo suelo despertarme incluso cuando escucho el vuelo de una mosca.

Ambos sonrieron, quedándose abrazados en silencio unos segundos, sin querer que ese momento acabara, pero con un millón de pensamientos en sus cabezas.

—Te parecerá una tontería, —empezó a hablar Jane acabando con la quietud del cuarto—, pero creo que soy tu complemento perfecto.

—¿A qué te refieres?

—A que yo duerma como un tronco para que así no puedas despertarme con tus desvelos. De lo contrario ambos nos pasaríamos las noches en vela al no

dejarnos dormir mutuamente.

Braxton pensó que su mujer tenía razón, pero no solo en este asunto, sino porque ella le aportaba una vitalidad, una frescura y una alegría, que él no sabía que anhelaba. Era cierto que en dos semanas se había convertido en alguien completamente necesario en su vida, como también en un apoyo indispensable.

—Tienes razón pequeña, eres mi complemento perfecto —confesó él sin llegar a decirle lo mucho que lo estaba cambiando. No solo a él, sino también su mundo.

Queriendo dejar este asunto atrás, pues se sentía incómodo al hablar sobre sus sentimientos, suspiró, y salió de la cama dispuesto a dejar apartados estos temas sensibleros. Aunque algo dentro de él le empujaba a quedarse y seguir abrazado a su esposa.

—Será mejor que me levante antes de que se haga más tarde. Parece que hoy vamos a tener sol, y quiero adelantar algo de trabajo.

—¿Cómo tienes la agenda? —quiso saber Jane mientras acariciaba de forma distraída el pecho de su esposo para impedir, con disimulo, que este se marchara.

—Bastante ocupada. Aún nos quedan un buen puñado de granjas por acabar y tengo que revisar la construcción del nuevo molino y del granero —le contestó rindiéndose al deseo de permanecer un rato más junto a ella.

—Entonces hoy tampoco vendrás a comer —afirmó Jane apenada, ya que desde que estaban en Brandbury Hall solo habían comido juntos los fines de semana.

—No. Perdería mucho tiempo entre ir y venir —le indicó lamentando también el no poder estar más horas con ella.

Sabía que Jane entendía la responsabilidad que conllevaba el cargo de conde, y las muchas mejoras que eran necesarias para renovar la propiedad y con ello las vidas de sus arrendatarios. Lo habían hablado en numerosas ocasiones, e incluso ella había aportado buenas ideas que Braxton le agradeció.

Era evidente que le echaba de menos y que se sentía sola en una mansión tan grande, sin familia, y sin nuevos amigos con los que entretenerse en sus largas

y tediosas tardes. Pero lamentablemente era algo que no podía evitar, al no haber tenido la oportunidad de acercarse al pueblo y darse a conocer.

Aunque la costumbre de esas tierras era que, como distinción a su estatus, eran los vecinos más destacados del condado quien debían acercarse a la mansión a presentar su respeto. Una costumbre que seguía perpetuándose desde la edad media, cuando era obligatorio rendir pleitesía a sus nuevos señores.

Braxton se giró quedando sobre Jane para así poder mirarla a la cara sin tener que dejar de sentirla. Le encantaban esos minutos que ambos disfrutaban en la cama antes de acudir a sus responsabilidades, y en donde comentaban sus ideas, proyectos, visitas, o compras que tenían previstos para la jornada.

Era un tiempo robado que les pertenecía solo a ellos, y que disfrutaban cada mañana entre susurros y abrazos.

—Pero si me necesitas para algo puedo escaparme unas horas —le comentó Braxton con el fin de complacerla, y sin ser capaz de dejar de mirarla.

Encantada al ser una prioridad en la ocupada agenda de su esposo lo abrazó, rodeando su cuello con ambos brazos en una improvisada prisión.

—Había pensado acercarme al lago a patinar —le dijo con la esperanza de que él la acompañara.

Braxton frunció el entrecejo al no estar muy seguro de agradarle esta idea. El invierno estaba siendo bastante frío, y patinar en el lago seguía siendo una costumbre típica de esas tierras que grandes y pequeños practicaban. Pero la idea de que ella se pusiera en peligro, aunque este fuera mínimo, no le atrajo en absoluto y la necesidad de protegerla se apoderó de él.

—No quiero que vayas sola, el lago puede ser muy traicionero y es peligroso que patines sin que tengas a alguien vigilando —señaló sin poder evitar aferrarla más cerca de su cuerpo desnudo.

Sabía que estaba teniendo una actitud exagerada y no le gustaba ser autoritario, ya que era algo que le recordaba a su padre y odiaba ser como él. Además, de niño había pasado muchas horas patinado junto a sus vecinos los York y nunca sucedió nada malo.

—No tienes de qué preocuparte, —le indicó Jane mientras le colocaba un mechón rebelde de su cabello— Betsy me acompañará y prometo no hacer

ninguna pirueta mortal.

Braxton la regañó con un bufido y, sabiendo que ella le estaba gastando una broma, empezó a hacerle cosquillas hasta arrancarle una carcajada que él acompañó.

—¿Está usted burlándose del conde de Brandbury, señora? —preguntó Braxton tratando de aparentar severidad, aunque su sonrisa ansiaba por formarse en sus labios.

—Jamás osaría semejante atrevimiento milord —trató Jane de señalar con seriedad, mientras tiraba de las sábanas para taparse. Algo imposible pues Braxton estaba sobre ella impidiéndoselo— Yo solo le informaba de que mi comportamiento será el adecuado para una condesa, es decir, recatado y formal.

—No sé porque me cuesta creer eso —resopló Braxton.

—¡Me ofende señor! —señaló ella haciéndose la ultrajada.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? —le propuso él—. Quedamos en el lago una hora antes del té y patinamos juntos.

—¡Dos horas! —regateó Jane, y extendió la mano para cerrar el trato.

Braxton se le quedó mirando y sonrió, pues ya empezaba a conocer el carácter resuelto y activo de su esposa, el cual le sorprendía y le agradaba por igual.

—¡Trato hecho! —concluyó satisfecho, ya que sabía que Jane era una dura negociadora. Braxton le estrechó la mano y después, quedando a pocos centímetros de su boca, señaló—: Pero nada de acrobacias hasta que llegue, o tendrá que vérselas con el señor conde.

Jane soltó una carcajada que contagió a Braxton, pues él había aprendido a ser una persona diferente cuando estaban en privado. Para el resto del mundo el conde de Brandbury era un hombre frío, serio, formal, y la mayoría de las veces malhumorado, esto último hasta que se casó, pero en su faceta privada, con su esposa y en su hogar, el conde se convertía en Braxton. Un esposo cariñoso que empezaba a abrirse a ella y a mostrarse más risueño.

—Lo intentaré —soltó Jane para provocarle aun riéndose, y este le regaló un azote en su muslo y un dulce beso en la boca.

—Descarada —la llamó Braxton cuando por fin terminó de besarla y ella se pegó a su cuerpo pidiéndole más—. Será mejor que me marche o pasaremos toda la mañana sin hacer nada en la cama.

Jane le regaló una mirada indicándole que estaba segura de que algo se les ocurriría, y Braxton se vio obligado a sonreír, darle un último beso, y salir de la cama antes de que secundara la idea de su esposa. Aunque lo que más deseaba en ese momento era estar entre las sábanas con ella.

Sin querer mirarla para así no decaer en su empeño se colocó su bata, y salió de los aposentos por la puerta que comunicaba con su habitación.

Jane lo vio abandonar su cuarto y suspiró resignada por tener que dejarlo marchar, cuando lo que más deseaba era estar entre sus brazos toda la mañana. Pero en medio de la cama, con el olor de Braxton envolviéndola, y sabiendo que esa noche él regresaría a su lado, sonrió, y se estiró entre las sábanas creyéndose la mujer más afortunada del mundo.

Braxton estaba cada día más agradecido por haberla encontrado en su camino, pues estaba seguro de que ella le había salvado de la locura y la tristeza. Un hecho del que estaba seguro que hubiera pasado, si hubiera tenido que enfrentarse a un matrimonio con una anodina muchacha cuyo único beneficio sería su dinero.

Por su parte, Jane estaba cada vez más enamorada y más segura de haber elegido al hombre perfecto. Estaba convencida de que juntos acabarían siendo felices, y formando una familia que sería la envidia de todo el mundo. En ningún momento pensó que la felicidad era un don efímero que puede desaparecer en cualquier momento, consiguiendo que todo a tu alrededor cambie hasta volverse un infierno.

Capítulo IV

Esta mañana, tras desayunar con su esposo como venía siendo su costumbre, Jane se preparó para efectuar sus tareas como la nueva condesa de Brandbury Hall.

Estas consistían en supervisar, acondicionar, y restaurar la antigua mansión junto al ama de llaves, la señora Lewis. Jane quería devolver el esplendor de antaño en todas sus salas respetando su historia, pero dándole un nuevo aire que la hiciera más acogedora y más acorde a los tiempos que corrían.

La residencia había sufrido algunos cambios desde que Jane se había hecho cargo de ella, entre los que destacaban el dejar entrar la luz en todas las estancias, y embellecer hasta el último rincón de cada sala. Jane quería renovar el ambiente que se respiraba en su interior, y por eso había ordenado abrir todas las cortinas para dar paso a la luz, y adornar cada estancia con enormes ramos de flores que cada mañana ella misma preparaba en el inmenso invernadero.

Las risas volvieron a ser frecuentes entre sus paredes, y cada día Jane se esforzaba en realizar pequeñas mejoras para conseguir que Braxton se sintiera orgulloso de ella.

Una de sus primeras tareas fue la de conocer todos los gustos de Braxton para así complacerle, como sus comidas favoritas, sus horarios, sus temas de interés, y el licor que le gustaba tomar tras la cena, entre otras muchas cosas. Cualquier detalle era de vital importancia para ella, y servía para agradar a un marido que cada día se mostraba más encantado con su suerte.

Pero aún no habían recibido visitas, aunque sí muchas misivas mostrando sus respetos al matrimonio, por lo que se estaba empezando a preguntar cómo sería recibida en esas tierras. No es que temiera el desplante de sus vecinos, ya que los nuevos condes no habían sido fruto de ningún escándalo que así se lo hiciera pensar.

Como tampoco debía ser que la creyeran una mujer inadecuada para ostentar

el título, ya que ella también procedía de una familia aristocrática. Las dudas y el recelo la estaban empezando a exasperar, preguntándose qué motivo tendrían esas gentes para no querer pisar Brandbury Hall.

Los días fueron pasando en armonía, aunque el peor momento de la jornada recaían en las horas posteriores a la comida, pues solo podía pensar en cuanto tiempo le quedaba a Braxton para llegar a la mansión y tenerlo cerca. Estaba empezando a necesitarlo en exceso ya que, sin darse cuenta, centraba todo su interés y su tiempo en complacerlo. Algo lógico al ser este la única persona más cercana a ella en estos lugares.

Echaba de menos a su familia a la que recordaba a menudo. Evocaba a Emma y sus largas charlas, sus consejos oportunos y sus abrazos de madre. Como también añoraba a su amiga Madison y sus salidas para pasear o para ir a los eventos de moda, y como no, rememoraba con una grata sonrisa cuando se las arreglaban para meterse en líos.

Pero sobre todo lamentaba no tener cerca a su padre. La manera especial con que la trataba, la compatibilidad que tenían, y la forma de quererse era algo difícil de reemplazar y de no acordarse. Los extrañaba por muchas cartas que ella les escribiera y por muchas que Jane recibiera de todos ellos.

Quizás fuera esta necesidad de tener cerca a su padre lo que le hacía sentirse tan dependiente con respecto a Braxton, y tal vez por ello se esforzaba tanto en que todo estuviera tan correcto. Ser la esposa perfecta, la condesa adecuada, el ama de casa responsable y la amante complaciente. Pero Jane estaba empezando a sentir una necesidad de volver a ser esa muchacha resuelta y rebelde que se dejaba guiar por sus impulsos.

Por eso se le había ocurrido ir al lago a patinar, para volver a sentir la libertad de ser ella misma y no tener que medir la consecuencia de sus actos. Quería gritar, reír e ilusionarse como una chiquilla por unas horas, para dejar atrás a esa otra mujer que se había convertido en condesa y debía guardar las apariencias.

Estaba convencida que esa escapada sería un respiro con el que conseguiría recargarse de vitalidad, y renovada volvería a Brandbury Hall para seguir con su empeño de darle vida.

Por ese motivo llevaba un buen rato caminando por un estrecho camino helado

junto a una Betsy que no paraba de quejarse, y con un fornido sirviente, llamado William, que les llevaba una cesta con todo lo necesario para patinar y mantenerse calientes. Una idea que estaba segura que había sido de su esposo con el fin de protegerla.

Hacía solo cinco minutos que William le había indicado que estaban a escasos metros del lago, cuando los tres pudieron escuchar una charla y unos gritos de mujer. Curiosa por saber que estaba pasando y por descubrir quién podrían ser esas personas aceleró el paso, y se encontró con una joven pareja que jugaba a perseguirse sobre el lago helado.

Al verlos los tres se quedaron parados, y los observaron en silencio para no interferir en ese encuentro. No fue hasta que pasaron unos segundos cuando Jane se dio cuenta de que Betsy se había colocado a su lado para hablarle.

—Milady, si le parece bien, y viendo que tiene compañía, William y yo podíamos quedarnos aquí y prepararlo todo para cuando lo necesite.

Jane miró a su alrededor y vio el tronco de un árbol caído que podía servir a sus sirvientes de asiento, y desde donde alcanzarían a contemplar el lago sin necesidad de molestar ni de ser molestados.

Jane comprendió que ellos debían mantenerse alejados, dejando privacidad a su señora, pero sin dejar de estar pendientes de cualquier deseo que esta les pidiera. Así como ayudarla ante cualquier problema en el que se viera implicada y los necesitara.

Sin olvidar que William era un hombre fuerte y guapo, y que a Betsy parecía agradaarle su compañía.

—Está bien Betsy. Si necesito algo, te haré una señal.

Y así ambos sirvientes se quedaron un poco rezagados, y por lo que pudo ver Jane, encantados de tener un momento de relax y de disfrutar de su mutua compañía.

Sin volver a prestarles atención, y con el fin de darles más privacidad se alejó de ellos hasta quedar frente al lago, donde volvió a centrarse en los desconocidos que jugaba en él.

Durante unos segundos los observó sonriendo, ya que era evidente que la pareja estaba disfrutando de un momento de diversión. Se notaba que entre

ambos había una gran conexión pues los empujones, las carreras, las risas y los improperios eran una muestra de ello.

Ambos estaban tan ensimismados en el juego de perseguirse que no se percataron de la llegada de Jane y de sus dos acompañantes. Un hecho del que se aprovechó Jane para contemplarles a justo.

Se notaba por la vestimenta de la pareja que pertenecían a un estatus social elevado, pues ningún granjero podía costearse unas ropas con tan buen gusto, elegancia y calidad.

Aunque el hecho de que la joven dama llamara «sapo petulante» al caballero, y lo empujara sin miramientos para después alejarse de él patinando a gran velocidad, dejó a Jane dudando de la procedencia distinguida de dichas personas.

No fue hasta que el caballero la atrapó entre gritos y carcajadas que se dieron cuenta de su presencia, al quedarse frente a ella. Entonces, para asombro de Jane, la mujer se deshizo del abrazo del hombre con cierta facilidad, y con una dulce sonrisa se acercó a ella quedándose en el borde del lago.

—¡Hola!, me temo que nos has pillado —confesó sin dejar de mirarla.

—Lamento haberos molestado, no sabía que el lago estaba ocupado —le respondió Jane entre divertida y desconcertada al no saber muy bien que hacer —. Si me disculpa, será mejor que les deje a solas.

—¡Oh, no hace falta que usted se marche! A mi hermano y a mí no nos importa compartir el lago. Además estas tierras son del conde y no creo que a él le moleste que vos os unáis a nosotros.

Jane sonrió pues eso dejaba claro que la mujer no sabía quién era ella, y además le indicaba que provenía de una buena familia por su forma de hablar educada.

Jane no pudo evitar fijarse en ella y en observar lo bonita que era. Se trataba de una muchacha de cabellos negros y tez pálida, aunque en esos momentos sus mejillas estaban sonrosadas por el ejercicio. Se la veía risueña y un poco más bajita que Jane, aunque compartía la misma con flexión delgada, sin duda debido a que le gustaba mantenerse activa como a ella.

—¡Lucy! ¿Dónde están tus modales? ¿No crees que primero deberías

presentarte a la dama antes de invitarla a un lago que ni siquiera es de tu propiedad?

El caballero había llegado al lado de su hermana sin que Jane lo hubiera notado, lo que demostraba que debía ser un excelente patinador, y que Jane se había quedado fascinada escuchando a la mujer.

Ante ella pudo observar a un hombre alto, fuerte, de alrededor de los treinta años y de rasgos muy parecidos a los de su hermana. Compartían el color de pelo y el verde de sus ojos, como también era evidente la misma sonrisa pícaro en su rostro y los mismos hoyuelos al sonreír. Debía de tratarse de unos hermanos muy unidos por la informalidad con que se trataban, y con un sentido del humor muy agudizado por las puyas y las sonrisas que se dispensaban.

—¡Hermanos mayores! —Exclamó la mujer tratando de sonar resignada—
¿No cree usted que son un incordio? —le preguntó la joven señorita a Jane, tomándose con ello ciertas libertades al ser ambas de una edad parecida.

—Desde luego —contestó Jane sin poder evitar sonreír, y sin dejar de observarlos complacida por la cordialidad y la confianza con que la trataban.

Su comportamiento le recordaba mucho al que había tenido con sus dos hermanos tiempo atrás, cuando sus obligaciones no le impedían tontear con la más pequeña de la familia y ser su centro de atención. Sintió una fuerte nostalgia y le agradó que la muchacha se refiriera a ella con tanta informalidad, pues con ello había conseguido trasportarla durante unos minutos a un tiempo pasado que, por desgracia, nunca más volvería a vivir.

La mujer, encantada con su respuesta, se le acercó unos pasos saliendo con cuidado del lago y le cogió las manos para estrechárselas.

—¿Sabe?, aunque acabamos de conocernos, tengo la sensación de que vamos a ser muy buenas amigas —le confesó esta con franqueza.

—¿Solo porque cree que los hermanos mayores son un incordio? —soltó el hombre mientras se cruzaba de brazos y la miraba con aire petulante.

Su hermana hizo como si no le hubiera escuchado y siguió con la mirada fija en Jane.

—Soy la señorita Lucy York y el hombre que está a mi lado es mi hermano, el capitán David York. —Tras presentarse, se inclinó sobre Jane con la intención

de confesarle un secreto al oído—. Aunque suelo llamarlo sapo cuanto no se comporta como un caballero.

Jane tuvo que contenerse para no echarse a reír, no solo por el comentario, sino por el bufido que David soltó al escuchar a su hermana.

—Capitán sapo si no te importa —le indicó este en el oído de su hermana imitándola, pero lo suficientemente fuerte como para que los tres lo escucharan.

El brillo socarrón en los ojos del hombre le indicó a Jane que se estaba burlando de su hermana, posiblemente con el fin de exasperarla. Sin duda ambos creían que ella era una simple dama que estaba de paso, y por ello la hacían partícipe de sus juegos.

Jane no pudo contener por más tiempo la carcajada, no solo por el comentario de David, sino al ver poner a Lucy los ojos en blanco. Tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no perder la compostura, e hizo una educada genuflexión para corresponder a la presentación como era debido.

—Mucho gusto en conocerles. Yo soy lady Brandbury —les comunicó aun risueña.

Dos pares de ojos se fijaron en ella tras sus palabras mientras sus bocas se enmudecían por la sorpresa. Durante un incómodo segundo Jane se sintió intranquila, pues eran las primeras personas que conocía desde su llegada, sin contar a sus sirvientes, y no sabía cómo iba a ser recibida.

No deseaba que esta forma tan informal de ser tratada cambiara, pues se dio cuenta de que ambos hermanos, con sus bromas, le habían hecho sentir como en casa al comportarse de la misma manera que ella solía hacerlo. Se percató de que su amistad podía ser muy beneficiosa para ella, al poder tener a otras personas afines con quien hablar y reír.

La reacción de Lucy no se hizo esperar y, para asombro y tranquilidad de Jane, soltó un gritito mientras apretaba con más fuerza las manos de Jane.

—¡Eres la nueva condesa! —afirmó encantada.

Jane algo perturbada ante tanta efusividad se quedó un momento sin saber que hacer o decir. No se esperaba que Lucy se mostrara tan complacida en conocerla y que reaccionara de una forma tan cordial, aunque su

espontaneidad le encantó.

—Perdón milady —le dijo consternada cuando se dio cuenta de su falta de respeto, después soltó sus manos y realizó una perfecta reverencia que dejaba bien clara la impecable educación que había recibido—. Es un placer conocerla.

—Milady perdone nuestro atrevimiento, no sabíamos que usted era lady Brandbury —explicó David para justificar el comportamiento tan descarado de ambos. Sin duda por su juventud y por encontrarla en el río, no se esperaban que ella fuera la nueva condesa.

—No por favor —declaró Jane, al percatarse de que su título les hacía retraerse—. Me gustaría que me vieran como a una amiga y no solo como a la condesa —y cogiendo las manos de Lucy siguió diciendo—: ¿Me prometen que así será?

—Sera un honor —le contestó David pues Lucy se había quedado milagrosamente sin habla.

Dos segundos más tarde la muchacha se repuso y, aferrándose a las manos de Jane, no pudo evitar mostrar su satisfacción por tener una nueva amiga. Y más aún cuando esta era nada más y nada menos que la nueva y esperada condesa de Brandbury.

—¡La señora Steel se va poner verde de envidia cuando se entere! —prosiguió Lucy emocionada y con una gran sonrisa que contagió a Jane.

La verdad es que todo esto era nuevo para Jane, pues aunque siempre había sido tratada con respeto al ser la hija de un baronet, nunca nadie había mostrado tanta relevancia por conocerla o saber de ella. Algo que por supuesto no había pasado en Greenville Hills, donde todos la conocían desde su nacimiento y donde ella los llamaba por su nombre de pila.

Al notar por la expresión de Jane que no entendía nada, Lucy se propuso ponerla al corriente sobre una noticia que la afectaba directamente, y de la cual estaba segura que iba a ser de su interés. Además Lucy era pésima guardando secretos, pues por su impulsividad y juventud, nunca se daba cuenta de estar diciendo algo que debía callarse.

—En cuanto la señora Steel se enteró de que el nuevo conde iba a contraer

matrimonio, organizó una reunión urgente de la asociación de damas de la costura y de las buenas formas. Ella es la presidenta además de ser la mujer del párroco y la mayor cotilla del condado —no pudo evitar decir—. En esa reunión se acordó que al ser usted recién casada, y teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que tiene pendiente en la mansión, nadie la visitaría hasta que usted estuviera bien instalada y se decidió darle tres semanas para ello. Además la señora Steel insistió en que debía de ser ella quien tuviera el honor de ser la primera en conocerla —y soltando una risita prosiguió—. Pero nadie dijo nada de salir corriendo si nos la encontrábamos, ¿verdad?

Jane sonrió y por fin comprendió porque no había recibido visitas en la mansión. Le había extrañado muchísimo esa falta de respeto hacia la nueva condesa, y se había temido que no sería bien recibida en esas tierras, aunque no entendía que podían tener en su contra. Pero ahora, tras las palabras de Lucy, todo tenía sentido. Lo habían hecho por consideración hacia ella, y no por hacerle un desplante.

—Me alegra de que no saliera corriendo al verme, señorita Lucy. Me hubiera resultado imposible mantener una conversación con usted si eso hubiera sucedido —señaló Jane más relajada y contenta de tener a alguien tan encantador con quien hablar.

—Por favor le agradecería que me tuteara. Al fin y al cabo somos vecinos y conocemos a los Brandbury desde hace muchos años —le indicó Lucy.

—Será un placer, pero debe llamarme Jane y prometerme que seremos buenas amigas.

—¡Por supuesto! —repuso encantada Lucy.

—Espero que me permitan entrar en su círculo de amistades —demandó David con una gran sonrisa.

—Por supuesto capitán —respondió Jane encantada de haber encontrado a unas personas tan afines a ella—, no permitiría que fuera de otra manera y le ruego que también me tutee.

El aludido le sonrió e hizo una inclinación como muestra de su acuerdo mientras le decía con voz solemne:

—Si debe tutearme, lady Jane, prefiero que me llame capitán York y no

capitán Sapo. ¿Si es que puedo osar el pedírselo?

David lo afirmó de una manera tan formal que Jane no pudo evitar reír con ganas ante su sentido del humor. Además la seriedad de su cara contrastaba con el brillo travieso de sus ojos, y supo en ese momento que los tres serían unos amigos inseparables, pues había tenido la suerte de encontrar a unos hermanos que se parecían mucho a ella.

Con una sonrisa en los labios y siguiéndole el juego le contestó:

—Entonces no se hable más capitán York. Yo seré para usted lady Jane y la señorita Lucy será...

—Yo la suelo llamar incordio, —señaló David con el fin de provocar a su hermana— pero podemos llamarla Lucy.

—¡David! Te arrepentirás de esto cuando sea la señora Barrow y le ruegue a mi esposo que te impida navegar en algo que no sea un charco— irrumpió Lucy visiblemente molesta.

—Pero aún queda mucho para ello querida hermana, y mientras tanto puedo aprovecharme de ti sin que me lances a tu prometido.

Lucy, reservándose las ganas de darle un puntapié en la espinilla por conseguir molestarla le ignoró, y se volvió para mirar a Jane mientras trataba de contenerse.

—Lady Jane, tiene mi permiso para llamarme Lucy.

David al notar que la había ofendido le cambió la expresión de su rostro y la estrechó entre sus brazos. Él no había pretendido que se molestara tanto. Estaban acostumbrados a tomarse el pelo y a meterse el uno con el otro desde que Lucy llegó al mundo y él se propuso cuidarla y protegerla. Quería con devoción a Lucy y por nada del mundo osaría causarle pena.

—Lo siento Lucy, sabes que estaba bromeando —con un cariño que emocionó a Jane David besó la frente de su hermana—. No dudes que te voy a echar mucho de menos cuando te cases y me dejes solo.

—¡Pero si tú nunca estas en casa, prefieres tu barco! Además todavía falta un año para que cumpla los dieciocho y pueda casarme. Y en cuando eso suceda solo me voy a alejar unas millas, y no como tú que te marchas a China en

cuando tienes ocasión —protestó Lucy soltando un puchero que quedó tapado por el ancho pecho de su hermano.

—Pero cuando regreso es contigo con quien paso más tiempo. Y debes de tener en cuenta que voy a quedarme sin nadie a quien incordiar.

—Pues entonces haz caso a mamá y cástate —afirmó tajante Lucy mientras David ponía cara de asco y la abrazaba con más fuerza, como si empezara a sentir su ausencia.

Lucy no pudo estar por más tiempo enfadada con su hermano y se dejó llevar por el apretón conciliador de David. Ambos se abrazaron con más fuerza sin darse cuenta de la presencia de Jane hasta que la escucharon sollozar. Entonces se volvieron hacia ella asombrados por su reacción, y se la quedaron mirando sin saber muy bien que hacer.

—Lo siento, no quería interrumpir, pero es que hecho muchísimo de menos a mi familia y me la habéis recordado —dijo Jane dejando atrás todo su formalismo.

Entonces, para asombro de Jane los dos hermanos la sonrieron y, Lucy le extendió su mano para que se les uniera.

Jane necesitaba con urgencia un abrazo fraternal y por ello se les unió gustosa. Habían pasado tantas cosas desde su nueva condición de casada y condesa, que sentirse una más de esos hermanos era como estar en el paraíso. Por un momento se dejó llevar por su imaginación, y fue como regresar a los brazos de su familia.

Los tres se abrazaron con fuerza hasta que, al darse cuenta de la situación, empezaron a reírse.

—Menuda panda de sensibleros estamos hechos —soltó Lucy consiguiendo así que los tres volvieran a reír.

—Si contáis una sola palabra de esto lo negaré. Debo preservar mi férrea reputación de capitán —declaró David mientras le entregaba a Jane un pañuelo donde tenía bordadas sus iniciales.

Las risas volvieron a escucharse mientras los pañuelos secaban unas cuantas lágrimas, y sonaban un par de narices enrojecidas.

Jane se les quedó mirando agradeciendo la buena fortuna de haberlos conocido. David estaba colocando un mechón del cabello de su hermana mientras esta se limpiaba las últimas lágrimas de su rostro, y le miraba con adoración. Era evidente el amor que se procesaban, como también era obvio que David seguía viendo a Lucy como a una niña, y no le agradaba perderla por culpa de su matrimonio.

Jane sintió que había encontrado a un par de amigos con los que poder hablar, y sobre todo, agradecía al destino el poner en su camino a Lucy. Una muchacha dulce, sincera y abierta, con la que poder compartir sus inquietudes. Aunque por desgracia se marcharía en cuanto se casara, y volvería a dejarla sola.

—¡Gracias! La verdad es que estaba echando de menos tener a unos buenos amigos —señaló Jane.

—Aquí nos tiene para lo que necesite —le contestó Lucy encantada de tener una nueva amiga.

—A su servicio milady. Por lo menos hasta que vuelva a embarcarme —fue la respuesta de David mientras insistía en que Jane se quedara con su pañuelo por si volvía a necesitarlo.

—¿Qué os parece si patinamos? —les preguntó Jane dispuesta a pasar un rato agradable mientras aparecía Braxton.

—¡Una idea maravillosa! —reconoció Lucy demostrándole que era una mujer que se ilusionaba con las cosas más sencillas, como le sucedía a ella.

—Teniendo en cuenta que el lago es suyo, lady Jane, estaremos encantados de acompañarla. He incluso si se atreve, podíamos hacer una carrera —le provocó David.

—Solo si me prometen que no harán trampas —repuso divertida Jane.

Ambos hermanos se miraron a los ojos, sonrieron, y como en una coreografía que parecía estudiada desde hacía años, se llevaron las manos a sus espaldas para cruzar los dedos y así quedar invalidado el juramento. Luego, convencidos de que Jane no les pillaría en su picardía, dijeron al unísono:

—Por supuesto, lo juramos.

Cuando Jane los miró recelosa y se cruzó de brazos seria, los hermanos

comprendieron que no la habían engañado y que conocía la existencia de ese viejo truco. La carcajada de los tres no se hizo esperar, y desde ese momento se selló un pacto silencioso en el que Jane sería tratada como una más entre ellos.

Capítulo V

Durante un buen rato los tres rieron y participaron en varias carreras, en las cuales David las dejó ganar mientras se quejaba de su mala suerte.

A cualquier espectador le hubiera parecido que eran miembros de una misma familia, o por lo menos amigos que se conocían desde la más tierna infancia. Los tres patinaban con tanta afinidad y desenvoltura que sus movimientos parecían deberse a años de práctica, pues nada indicaba que Jane acababa de unirse a ellos.

Tanto Lucy como David hacían todo lo posible por integrar a Jane en todo lo que urdían, haciéndola sentirse una más entre ellos. Algo que le agradeció con toda su alma, pues era justo lo que necesitaba después de haber pasado tanto tiempo sin tener una conversación con un igual que no fuera su marido.

No es que no pudiera conversar con la señora Lewis, pero su rango y los años de diferencia impedían que su relación no dejara de hallarse en los parámetros del protocolo. En cuanto a su doncella Betsy, al poseer una educación inferior

y tener una vida tan diferente a ella, no era la más indicada para entenderla y mantener una charla interesante. Por lo que solo le quedaba las horas que Braxton podía dedicarle.

El pequeño grupo estaba tan ensimismado en sus juegos que no se percató de la aparición de un espectador. Hacia un buen rato que el conde había llegado, y no le agradó ver a su esposa tan encantada con las galanterías de su vecino, el capitán York.

Braxton se encontraba protegido por las ramas bajas de unos árboles cercanos, por lo que resultaba casi imposible divisarlo si no se miraba con detenimiento.

Sim embargo, él no se perdía ningún detalle del encuentro, mientras notaba como la sangre de sus venas se le calentaba hasta hacerlo hervir por dentro. Era una sensación nueva para él que no le agradó en absoluto, ya que le hacía albergar deseos de estrangular con sus propias manos a ese caballero que sonreía como un estúpido a su esposa, mientras le daba la mano para ayudarla a girar como si ella fuera una inválida.

Sintió unas ganas enormes de llegar hasta ellos y reclamarla aunque fuera por la fuerza, para después ponerla sobre su hombro y llevársela a sus aposentos donde le enseñaría quien era el único hombre que podía tocarla. Una manera inequívoca de hacerla ver que era solo suya, y que no le iba a consentir que tonteara con un niño de cara bonita que no sabía mantener las manos dentro de sus bolsillos.

La furia y el acaloramiento se empezaron a extender por todo su cuerpo, sin entender muy bien de dónde provenía esa sensación, ya que era la primera vez que sentía algo parecido y no sabía cómo controlarla. La rabia de ver como el capitán York se acercaba sonriendo a su esposa, y de cómo esta le correspondía con su sonrisa le hizo darse cuenta de que estaba teniendo una sensación tan antigua como el mismo tiempo, y que se conocía con el nombre de celos.

Al no entender los motivos para sentir algo así, pues supuestamente no estaba enamorado de Jane, Braxton lo achacó a que no le gustaba que ese hombre, o cualquier otro, tuviera libertades con una mujer que le pertenecía ante los ojos de Dios y de los hombres. Ella era suya y como tal no le gustaba que nadie

reclamara sus atenciones, y más cuando por derecho propio estás eran solo de él.

En su cabeza se repetía una y mil veces esta excusa, sin querer afirmar que la verdadera causa de este sentimiento era el amor que empezaba a sentir por ella. Pero le era más fácil achacárselo a otros motivos, al no poder definir con claridad que era lo que sentía en esos momentos por su esposa y por Charlotte.

El creía que amar a las dos mujeres era algo impensable, pues ellas eran tan diferentes como el fuego y el agua, por lo que no sería posible amarlas de la misma manera, y además su corazón era demasiado frío como para poder amar a ambas a la vez.

Lo que si le quedó claro a Braxton era que no iba a consentir al capitán York que se tomara libertades con su esposa, por muy nobles que estas fueran. Sobre todo cuando Jane en un ataque de risa se chocó con él, y este osó cogerla por la cintura para que esta no se cayera.

Ese fue el punto más álgido que Braxton estaba dispuesto a aguantar, y sin pensárselo dos veces salió de entre las ramas que lo cobijaban, y se acercó al borde del lago dispuesto a poner fin a ese juego tan inapropiado para su condesa.

—¡¡Jane!! —bramó Braxton para hacerse notar por todos.

Su artimaña tuvo los efectos deseados, ya que los tres patinadores se volvieron hacia él con notable curiosidad.

En cuanto Jane se dio cuenta de que era su esposo quien la llamaba se alegró visiblemente, y regalándole su mejor sonrisa salió disparada hacia sus brazos.

Si Braxton no hubiera estado atento a cada uno de sus movimientos ambos habrían caído al suelo, pues Jane salió impulsada hacia él con tanta fuerza que aterrizó en sus brazos junto con una sonora carcajada.

En otras circunstancias Braxton hubiera sonreído ante su muestra de locura, pero en esos momentos su cólera le impedía ver el lado divertido de su encuentro.

—¿Es que estás loca? ¡Podías habernos tirado al suelo! —vociferó Braxton dejando bien claro el poco humor que sentía en esos instantes.

—Sabía que tú no me dejarías caer —fue el pretexto que le dio, e hizo que la cólera de Braxton se calmara un poco.

Pero no fue hasta que vio sus ojos cuando toda señal de furia o celos desapareció de él. Jane le estaba mirando con infinito amor y se negaba a separarse de su cuerpo. Ella le agarraba por el cuello mientras él seguía sosteniéndola por la cintura, en una postura que a ambos le parecía creada solo para ellos.

Todo lo que les rodeaba desapareció sin que se percataran de los ojos que los acechaban. Tanto sus sirvientes como sus vecinos no sabían que hacer para no interferir en el encuentro entre la pareja de recién casados, sin poder evitar sentirse como unos fisgones al no hacer notar su presencia.

—Te estaba esperando —susurró cariñosa Jane sin poder dejar de mirarle y de sonreírle.

—¿A sí? —le preguntó Braxton devolviéndole la sonrisa, hasta que recordó con quien estaba Jane cuando llegó, y su sonrisa se desvaneció mientras pasaba a observar a David—. Ya he visto que has conocido a nuestros vecinos.

Sin darse cuenta de los celos que sentía su marido, Jane se separó de este, y le cogió la mano feliz de contarle que había conocido a unos amigos entrañables.

—Es cierto, al llegar al lago me encontré a los hermanos York patinando y, ¿sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó con una curiosidad casi enfermiza y un entrecejo cada vez más pronunciado.

—Son unas personas maravillosas y en seguida hemos trabado amistad. ¿No es fantástico?

—Genial —afirmó nada efusivo, sino más bien enfadado.

Mientras tanto Lucy como David se habían acercado para mostrarle sus respetos al conde, aunque para ello tuvieran que molestar a la joven pareja.

—Lord Brandbury, permítame que le felicite por su reciente matrimonio, y sobre todo, por tener como esposa a una mujer tan encantadora —declaró David siguiendo sus palabras con una respetuosa genuflexión.

Braxton no le quitó el ojo de encima mientras un músculo de su mandíbula le daba pequeños tirones, al sentir unas ganas enormes de borrarle de un puñetazo su insulsa sonrisa. No le agradaba ese hombre desde que lo había visto cerca de su esposa, y no iba a ponerle fácil que pudiera estar con ella cada vez que se le antojara.

—Gracias —fue su único comentario, mientras en un acto reflejo agarró a su esposa por la cintura y pegó la espalda de esta a su pecho.

—Lord Brandbury. No sé si se acordará usted de mi hermana pequeña, la señorita Lucy York.

—Señorita York. Es un placer volver a verla —le dijo mientras volcaba su atención en ella.

—Milord —indicó Lucy con claras muestras de estar cohibida, para posteriormente hacerle una inclinación a modo de saludo.

—Me imagino que al ser ustedes vecinos ya se conocían —comentó Jane para relajar el ambiente, volviendo a un trato formal para no acentuar el evidente desasosiego de su marido frente a ellos.

Se notaba que los hermanos no sabían cómo tratar al nuevo conde, debido al tiempo que había transcurrido desde su último encuentro, y también por el hecho de que este ahora ostentara el título.

Por otra parte Braxton estaba más centrado en dejar claro a David que su mujer era solo suya, y sus atenciones respecto a ella no serían bien recibidas. Su expresión seria, su mirada fría, la rigidez de su cuerpo, el modo como aferraba a Jane, y su eminente entrecejo fruncido, así lo indicaban.

—En efecto, milady —contestó David con una gran sonrisa, consiguiendo que Braxton apretara con más fuerza a su esposa—. Conocemos a lord Brandbury desde que mi familia compró la vecina residencia de los Hamilton y nos mudáramos a ella —y mirando a Braxton señaló—. Creo que de eso hace ya unos veinte años.

—Creo que así es —le respondió Braxton aun receloso.

—Yo recuerdo cuando los tres veníamos a patinar al lago y siempre acababais regañándome —afirmó Lucy consiguiendo que todos se volvieran para observarla, logrando con ello que se acentuara su sonrojo.

—Eso es porque desde muy pequeña ya eras una imprudente —le contestó su hermano regalándole después una sonrisa nostálgica.

—Entonces, ¿solían ustedes jugar juntos? —se apresuró a preguntar Jane antes de que Lucy contestara algo inapropiado a su hermano delante de Braxton.

—Tuve el placer de ser un buen amigo de su esposo durante unos años —confesó David mirando a Braxton con afecto, sin demostrar por su expresión que estuviera resentido por haber dejado atrás su amistad.

La curiosidad de Jane se acentuó, al no saber qué había pasado entre ellos para que su trato hubiera terminado. Debía de tratarse de algo muy serio para que un niño dejar a su compañero de juegos sin una buena excusa. Pero no obtuvo ninguna confesión por parte de los tres implicados, y un denso silencio se adueñó del ambiente.

Era como si ninguno de ellos quisiera ser el que rompiera una especie de pacto, donde el pasado quedaba atrás y sepultado.

Conociendo la curiosidad de su esposa, y por lo tanto sabiendo que esta no iba a dar el tema por zanjado, Braxton atajó el asunto cambiando de tema antes de que ella se lanzara a hacer preguntas sobre el asunto.

—Según tengo entendido, capitán York. Fue usted condecorado hace poco y ascendido al puesto que ahora ostenta —y acertó, pues en el acto Jane mostró más interés por saber sobre este tema que por el anterior.

El comportamiento de David dejó claro a todos que no era una persona vanidosa, pues un ligero sonrojo apareció por sus mejillas y se irguió sacando pecho como si estuviera delante de un superior. Era evidente por su silencio que su ascenso y su distinción habían sido otorgadas hacía poco tiempo, por lo que aún no se había acostumbrado a que lo alabaran por ello.

Por el contrario Lucy se mostraba claramente orgullosa de él, y no pudo evitar agarrarse de su brazo y mirarle con admiración.

—Tiene usted razón lord Brandbury. Mi hermano fue distinguido por salvar las vidas de algunos de los tripulantes de la fragata donde estaba asignado, y le condecoraron por su valor junto con su ascenso. Convirtiéndose en el capitán más joven de la armada desde la guerra contra Napoleón —explicó encantada de poder prodigar sus proezas pues sabía que David era demasiado modesto

para hacerlo.

—¡Eso es maravilloso capitán York! —no pudo evitar exclamar Jane al enterarse—. Deben de sentirse ustedes muy orgullosos.

—Así es lady Brandbury, toda la familia está encantada de tener a un héroe entre nosotros —fue Lucy la que le respondió encantada de seguir alabando las hazañas de David.

—En realidad lady Brandbury, fue cuestión de suerte más que de valor. Estuve en el lugar apropiado en el momento justo, y lo demás fue cosa del destino —puntualizó David tratando de quitarle importancia a su proeza.

—Su vanidad le honra capitán York. Y estoy segura de que tanto su ascenso como su distinción son del todo merecidas —declaró Jane, convencida de tener ante ella a todo un héroe y un caballero.

La conversación estaba llegando a unos parámetros que empezaba a desagradar a Braxton. Una cosa era elogiar una acción valerosa, y otra muy diferente era que su esposa viera a ese hombre como un ídolo capaz de las mayores gestas. Al fin y al cabo él había afirmado que había sido una cuestión de suerte más que de valentía.

No le gustaba que ese caballero tan galante, atractivo y alegre fuera ante los ojos de Jane una especie de titán capaz de todo, pues esos hombre solían ganarse el favor de las mujeres engatusándolas con sus audacias.

Al fin y al cabo su esposa era demasiado joven como para percatarse de estos engaños, y demasiado encantadora como para tentar a cualquier hombre. Además, se la veía ensimismada con él y parecían muy afines entre ellos, provocando que sus celos hirvieran.

Las sospechas volvieron a aparecer en su cabeza, la cual no paró de darle vueltas a todas las posibilidades que el capitán tendría para seducir a su mujer. Ese hombre era sin duda más comunicativo, abierto y vivaz que él, y todo un techado de virtudes. Sin olvidar que era evidente su atractivo.

El mal humor volvió a hacer acto de presencia, y se preguntó asqueado cuanto más tendría que aguantar a los dos hermanos antes de poder estar a solas con su esposa. Lo que parecía ser un encuentro clandestino con ella se estaba convirtiendo en una pesadilla, donde él se sentía que sobraba y no encajaba.

—Sin nos disculpan, se nos está haciendo tarde y debemos retirarnos antes de que anochezca. No quiero que mi esposa se resfrié por mantenernos a la intemperie de una forma tan prolongada —expuso Braxton para poder alejar a su mujer de ese hombre tan perfecto que lo estaba poniendo nervioso.

—Tiene usted razón lord Brandbury. Con este frío invernal que nos rodea, no debemos exponernos a su rigor sin temer por nuestra salud —le confirmó David encantado al dejar de ser el centro de atención.

Siempre había sido un hombre reservado que le gustaba mantener su vida privada al margen, y le costaba que le vieran como un héroe cuando en realidad no se sentía así.

No lo había sido para los hombres que no pudo salvar, y no lo sería mientras no se le concediera la misma distinción a todos aquellos que le ayudaron y cayeron en el olvido. La diferencia era que ellos habían sido simples marineros sin apenas recursos e influencias, mientras que él era el hijo de un distinguido almirante.

—Señorita Lucy, debe prometerme que vendrá pronto a tomar el té en Brandbury Hall —le invitó Jane, pues quería seguir viendo a esa muchacha tan adorable—. Por supuesto la invitación se extiende también a usted capitán York.

—Será un placer complacerla milady —le respondió encantada Lucy.

David simplemente asintió con la cabeza en señal de aceptación, y ambas parejas se despidieron alejándose por diferentes senderos.

Mientras caminaban de vuelta a Brandbury Hall Braxton no pudo dejar de sostener a Jane por el brazo, para que esta no se resbalara a causa del suelo helado, y porque le costaba soltarla por un motivo que no acertaba a entender. Sentía una necesidad de tocarla y sentirla cerca, como si su ausencia fuera algo inaceptable. Era una sensación nueva para él que no le agradó en absoluto, pues se consideraba un hombre firme y decidido y no un juguete en manos de una mujer.

Estaba tan centrado en sus emociones que no se percató de los sirvientes que los seguían, o de la conversación relajada que Jane mantenía. Él solo podía pensar en cómo su corazón y su cabeza había reaccionado al verla con otro hombre en una actitud tan relajada, y en cómo los celos habían hecho acto de

presencia por primera vez en su vida.

Quería prohibirla que lo viera de nuevo, pero sabía que esta petición no tenía sentido. Su esposa no se había comportado con incorrección, ni el capitán York había demostrado una inclinación a seducirla. No se habían lanzado miradas cargadas de deseo, ni sus manos se habían posado más tiempo del debido en su cuerpo cuando él la sujetaba para que no se cayera. Pero no podía dejar de sentirse molesto al pensar en ellos dos juntos, y en cómo su amistad podía convertirse con el tiempo en algo más profundo e inmoral.

Se dio cuenta que su cuerpo clamaba por poseer a su esposa con una intensidad nueva para él, y mirando al cielo deseo que las sombras de la noche empezaran a aparecer entre los árboles.

Solo tendría que esperar unas horas hasta que pudieran retirarse a sus aposentos y entonces reclamaría el cuerpo de su mujer solo para él. Le demostraría con sus besos y su deseo que él era su dueño, y no dejaría de hacerle el amor hasta que ambos quedaran exhaustos.

Con ese plan en mente esbozó una sonrisa maliciosa, pues su dulce esposa no podía imaginarse la noche de pasión que la esperaba. Pensaba mientras caminaba en como la torturaría con sus besos y caricias, y como la haría rendirse a él mientras le suplicara que la hiciera suya.

Deseoso de que las horas corrieran veloces aceleró el paso, y ante él apareció la mansión que los esperaba silenciosa, y que esa noche, guardaría entre sus muros sus secretos de alcoba.

Capítulo VI

Como cada noche, un acontecimiento especial transformaba la mansión, consiguiendo a diario que sus habitantes desearan que ese momento llegara.

Sucedía tras la cena, cuando el matrimonio se retiraba a la sala de música y Jane se sentaba frente al piano para deleitar a su esposo con un pequeño recital. En ese instante Brandbury Hall cambiaba, y las oscuras veladas de

antaño se convertían en un acogedor encuentro donde la música envolvía a todos con su belleza.

Jane había aprendido a tocar el piano desde su más tierna infancia, dejando claro desde el principio que era una virtuosa de este instrumento. Su música inspiraba a todo el que la escuchaba, convirtiendo estos instantes de relax en una costumbre que pretendía continuar en su nuevo hogar.

A Braxton no pareció importarle sentarse cada noche en la sala de música para escucharla y así seguir con esta tradición. Encantado la acompañaba tras la cena hasta el piano, para después observarla complacido alternando este deleite con la lectura.

Pero sobre todo tenía la tediosa tarea de apartar de su regazo a un persistente Bolita, que cada diez minutos volvía con un salto a intentar colocarse sobre sus piernas.

Pero esa noche, tras regresar de su salida para patinar en el lago, Jane notaba que la actitud de Braxton era diferente. Durante la cena había mostrado una actitud reservada sin dejar de observarla, con un brillo en sus ojos que ella nunca había visto y no sabía cómo identificarlo. Apenas había hecho caso a su libro al no dejar de mirarla, confirmando así las sospechas de Jane de que algo le pasaba.

Pero la prueba más relevante de todas consistía en que desde hacía más de quince minutos Bolita descansaba en su regazo, mientras Braxton le acariciaba de forma distraída. Incluso la primera impresión del felino fue de desconfiar, y ahora, cuando ambos estaban sumidos en sus asuntos, Jane no podía evitar sonreír cada vez que los miraba.

Se dio cuenta de cómo Braxton correspondía a su sonrisa con otra maliciosa, como si fuera el guardián de un secreto que solo él conociera. Todo ello mientras mantenía entre sus piernas al gato como si fuera algo completamente normal entre ellos.

A Jane le hubiera gustado conocer más a su marido para saber qué era lo que estaba pensando, y así estar preparada para cuando él le dijera algo. Pero tuvo que conformarse con esperar casi veinte minutos hasta que Braxton, aprovechando que ella había terminado de tocar una pieza, se levantara de golpe tirando sin miramientos al adormilado gato, y se acercara a ella.

—Jane, creo que por hoy será suficiente. Será mejor que nos retiremos a los aposentos —señaló mientras se acercaba y le ofrecía su mano, sin dejarle así opción a que se negara.

Sabiendo que su marido tramaba algo aceptó gustosa, esperando que aquello que la aguardaba fuera de su agrado.

Braxton la guio hasta su recámara y la primera sorpresa de Jane fue percatarse de que su esposo entraba con ella y despedía a su doncella. Él se quedó de pie al lado de la puerta observándola en silencio, consiguiendo de esta manera ponerla nerviosa, pues no sabía que esperaba su marido que hiciera.

¿Quería hablarle en privado de un asunto que le intrigaba? ¿Habría cometido una incorrección y pretendía reprochárselo? Las dudas empezaron a inquietarla cada vez más, hasta que acabó frente a él temiendo mirarle y estrujándose las manos.

Por otro lado Braxton la contemplaba complacido, pues desde la despedida del lago había estado esperando ese momento, donde pretendía vengarse por el mal trago que le había hecho pasar al verla con otro.

En su cabeza tenía muy claro que iba a hacerle durante toda la noche y como ella le pediría clemencia entre gritos de placer. Había recreado en su mente cada castigo, y no le concedería misericordia por mucho que se lo suplicara.

Le gustó observar su semblante agitado y como le miraba como si él fuera un ogro a punto de comérsela. Esa imagen le hizo sonreír, pues ciertamente había imaginado la idea de devorarla y deleitarse con su sabor. En especial con el aroma de su sexo. Y ya que había sido ella quien con sus ojos asustados había elegido empezar con ese castigo, sería así como comenzarían.

Despacio, se acercó a ella consiguiendo que esta dejara de respirar y le mirara expectante. Sabiendo que su altura imponía se pegó a ella, para que sintiera la fuerza de su cuerpo y todo lo que este podía ofrecerle.

—Me parece milady que esta tarde ha incumplido su palabra —apuntó con semblante serio y sin dejarle ver sus pensamientos.

Jane se quedó callada y con una expresión de no entender nada.

—Voy a tener que castigarla para que no lo vuelva a hacer —volvió a indicar con su voz cada vez más ronca y profunda.

En el acto ella dio un paso atrás para alejarse de él y le miró sin entender nada. En su rostro no había miedo pero sí cierto recelo, consiguiendo que Braxton se alegrara de estar confundiéndola.

—No sé a qué te refieres —repuso para defenderse.

Braxton siguió mirándola muy serio mientras acortaba el paso que había dado y volvía a estar pegado a ella.

—¿No te acuerdas? ¿Acaso olvidas las promesas que le haces a tu marido?

El negó con la cabeza como si lo hubiera decepcionado, y con su dedo índice empezó a recorrer despacio el contorno de su mandíbula.

—Si lo he olvidado no ha sido deliberadamente Braxton —consiguió decir sin tartamudear—, si me recuerdas de que se trata seguro que podremos solucionar el malentendido.

—¿Malentendido? —repuso él mientras su dedo se paraba en su barbilla y le levantaba la cabeza para que lo mirara—. No preciosa, vas a tener que pagar por tu falta y por tu olvido.

Jane abrió los ojos como platos incrédula ante lo que estaba escuchando, y sin encontrar una respuesta ante la acusación de su esposo. No recordaba haber hecho algo que pudiera enfadarle, y mucho menos que fuera tan importante como para que mereciera un castigo como si fuera una niña.

—Pero, pero...

—Vas a tener que darme algo que ansió desde hace horas. Y vas a dármelo gustosa o...

—¿Oh? —preguntó con la boca seca y las piernas temblando al tener los labios de Braxton a escasos centímetros de la suya.

—Tendré que convencerte —afirmó categórico para después, sin previo aviso, agarrar con ambas manos la tela de su escote y con un fuerte tirón rajarle el vestido.

La reacción de Jane no se hizo esperar, y soltó un gritito mientras se llevaba las manos a su escote para tapárselo. El vestido estaba completamente destrozado, pues Braxton siguió rompiéndolo hasta que este cayó a sus pies y ella quedó en ropa interior.

Con manos avilés Braxton empezó a deshacerse de la ropa que cubría su cuerpo y le molestaba, sin que Jane fuera capaz de decir ninguna palabra coherente. Solo se veía capaz de soltar un gritito cada vez que él le quitaba una prenda, y la iba girando para desabrochar lazos y corchetes. Solo cuando la tuvo ante él llevando solo las medias y los ligeros se quedó conforme, y se dedicó a quitarle despacio las horquillas mientras le hablaba.

—¿Sigues sin saber cuál ha sido su falta? —preguntó satisfecho de tenerla a su merced prácticamente desnuda.

Jane negó con la cabeza mientras se cubría los senos, y luchaba por recordar que era lo que había hecho para enfadar de esta manera a su esposo.

—Entonces tendré que comenzar con tu castigo, y ten presente que no pararé hasta que te acuerdes.

Y dicho esto la cogió en brazos consiguiendo que ella volviera a gritar y que el cabello callera en cascada. Una vez en sus brazos la llevó despacio hasta la cama, deleitándose con su belleza y dulzura. Estaba deseando empezar con su tormento para que así nunca olvidara a quien pertenecía.

Sin más palabras por pronunciar la depositó sobre la cama, y se quedó contemplándola como un coleccionista miraría una obra de arte.

—¡No! —Gritó enérgico cuando ella quiso moverse y, situándose a su lado, le cogió de las muñecas colocándoselas a ambos lados de la cabeza— ¡Estate quieta o tu escarmiento será mayor!

Asustada se quedó inmóvil por miedo a provocarlo, sin entender que había ocasionado este enfado. Ella era una mujer que no se dejaba someter con facilidad, y por ello estaba tratando de ser prudente y no enfrentarse a él. Aunque el miedo cada vez se estaba convirtiendo más en enfado al sentirse indefensa, y no estaba segura de poder aguantar por más tiempo antes de saltar de la cama y decirle cuatro palabras. Al fin y al cabo su alma rebelde e impulsiva no podía permitir que la sometiera contra su voluntad.

Pero nada la hubiera preparado para lo que vino a continuación, ya que sin dejar de mirarla, y con un destello de deseo en sus ojos Braxton empezó a desnudarse, provocándola con su lentitud, hasta quedar frente a ella sin nada que cubriera su cuerpo musculoso.

Durante un segundo se miraron y él le sonrió con su habitual gesto ladeado, dándole a entender a Jane sus intenciones. Fue solo entonces cuando ella comprendió su juego y estuvo a punto de sonreírle y de lanzarse a sus brazos. Pero esta era la fantasía de Braxton de someterla, y ella pensaba hacer realidad su sueño.

Para su sorpresa Braxton se dirigió hacia los pies de su cama mientras la observaba y le decía:

—Ahora pequeña, voy a saborearte hasta quedar saciado con tu manjar y tus gritos —sin más se colocó delante de sus piernas, y se las separó situándose después entre ellas—. Y si te mueves y no me complaces, te voy a hacer gemir durante horas sin dejar que te alivies.

Después la miró por última vez, y para asombro de Jane se agachó perdiéndose entre sus muslos. Cuando sintió su lengua lamiendo su sexo se estremeció, y solo le quedó soltar un gemido de placer centrando todas sus fuerzas en no moverse para apartarle, o mejor pensado, para no agarrarle del cabello e impedirle que dejara de saborearla.

Los minutos que siguieron fueron un auténtico tormento que Jane saboreó con satisfacción, llegando a uno de los mayores orgasmos que había sentido hasta el momento. Pero Braxton no se conformó con ello y la estuvo torturando con su lengua y sus caricias hasta que sintió que las fuerzas se alejaban de ella.

Solo entonces hizo que volviera a correrse en su boca, para después comenzar un camino de besos hasta sus pechos y sus labios. Le ofreció el sabor que su ambrosía había dejado en ellos y se colocó sobre ella abriéndole las piernas. Luego, con una fuerte investida la penetró, y sin poder contenerse, la hizo suya sin miramientos.

En esa ocasión sus actos de amor se convirtieron en un encuentro carnal, donde las ansias por marcarla como suya y hacerla gemir de placer se sobrepusieron a sus necesidades.

Braxton la castigaba con su cuerpo, y cuando la tenía vencida entre sus brazos, la besaba con rudeza para después mirarla a los ojos y decirle sin reservas:

—¡Mía!

Esa noche Braxton y Jane no fueron una pareja de recién casados que entre

sonrisas y abrazos hacían el amor con dulzura. Esa noche ambos se transformaron en otras personas muy distintas, donde se buscaban con ansia y se saboreaban como si ese encuentro fuera el último.

Sintieron la necesidad de provocarse, de marcarse con sus uñas, sus dientes, o sus sabor. Se torturaban mutuamente y cuando ya pensaban que no podían seguir dándose placer, volvían a mirarse y a sentir la necesidad de volver a unirse en un mismo ser.

Una velada que los cambió pues ahora, cada vez que se observaban, contemplaban a alguien que conocía sus secretos, sus gustos, y sus pasiones más oscuras. Una persona que podía abrirles el cielo o el infierno con solo una palabra, y hacerles sentir más vivos que nunca.

Solo las primeras luces del alba consiguieron calmarles, y sudorosos y saciados acabaron conciliando el sueño con sus cuerpos unidos. Ya que, tras una noche de placer semejante, ninguno quiso dormir si no era entre los brazos del otro.

Así despertó Braxton y así sonrió al observar dormir a su mujer. Una criatura que había resultado insaciable y que aprendió a complacerlo al instante. Sabiendo que desde esa noche sus sentimientos por ella habían evolucionado, la abrazó con más fuerza, y no pudo evitar preguntarse si alguna vez comprendería los oscuros entresijos que guarda su corazón.

Sin poder evitarlo la besó provocándola, consiguiendo de sus labios una preciosa sonrisa.

—¿Te he despertado mi cielo?

Ella ensanchó su sonrisa y se estiró melosa, consiguiendo con ello que Braxton volviera a endurecerse. Cuando sus besos la dejaron hablar, ella le preguntó:

—¿Podrías decirme una cosa?

—Claro —le respondió mientras seguía besándola por el cuello y los senos.

—¿Cuál fue el motivo del castigo?

Él paró en seco ante estas palabras y sonriendo le dijo:

—¿Acaso no te ha gustado? —una pregunta jactanciosa, pues sus múltiples orgasmos le habían dado la respuesta.

Sintiéndose atrevida Jane salió del refugio de su abrazo, y lo empujó hasta tenerlo tumbado de espaldas, justo como en ese momento lo quería. Luego, decidida, se colocó a horcajadas sobre él y siguió con su interrogatorio.

—Por supuesto que sí. Por eso te lo pregunto, para volver a hacerlo.

Encantado con la actitud seductora de su esposa y por su sonrisa de diablillo, Braxton le agarró por las caderas y soltó una carcajada. Solo cuando ambos se calmaron y se quedaron mirando como hipnotizados, él pudo contestarle mientras acariciaba su rostro sorprendido de su suavidad y de la extraña sensación que sentía en su pecho.

—Dijiste que patinaríamos juntos pero preferiste hacerlo con los hermanos York —le susurró distraído con su tacto y sus emociones.

—¿Fue por eso? —Preguntó incrédula consiguiendo que él afirmara con la cabeza—. Entonces te prometo que iremos a patinar todas las tardes e invitaré a los hermanos.

La carcajada que resonó por toda la habitación acalló el grito de Jane, cuando Braxton divertido la empujó hacia un lado de la cama y comenzó a hacerle cosquillas.

Nunca hubiera imaginado que se pudiera ser tan feliz al lado de la mujer adecuada, y se alegró enormemente por haberla escogido. Su matrimonio de conveniencia se estaba transformando en algo muy especial, que hacía pensar a Braxton que la felicidad estaba a su alcance.

Con su mujer desnuda y abrazándola risueña se sintió encantado, y se propuso hacer todo lo posible por complacerla y devolverle la dicha que en ese instante sentía.

Y qué mejor manera de conseguirlo que volver a hacerle el amor hasta que el anhelo de poseerla disminuyera. Aunque por la forma en que Jane le miraba y por el calor que notaba correr por su cuerpo, estaba empezando a pensar que sería una odisea separarse de ella aunque solo fuera por unas horas.

Una vez más en Brandbury Hall el sol salió bañando sus cumbres, dando paso a un nuevo día donde el brillo de las luces no sería sepultado por las sombras de la tristeza o la melancolía. Aunque en esta ocasión, por primera vez, esas luces también aparecieron en el corazón de Braxton.

Capítulo VII

abían transcurrido casi tres meses desde el apasionado encuentro entre

Braxton y Jane, y las llamas del deseo aún no se habían extinguido.

HEn todo este tiempo un halo de felicidad inundaba toda la mansión, y la música, las risas, y los besos a escondidas eran una constante, convirtiéndose en un reflejo de la dicha que habitaba en el corazón de Braxton. Cada noche esperaba impaciente el momento de hacerla suya, y cada amanecer despertaba feliz de encontrar entre sus brazos a la mujer que, con su cariño, había conseguido ocupar un puesto importante en sus sentimientos.

Pero la nueva condesa no solo había conseguido conquistar al conde, sino también a todos los habitantes del pueblo y las cercanías, que no cesaban de reclamarla con invitaciones a toda clase de eventos.

Por no decir a los sirvientes que se sentían orgullosos de su nueva señora, y de sus vecinos los York, que la acogieron en su casa y en sus vidas como una componente más de su familia, siendo frecuente ver ir de compras a la señora York, junto a su hija Lucy y una dichosa condesa de Brandbury.

Esa mañana había amanecido con un sol espléndido dejando claro que la primavera ya se había afianzado y no pretendía alejarse, del mismo modo que el pasado oscuro había quedado atrás, gracias al sol que emanaba de la sonrisa de Jane.

La nueva relación con su esposo, las cartas que recibía de su familia y de Madison, las cuales conseguían calmar su añoranza ya cada vez más lejana, así como la amistad de los hermanos York, en especial con Lucy, pues se habían vuelto inseparables, habían conseguido llenar la vida de Jane de una felicidad que jamás se hubiera imaginado.

Y ahora, al contemplar los inmensos jardines teñidos de mil colores donde el verde de la llanura se extendía hasta donde alcanzaba la vista, Jane se preguntaba si su suerte sería efímera o si aún está podría ser mayor. Todo un enigma que solo el tiempo acabaría resolviendo.

Había decidido pasar el resto de la tarde cuidando las flores del jardín, aprovechando que esa tarde Lucy se había retirado más temprano tras tomar el té. Había alegado que tenía asuntos pendientes en su hogar, o lo que era lo mismo, que tenía que volver a releer la carta que su prometido le había mandado hacía ya tres días, y prácticamente tenía memorizada.

Sin más dilación, se acomodó la pamelita a juego con su vestido de faena

confeccionado para estos menesteres, cogió a Bolita que miraba embelesado la puerta cerrada de la biblioteca donde se hallaba Braxton, y juntos se encaminaron a la parte de la rosaleda.

Esta se encontraba en una parte de los jardines desde donde se podían divisar los grandes ventanales del despacho de Braxton, permitiéndole a Jane ojear de vez en cuando a su esposo y así recrearse con su vista.

Por otro lado, esa tarde Braxton tuvo que conformarse con permanecer encerrado en el despacho junto con su socio y amigo Aron Sheldon, pues se negaba a dejar Brandbury Hall para ir a Londres por asuntos de trabajo. Prefería arreglarlos por correspondencia, y decidió que solo viajaría cuando fuera estrictamente necesario, ya que la ciudad había dejado de atraerle.

Aron se había ofrecido en esta ocasión a ser él quien se acercara a la mansión, para así poder ver las mejoras que tantos elogios había dispensado su amigo por carta. Pero lo que nunca pudo figurarse, fueron los cambios que el serio, frío, y reservado conde de Brandbury había experimentado. Pues, por lo que pudo ver, esa persona había desaparecido al mismo tiempo que la nieve del camino se había fundido por el sol, quedando un nuevo e irreconocible Braxton.

Llevaban toda la mañana y parte de la tarde trabajando con algún pequeño descanso, y seguía sin poder creerse que Braxton sonriera de vez en cuando. Pero no fue hasta que vio a su esposa entre la rosaleda, cuando comprendió que sería imposible volver a reclamar su atención.

De forma distraída se había levantado del asiento afirmando que tenía que estirar las piernas, y tras servir un par de copas de bourbon se había instalado frente a los grandes ventanales, donde ningún carraspeo había conseguido que apartara la vista de su esposa.

Daba la sensación de que estuvieran unidos por un hilo invisible, que les confería la habilidad de saber dónde se encontraba el otro en cada momento. Esa fue la única explicación que Aron pudo obtener cuando de forma misteriosa, Jane notó la mirada de Braxton sobre ella y se volvió para sonreírle.

Sabiendo que el trabajo había sido desplazado, y por ello era inútil seguir insistiendo, Aron se acercó a la ventana para comprobar con sus propios ojos

que era eso tan interesante que estaba haciendo la condesa, y que tenía tan ensimismado a Braxton. Y lo que vio le hizo reafirmar que ella era única, así como una fuente inagotable de sorpresas.

Al parecer Bolita se había empeñado en perseguir algún tipo de insecto misterioso, sin importarle el tener que pasar entre las faldas de la condesa, y embadurnarse de tierra y espigas cada vez que atravesaba por los rosales. Pero para consternación de Jane su gato no solo se había empeñado en ensuciarse, sino también en hacerla trastabillar en más de una ocasión.

La condesa llevaba un cesto donde echaba las rosas marchitas con sumo cuidado y, como era de esperar, estas acabaron esparcidas por el suelo cuando Bolita se empeñó en volver a pasar por sus faldas mientras corría tras algo indefinido.

La carcajada que soltó Braxton sorprendió a Aron del mismo modo que lo asombró el inapropiado insulto que soltó la refinada condesa, cuando también esta acabó en el suelo, y cuando de una manera muy poco adecuada para una dama se levantó para salir disparada a por el gato. Aunque para ser sinceros también era sorprendente como dicho animal corría ágil entre los numerosos rosales a pesar de su sobrepeso.

Durante unos minutos gato y dueña corrieron por la rosaleda mientras eran observados por dos caballeros, los cuales no pudieron evitar reírse a carcajadas cada vez que el gato volvía a escaparse de las pequeñas manos de una condesa cada vez más empecinada en atraparlo.

Por suerte para Jane su empeño fue mayor que la resistencia de Bolita, el cual se acabó rindiendo, y tuvo que conformarse con jugar con un lazo casi desecho que adornaba la parte superior del corpiño del vestido.

Cuando Jane por fin tuvo en su poder al travieso felino miró a su alrededor, y pudo comprobar los estragos que ese juego había causado con sus prendas y accesorios. La pamelita, los guantes y la cestita estaban esparcidos por la hierba, mientras que su vestido, antes de un color verde pálido, presentaba manchones de tierra y de hierba, así como desgarrones por culpa de las espinas de las rosas.

Pero no fue hasta que miró disimulada hacia los grandes ventanales que pertenecían al despacho de su esposo, cuando se dio cuenta que tanto este

como su socio habían sido testigos de la persecución, y la estaban mirando aun muertos de risa.

Cualquier otra mujer se habría sentido azorada al haber sido descubierta en un acto tan poco decoroso, pero Jane no era como las demás damas y no tuvo reparos en acompañar esas carcajadas con las suyas.

Fue justo en ese momento, al observar a ambos riendo sin importarles otra cosa que no fuera su felicidad, cuando Aron se dio cuenta de lo afortunado que había sido su amigo por haber encontrado a una mujer tan especial como lo era su condesa. Una esposa capaz de sacarlo del dolor y de la soledad, para hacerle sentir con total plenitud todo el amor que un corazón enamorado puede llegar a dar.

Tal vez su amigo aún no lo supiera o no quisiera averiguarlo, pero lo que era del todo evidente ante su mirada soñadora y su sonrisa ilusionada, era que su condesa lo había despertado a la vida al haberle entregado una parte de ella.

—Creo que los negocios tendrán que esperar —afirmó Aron, sabiendo por la mirada de su amigo que este sería incapaz de volver al trabajo en vez de ir al encuentro de su mujer.

—Pero...

—Aprovecha mi generosidad y ve con tu esposa —insistió a la vez que le daba una palmada en el hombro.

No hicieron falta más palabras pues la expresión de Braxton reflejaba con gran claridad su deseo de estar con ella. Sin querer perder más tiempo del necesario Braxton se acabó de un trago su copa, y abriendo los ventanales que comunicaban al jardín se dispuso a abandonar sus responsabilidades administrativas, para pasar el resto de la tarde junto a la mujer que lo había encandilado.

Solo cuando había dado unos pasos alejándose del despacho pudo escuchar a su amigo diciéndole risueño:

—Pero recuerda que cuando yo me case, me deberás una.

—Te lo prometo —le dijo feliz de su suerte y acelerando su paso se encaminó al encuentro de la criatura más alocada, generosa y preciosa, que había tenido el privilegio de conocer.

Una mujer que lo estaba esperando radiante, mientras sentada sobre la hierba sostenía a un travieso Bolita, que tras ver a Braxton acercarse luchaba por escaparse de sus brazos para ir a su encuentro.

—Lo siento pequeño, pero esta vez no pienso compartirlo —le susurró Jane al gato, encantada de que Braxton fuera a su encuentro.

Cuando este estuvo frente a ella le ofreció su mano para ayudarla a levantarse, y no pudo evitar sentir como su corazón le daba un vuelco al ver en sus ojos todo el amor que guardaba para él en su alma.

Sintiéndose un poco avergonzada ante la mirada de Braxton, al no estar segura de porqué la observaba de esa manera tan intensa, se armó de valor y le preguntó:

—¿Lo has visto todo?

Braxton no pudo evitar sonreír al recordarlo y al ver sus mejillas sonrosadas por el bochorno. Pero sobre todo sonrió al recordar el amor que había visto reflejado en sus ojos hacía solo unos instantes.

Sin poder contenerse por más tiempo la acercó a su pecho y agrandando su sonrisa le respondió:

—Todo.

Sin nada más por decirse y sintiendo la necesidad de satisfacer su deseo, hombre y mujer se abrazaron olvidándose del escándalo, de las formalidades, y de unos ojos que los miraban anhelando encontrar una persona que pudiera hacerlo tan feliz, como en esos momentos los veía a ellos.

Capítulo VIII

No sabía muy bien como Jane había terminado convenciéndolo, pues lo único que Braxton recordaba era como ella había aparecido en su despacho y, declarando que hacía un día demasiado espléndido como para perderlo trabajando, lo había besado para después, tirando de su mano, lo había sacado de la habitación con rumbo desconocido.

Y ahora, tumbado sobre una manta en mitad del campo, frente a un lago que refrescaba el ambiente de un caluroso día de primavera, se encontraba participando en un picnic improvisado que había organizado su impulsiva esposa.

No es que se quejara pues, tener su cabeza apoyada sobre el regazo de una de las mujeres más hermosas que había conocido, no era algo para quejarse. En realidad en este instante se sentía incapaz de pensar en nada que no fueran las manos de su esposa acariciando su cabello, o su olor a jazmín que tanto le embriagaba.

Adormilado mientras escuchaba el murmullo del río, los cantos de los pájaros, y el zumbido de las abejas, se dejó llevar por la ensoñación y por primera vez en su vida se relajó.

Atrás quedaron los retrasos de la fábrica, la preocupación por los arrendatarios, las innumerables mejoras que tenía que supervisar, los problemas que siempre surgían causándole estrés y por último, ocupando un papel cada vez más oculto pero sin estar olvidado, Charlotte.

—¿Quieres un poco de vino? —le preguntó Jane en un suave susurro.

La voz de su esposa le sacó del recuerdo de esta otra mujer, haciendo que se sintiera avergonzado. Cada vez estaba más confundido con sus sentimientos y le dolía no poder amar a Jane como ella se merecía.

—Solo si proviene de tus labios —le dijo buscando su beso para sacarse la dolorosa sensación de estar defraudándola.

Gustosa ante su pedido Jane se inclinó, y rozó sus labios contra los de él en un tierno beso que poco a poco fue ganando en intensidad hasta dejarlos sin aliento. Luego, cuando sus bocas se hubieron probado, fue el turno de sus ojos

en pedir a gritos su atención. Fijamente se miraron, y Braxton pudo ver en Jane un inmenso mar azul que inundaba su alma con oleadas de ternura y excitación.

Despacio se incorporó quedando sentado frente a ella, apoyando una mano en la fresca hierba y pasando la otra por los rubios rizos de Jane. Cada día le parecía más hermosa y se sentía más atraído por ella, consiguiendo que en su cabeza y en su corazón se formara un torbellino de emociones imposibles de definir.

—¿Quieres qué comamos? —le consultó Jane al sentirse un poco cohibida por la forma en que Braxton la miraba.

—Como tú desees —fueron sus únicas palabras ya que en ese momento estaba tan perdido en sus emociones, que le hubiera sido imposible tomar la más mínima decisión.

Por su mente estaba pasando todos los momentos vividos hasta la fecha junto a Jane, y se daba cuenta de cómo con el paso del tiempo, sus sentimientos por ella habían cambiado sintiéndose perdido por no saber cómo llamarlos.

—He traído ensalada de col, rosbif y sándwich de queso —empezó a decir Jane mientras iba sacándolo de la cesta—. Por desgracia ha sido todo tan repentino que a la cocinera no le ha dado tiempo a preparar nada más. Pero tenemos pudín de postre —soltó encantada acompañando su entusiasmo con el último plato que sacaba de la cesta, y como los demás, estaba cubierto por un paño blanco.

Braxton no podía evitar mirar como Jane colocaba las cosas a su alrededor, y conseguía con su excitación hacer que una simple comida campestre se convirtiera en toda una celebración.

—Se me olvidaba —continuó Jane—, en esta otra cesta tenemos fruta, una hogaza de pan y dos botellas de vino.

Sin poder evitar sonreír Braxton le dijo:

—¡Así que improvisada! ¿Se puede saber que hubieras traído si lo hubieras preparado con antelación?

Jane no pudo evitar morderse el labio inferior al no querer soltar una carcajada, cuando lo vio alzar una ceja divertido mientras contemplaba la comida esparcida por la manta.

—Será mejor que no lo sepas —fue su prudente respuesta, consiguiendo que ambos soltaran la carcajada que estaban conteniendo.

La comida comenzó a un buen ritmo, pues ambos se sintieron hambrientos al oler los manjares y verlos expuestos ante ellos. Solo cuando sus estómagos estuvieron algo saciados la curiosidad volvió a ser prioritaria.

—¿Braxton puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué no sueles hablar del pasado?

En ese mismo instante un denso silencio se apoderó del ambiente, y Braxton se quedó callado observando la nada mientras masticaba distraídamente su sándwich de queso.

Todo a su alrededor continuó igual que hacía unos segundos, pero él sintió como si el sol de la primavera se hubiera congelado dejando paso de nuevo al frío invierno.

No le gustaba recordar sus años anteriores, pero entendía que Jane sintiera curiosidad y por eso se lo preguntara. Al fin y al cabo ella ahora formaba parte de su historia al ser su esposa y, para ser honestos, era cuestión de tiempo que esta conversación surgiera.

—¿Qué es lo que quieres saber? —le contestó al fin, pero con la mirada aun perdida en el vacío.

Al darse cuenta del dolor que le causaba recordar el pasado, Jane pensó que evocar sus años de infancia no le sería tan desagradable. Al fin y al cabo, ¿quién había sido infeliz de niño?

—Cuéntame cómo fue tu infancia —y para darle un toque de humor le siguió diciendo—: Seguro que fuiste un niño muy bueno, no como yo que siempre me metía en problemas.

Jane consiguió alejar la melancolía de los ojos de Braxton, los cuales volvieron a mirarla y a sonreírle.

—Estoy seguro de ello —pero su sonrisa pronto murió, y su mirada volvió a perderse cuando regresaron sus recuerdos—. Me acuerdo de jugar con mi madre en los jardines de Brandbury Hall cuando era muy pequeño. Sé que fui

feliz a su lado, sobre todo cuando paseábamos juntos o la ayudaba con las rosas. Pero cuando cumplí los diez años mi madre dejó de prestarme la misma atención. Según mi padre —pronunció estas palabras con rudeza— no era conveniente para el futuro conde estar tanto tiempo entre las faldas de una mujer.

Durante unos segundos Braxton cayó haciendo creer a Jane que no le contaría más cosas sobre él, pero con su vista aun sumergida en sus recuerdos prosiguió su historia.

—Desde entonces todo cambió. Conforme iba cumpliendo años mi padre se iba volviendo más estricto y controlador. Aguanté todas sus reprimendas y castigos por mi madre, para que no la acusara de haberme malcriado. Pero cuando ella murió —volvió a callar unos instantes, confirmando así que este recuerdo aún le dolía—, todo dejó de tener sentido para mí y me rebelé.

Braxton, necesitando un respiro, cogió su copa de vino y se la bebió de un trago para después proseguir.

—Yo ya no era un crío y no era tan fácil dominarme. Además solo tenía que esperar a cumplir la mayoría de edad para acceder a la herencia de mi madre y poder alejarme de él. No era mucho dinero comparado con el legado de los Brandbury, pero si lo suficiente como para mantener un buen nivel de vida. En cuanto tuve la edad legal para reclamarla me marché, y no volví hasta unos meses antes de nuestra boda.

Jane no pudo evitar soltar una lágrima por Braxton, al no haber tenido la suerte de conocer el amor de un padre. Ahora entendía su frialdad y su reserva, ya que debió de ser muy duro crecer sintiéndose débil ante los ojos de su progenitor.

Era comprensible que no supiera cómo reaccionar ante el amor, pues desde muy joven le habían enseñado que sus sentimientos, incluso por su madre, eran inapropiados.

Quiso abrazarle y decirle que su soledad ya había terminado, y que a partir de ahora podía contar con su amor y sus brazos para cobijarse. Comprendió que solo el tiempo curaría sus heridas, y si él se lo permitía, juntos descubrirían que escondía en su corazón.

Al escucharle se convenció de que Braxton sabía perfectamente como amar a

una mujer y hacerla feliz, aunque dudaba de que él también lo supiera.

—Fuiste muy audaz al marcharte tan joven y sin un tutor que te guiara —le indicó Jane sintiéndose orgullosa de ese joven que agarró la vida con determinación y no se amilanó antes las dificultades. Podía haber elegido el sometimiento y con ello las comodidades, pero la fuerza de su espíritu le hizo ser valiente y enfrentarse al mundo.

—Prefería mil veces hacerle cara a lo desconocido que permanecer bajo su tiranía por más tiempo. Además, cuando estudié en Eton conseguí muy buenos contactos, y no tuve inconveniente en utilizarlos cuando me fue conveniente. Sabía que con trabajo duro y buenas conexiones podía aumentar mi pequeña fortuna, y en solo seis años así lo hice, demostrando a todos que no dependía de nadie —terminó diciendo orgulloso, y refiriéndose claramente a su padre cuando señaló que no dependió de nadie.

—Seguro que tus conocidos se sintieron orgullosos de ti —le dijo ella, al darse cuenta que en la escuela había conseguido buenos contactos pero no amigos, y temiendo que durante gran parte de su vida se hubiera sentido solo y perdido.

Braxton sonrió sin ganas, y sin atreverse aún a mirarla negó con la cabeza para después seguir sumido en el recuerdo.

—La mayoría de mis amigos nobles me tildaron de estúpido por no callar y consentir, y me dieron la espalda en cuanto se enteraron de que había puesto mis miras en el comercio. Al parecer querida —señaló en un tono sarcástico—, la mayoría no ven bien que un lord inglés se ensucie las manos trabajando.

—Pues yo no pienso igual —repuso ella enfadada.

Solo entonces Braxton se giró para mirarla dulcificando su mirada, y observándola con un aire de ternura.

—No Jane, tú no eres como ellos.

Queriendo llevar el tema a otro asunto más placentero, Jane condujo la conversación hacia un tema que consideró más seguro.

—Tuviste suerte de conocer a un buen amigo como Aron.

La sonrisa de Braxton le indicó que definitivamente los malos recuerdos

habían quedado atrás.

—Sí, él y su familia fueron de los pocos que estuvieron a mi lado. Además se arriesgaron mucho conmigo y eso es algo que nunca olvidaré.

—Tenemos que buscarle una buena esposa para agradecerse —declaró Jane convencida.

La carcajada que él soltó le dejó muy claro lo que su marido pensaba de su fantástica idea.

—Cariño, si quieres que siga siendo nuestro amigo, te sugiero que ni lo intentes.

El corazón de Jane casi se le salió del pecho cuando le escuchó llamarla cariño. Era la primera vez que lo hacía y aunque había sido de forma casual, para ella era todo un progreso. La dicha la inundó y acercándose más a él continuó con su charla.

—¿Y qué paso con David? —Solo al ver como la expresión de Braxton se oscurecía se dio cuenta de su fallo y trató de rectificar—. Quiero decir con él capitán York y Lucy.

—¿Qué quieres saber de él? —le preguntó seco y mirándola fijamente, pero en esta ocasión con una mirada marcada por el enfado en vez del dolor.

—¿Por qué dejasteis de ser amigos? —le preguntó tratando de aparentar cierta indiferencia, pero sin conseguir ocultar su deseo de saber qué sucedió.

Había sido una tonta al haber llamado a David por su nombre de pila, cuando era evidente los celos que este despertaban en su esposo.

—Ya que tanto te interesa saber sobre él —le recriminó poniéndose de pie—, te diré que estuvimos muy unidos hasta que mi padre se enteró que el futuro conde de Brandbury jugaba con el hijo de un simple almirante y me prohibió verlo. —Braxton miró con algo parecido al rencor a Jane y le confesó algo que ella nunca olvidaría—. Los latigazos en mi espalda así lo confirman.

Y tras esta revelación él se alejó, dejando a una consternada Jane que no supo cómo reaccionar. Había pensado que el conde había educado a su hijo de una forma severa, pero jamás hubiera creído que se atreviera a golpear a alguien de su propia sangre, y menos aún a un niño.

Sintió un punzante dolor en su pecho a causa de la culpa que sentía por hacerle evocar un pasado tan doloroso, y no pudo soportar que él se apartara de ella para llorar en soledad sus penas.

Al fin y al cabo ella era su esposa y, sobre todo, la mujer que lo amaba con toda su alma, y estaba dispuesta a cualquier cosa por hacerlo feliz.

Temiendo perder su corazón, pero anhelando ganarse su amor, Jane se levantó y tratando de contener su llanto, se dirigió hacia Braxton, el cual estaba a unos metros contemplando el lago que seguía su camino ajeno a su pena.

—Lo siento. No quise hacerte recordar algo tan doloroso. Yo...

Jane no pudo continuar con su disculpa y los sollozos se intensificaron sin poder contenerlos. Braxton seguía dándole la espalda sin atreverse a mirarla, y ella solo pudo llevarse las manos a la cara para tratar de contener sus lágrimas.

Unos segundos después, sin saber muy bien que había cambiado entre ellos, sintió los brazos de Braxton rodeándola como queriendo formar un escudo donde la tristeza no la alcanzara.

—¡Por favor no llores! —le pidió él en un susurro.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —solo pudo declarar ella.

—Lo sé pequeña, pero tú no tienes la culpa de nada.

—He sido una estúpida por recordarte algo así. Debí dejarlo en el olvido.

—No, has hecho bien, ya va siendo hora de que me enfrente al pasado o nunca podre dejarlo atrás.

Queriendo sentir el calor de su cuerpo, su dulzura y su amor, Braxton la abrazó con todas sus fuerzas lamentando la cólera ciega que había sentido al escuchar como llamaba a otro hombre por su nombre de pila. Sabía que tenía que confiar en su esposa, que ella nunca podría serle infiel. Pero saber que consideraba al capitán York tan cercano como para tutearle era algo que no pudo soportar en ese instante.

Trató de calmarse y de no imaginarse a ellos dos a solas, de no pensar que sería de él si Jane le abandonara, y una ola de pánico se apoderó de él. Respiró profundamente para relajarse y para que así su esposa no viera su

temor, y se centró en hacerla creer que su arretrato se debía al pasado y no a sus celos.

—Ya va siendo hora de empezar de cero —señaló con doble intención— ¿Me ayudarías? —le preguntó, y le alzó la barbilla para que esta le mirara y viera su sonrisa. Debía olvidar, por el bien de su cordura.

Verle sonreír y pedirle su ayuda animó a Jane, la cual se mostró encantada de poder complacerle. Sin querer perder ni un solo segundo se apresuró a abrazarle con todas sus fuerzas, mientras su sonrisa conseguía que el sol volviera a brillar en el corazón de Braxton.

—¡Claro que sí! Por ti sería capaz hasta de volar.

Braxton la abrazó con más fuerza, y empezó a girar mientras reían y sentían que su amor les daba alas. Luego, cuando el mundo dejó de rodar y solo quedaron ellos mirándose a los ojos, él la besó con adoración y juró que esa mujer, con su sonrisa y sus besos, conseguiría hacerle olvidar hasta de su propio nombre. O en el peor de los casos, lograría que perdiera la cabeza.

Deseoso de saborearla la cogió en brazos y sin poder perder más tiempo, la depositó sobre la manta para hacerle el amor durante horas. No le importó estar al aire libre y ser sorprendidos por algún vecino curioso. Como tampoco le importó que el calor de la media tarde cayera sobre sus cuerpos.

En su pensamiento solo existía ella, y una necesidad casi enfermiza de hacerla suya y volverla a marcar como su esposa. No supo cuánto tiempo estuvieron tumbados bajo las ramas de un viejo roble, al igual que perdió la cuenta de las veces que la hizo gemir de placer y la obligó a decir su nombre.

Lo único que supo es que por unas horas nada más que ellos existió, y que jamás la olvidaría esa tarde de primavera junto al lago.

Sintiéndola exhausta, y con las sombras de la noche amenazando con ocultarles, Braxton la vistió sin importarle sus quejas y cogiéndola en brazos la llevó hasta su caballo.

Habían llegado cada uno en el suyo, pero Braxton la vio tan adormilada, que no se atrevió a que esta cabalgara en solitario. Así pues, la subió a su montura, y con la agilidad de un felino consiguió sentarse en su silla y acomodarla en su regazo.

Ese día, los ilustres condes de Brandbury Hall cabalgaron acompañando a las estrellas, mientras el frío, recio e inflexible lord sostenía entre sus brazos a la condesa, demostrando tener con ella una extremada delicadeza.

Al fin y al cabo ella era su última oportunidad para encontrar la paz que durante tanto tiempo había esperado, y no podía dejar pasar esta oportunidad que le ofrecía el destino.

Capítulo IX

La lluvia había estado cayendo durante dos días perturbando la rutina de todos los ocupantes de la mansión. Se notaba en el ambiente la sensación de crispación, y el deseo de que el sol volviera a asomar por las verdes colinas que rodeaban Brandbury Hall.

Pero sobre todo estaba afectando mucho a Jane, al verse obligada a permanecer encerrada cuando los verdes campos la estaban llamando a gritos. Ella estaba acostumbrada a seguir su propio ritmo, el cual no se perturbaba por mucho que diluviara. Pero ahora, al ser lady Brandbury, se veía forzada a comportarse con decoro y no se consideraba apropiado aparecer empapada en medio del recibidor.

Es por esto que cuando al tercer día el sol hizo acto de presencia apartando brevemente las nubes, Jane no pudo hacer otra cosa más que dar gracias al cielo, ya que esa tarde el mal tiempo se disponía a darle un respiro.

Como era de suponer su respuesta no se hizo esperar, y de inmediato fue a su recámara para cambiarse de ropa con la esperanza de salir a cabalgar. De nada le sirvieron sus años de experiencia viviendo en el campo, para saber que las nubes y el sol solían jugar a engañar a los humanos con sus cambios.

Por otra parte, Braxton tenía demasiadas cosas pendientes por hacer en su despacho como para importarle el tiempo que hacía en el exterior. Su esposa

cada día conseguía distraerlo de sus obligaciones aun sin proponérselo, pues solo con saber que estaba cerca su concentración se disolvía y aparecía solo ella.

Por eso, cuando la vio aparecer vestida con su elegante traje de montar de terciopelo azul marino, portando como estandarte de su felicidad su radiante sonrisa, supo que tenía la guerra perdida y sin demora se rendiría ante ella.

—¿Puedo molestarte un ratito? —le preguntó Jane mientras se dirigía a él conociendo ya la respuesta. De hecho, la pregunta fue dicha por mera formalidad, al no querer parecer maleducada y pretenciosa.

—Tú nunca molestas.

Sin importar que estuviera contestando la correspondencia y que aún le quedara mucho trabajo por realizar, Braxton solo pudo devolver la sonrisa de su esposa con otra suya, mientras esperaba encantado que llegara hasta donde él se encontraba.

Como de costumbre, Jane se sentó en su regazo y le rodeó el cuello con sus brazos. Braxton se había acostumbrado a su espontaneidad, y ya no le molestaba que apareciera en cualquier momento reclamando su atención, o lanzándose a sus brazos delante del servicio. Ella era una mujer que se dejaba llevar por sus impulsos, y le costaba esconder sus emociones. Algo que admiraba pues era algo imposible para él.

Con el paso de los días Braxton se había habituado a su nueva vida, al tener que adaptarla al torbellino que representaba su esposa. Ya no le importaba que lo recibiera con un abrazo como si hubiera estado ausente desde hacía años, o que se sentara en su regazo cada vez que le traía el té.

De hecho cada vez le estaba gustando más esas costumbres tan poco apropiadas de una dama, pero que en su esposa parecían adecuadas.

Incluso su estúpido gato parecía que le agradaba más, y entre ambos habían llegado a un acuerdo en el que Braxton consentía su presencia, siempre y cuando Bolita se mantuviera a cierta distancia y no le agobiara.

—¿No te parece que hoy hace un día precioso? —le preguntó melosa sentada en su regazo.

Braxton dejó de contemplar a su esposa y giró la cabeza para mirar por los

ventanales. Es cierto que el sol brillaba y que la lluvia había cesado, pero él nunca hubiera catalogado esa tarde como preciosa.

—Si tú lo dices —fue lo único que pudo contestarle para complacerla. Luego volvió a perderse en ella.

—Había pensado aprovechar este espléndido sol para salir a dar un paseo. ¿Qué te parece?

Braxton en esos instantes estaba besándola en el cuello mientras apretaba su trasero para sostenerla más cerca de él, por lo que su razón no estaba precisamente al mando.

—¿Cómo es posible que cada día hueles mejor? —fue su respuesta, la cual Jane interpretó como que estaba de acuerdo.

—No voy a alejarme mucho, solo cabalgaré un ratito —continuó su charla como si de verdad alguien la estuviera prestando atención.

—Me parece perfecto —le indicó Braxton aunque estaba más interesado en abrirle un botón de su cuello para profundizar sus besos.

—Puede que me acerque al lago o aproveche para hacer alguna visita.

—Maravilloso —soltó complacido cuando consiguió con una mano desabrocharle el botón.

—De todos modos no creo que vuelva a llover.

—¡Mmm! —exclamó cuando el segundo botón se rebelaba.

—Y no tienes de qué preocuparte, en una hora estaré de vuelta, por lo que no creo que anochezca mientras estoy de camino.

Braxton estaba tan absorto observando el canalillo, que su capacidad para escuchar estaba desconectada. Jane tuvo que subirle la cabeza con ambas manos y darle un beso fugaz en la boca para alejar su mirada de su escote, pues su artimaña de confundirlo para conseguir lo que quería había dado resultado.

Tuvo que esconder su pícaro sonrisa para que Braxton no sospechara nada, pues estaba segura que no le haría gracia descubrir que entre sus brazos perdía la cabeza.

Aun así ella sabía que no necesitaba el permiso de Braxton para salir, pues ya era una mujer hecha y derecha, pero entendía que si le daba su consentimiento su vida sería más sencilla. Y desde que había descubierto que con solo acercarse a él este perdía el buen juicio, no podía evitar aprovechar su ventaja. Al fin y al cabo no era culpa suya que su esposo se despistara con tanta facilidad.

De todas formas no solía usar esta artimaña femenina y prefería hablar las cosas con su marido. Pero hoy necesitaba desesperadamente respirar aire fresco y no estaba segura de que Braxton, con su recelo protector, le permitiera salir a cabalgar por miedo a que le pillara la lluvia.

Habiendo conseguido su victoria, y queriendo aprovechar todo el tiempo del que disponía, Jane se levantó dejando a Braxton la sensación de encontrarse vacío. Luego, con su peculiar vaivén de caderas se alejó de él, y lanzándole un beso desde la puerta lo dejó solo y frustrado.

No fue hasta pasado un minuto que Braxton volvió a la realidad, y trató de recordar la conversación que había mantenido con su esposa. Pero de lo único que fue capaz de acordarse fue de su perfume, su boca, su escote, y su movimiento de caderas. Algo que solía pasarle con regularidad.

—Me gustaría saber a qué acabo de decir que sí —pues estaba seguro que su esposa había ido a pedirle algo relacionado con salir de la mansión.

Bolita lo miró desde el sitio que ya consideraba como suyo, el cual estaba situado en el suelo, al lado izquierdo del sillón de Braxton. Bostezó y volvió a dormirse en la camita que cada día se le colocaba. Y Braxton no pudo estar más de acuerdo con el gato, así que sonrió y volvió a su correspondencia.



La media hora siguiente Braxton la pasó absorto contestando misivas relacionadas con su trabajo, hasta que le llegó el turno a un sobre que no traía remitente y que debía de haberse filtrado de la correspondencia personal.

Curioso, observó la pequeña carta y sin esperar más tiempo la abrió. No estaba seguro de quien querría ponerse en contacto con él de una manera tan

misteriosa, pues la mayoría del correo que recibía trataba de temas comerciales.

Otro asunto era la correspondencia de su esposa, la cual solía mandar o recibir cartas de familiares o amigos con regularidad. Pero él apenas mantenía contacto con el resto de su familia, y menos de una forma tan poco ortodoxa.

Mientras observaba la carta le vino una idea a la cabeza, pero tuvo que desecharla por absurda, al fin y al cabo ella no osaría con semejante atrevimiento, a menos que...

Y esa posibilidad le hizo temblar y con ello el sobre que sostenía en su mano empezó a pesarle.

Ella no sería capaz de hacer algo tan osado. No tenía ningún derecho a hacerlo. Ya habían dejado todo claro en la iglesia el día de su boda, y le había dicho con total precisión que no quería saber nada más de ella. Entonces, ¿para qué le escribía?

Durante unos segundos estuvo tentado a romper la carta en mil pedazos, pero la curiosidad pudo a la razón, y el deseo de saber qué asunto sería tan urgente como para justificar su atrevimiento se apoderó de su voluntad. El miedo se alojó en su estómago ante la noticia que le estaba aguardando, y deseoso de terminar cuanto antes se decidió a abrirla.

Con dedos temblorosos y el deseo de que esa misiva no cambiara nada de su actual vida se dispuso a dejar entrar de nuevo al pasado. Tal vez esas palabras no cambiarían nada, o tal vez lo cambiarían todo, pero el sobre ya estaba abierto y en su mano sostenía las palabras de una mujer que aun poseía el poder de perturbarle.

Querido Braxton.

Perdona que te escriba después de haberte prometido que nunca más volverías a saber de mí, pero hay algo importante que tengo que comunicarte y quiero ser yo quien te lo cuente, antes de que te enteres por otros labios.

Desde que te perdí he estado buscando a un hombre que pudiera sustituirte, pero debo confesar que me ha sido imposible reemplazarte en mi corazón.

Aun así, debo seguir con mi vida y por ello he escogido a un esposo. Sé que nunca podré amarlo como te amo a ti, pero estoy convencida de que con el tiempo llegaré a conformarme con sus caricias mientras trato de olvidar las tuyas.

Él es todo un caballero y sé que tratará de hacerme feliz, pero no puedo dejar de imaginarme como hubiera sido nuestras vidas de haberme mostrado más valiente o si la suerte nos hubiera acompañado.

No te culpo por la decisión que tomaste de casarte con esa otra mujer, sé que era algo que debías hacer para preservar el honor de tu familia, pues era impensable que el conde de Brandbury acabara en prisión por deudas. Por eso te pido que me perdones por contraer matrimonio de forma tan precipitada al no haber guardado duelo por nuestro amor.

Espero que no me lo reproches y digas que mi amor era más efímero que el tuyo, es tan solo que he comprendido que nunca serás mío y no soportaba la idea de verme sola. Además, fuiste tú quien se prometió con otra sin apenas esperar unas semanas desde nuestra separación, por lo que te pido que no te enfades conmigo si sigo tu ejemplo.

Espero que seas feliz y que nunca me olvides. Yo nunca podré hacerlo pues siempre formarás parte de mi ser y de mis sueños.

Se despide de ti un corazón que ha tenido que aprender a vivir sin tu amor y que no cree que pueda volver a sentir.

Lady Charlotte Whestton

Braxton agarró con fuerza la carta y sintió una fuerte opresión en el pecho. La rabia se apoderó de él pues creía que ya había vencido el recuerdo de esa mujer, y ahora ella volvía para lastimarlo al no dejarlo en paz.

No estaba seguro de los sentimientos que en esos momentos albergaba, pero estaba convencido de que no sé trataba del amor que antes sentía por ella. Era algo menos profundo y más nostálgico, algo que le hacía entristecerse y deseaba olvidar, pero que no provenía de la añoranza por lo que había perdido.

Lo que sí tenía claro es que no sabía cómo catalogar sus sentimientos por esa mujer que en otro tiempo le había robado el corazón, aunque no podía negar que aún se estremecía cuando la recordaba. Pero las sensaciones que le invadían cada vez que estaba con su esposa eran mil veces más profundas que las vividas con Charlotte.

Jane le había robado el alma mientras que Charlotte había sido la primera mujer que le había hecho sentir algo, y por eso siempre le estaría agradecido. Con ella descubrió que su corazón no había sido destruido tras años negándolo, y se había convertido en alguien especial al creer que le debía el que este siguiera latiendo.

Pero lo que sentía por Jane era algo desconocido para él. Sabía que era intenso, fresco y embriagador, pero sobre todo que lo volvía loco y le hacía querer cometer toda clase de extravagancias por ella. Era algo mágico y brutal en ocasiones, mientras que otras veces era algo más tierno y revelador.

Ojalá nunca hubiera abierto esa carta dejando a Charlotte en el olvido. Debía considerar esta misiva como una señal del fin de esa etapa de su vida, y continuar hacia adelante sin mirar a atrás. No debía sentir nada por esa mujer que le había despreciado e insultado, como no debía de importarle que le hubiera sustituido por otro. Al fin y al cabo él había hecho lo mismo con ella.

Sin querer seguir mirando hacia atrás Braxton dobló la carta y la dejó a un lado de su escritorio. Tenía que olvidarse definitivamente de ella para empezar a vivir la vida que Jane le ofrecía. Tenía que dejarle claro a Charlotte que no le guardaba rencor, y que le deseaba un matrimonio tan dichoso como estaba siendo el suyo.

Teniendo la decisión ya tomada, cogió una hoja de papel inmaculada y se dispuso a cerrar de una vez por todas esa etapa de su vida.

Querida Charlotte.

Me alegro que hayas decidido seguir con tu vida contrayendo nupcias. Sé que eres una mujer fuerte y decidida y por ello estoy convencido de que tu futuro esposo logrará hacerte feliz.

Del mismo modo sé que en poco tiempo los sentimientos que aun albergas

por mi morirán en el olvido, y dejaré de estar en tu corazón.

Té deseo toda la ...

En esos momentos un enorme trueno hizo temblar los cristales de los ventanales, y Braxton no pudo seguir pensando más en Charlotte. Se levantó de un salto y se dirigió a la ventana donde se asomó preocupado.

Creía recordar que Jane le había comunicado su deseo de dar un paseo, pero estaba convencido de que no sería tan imprudente como para alejarse de la mansión con un tiempo tan inestable. Aunque conociendo a su alocada e impulsiva esposa no estaba muy seguro de ello.

La lluvia caía a raudales, consiguiendo formar una espesa cortina de agua que impedía ver a pocos metros. La preocupación de Braxton se incrementó, pues en estas fechas era muy fácil coger unas fiebres a causa del frío. Aunque lo que más le preocupara era que el caballo se asustara por culpa de un trueno, y tirara a Jane al suelo dejándola inconsciente bajo el aguacero.

Tampoco podía olvidarse que al tener tan poca visibilidad el caballo podía golpearse con algo, resbalar, y caer llevándose consigo a su esposa e incluso acabar sobre ella. La tarde se había cerrado a causa de las nubes negras y la noche no tardaría en llegar hasta ellos, por lo que tendrían menos tiempo para encontrarla en caso de que hubiera sufrido un accidente.

La imagen de ella tumbada en el suelo, inerte, empapada, y a la intemperie consiguió estremecer a Braxton, y desear estrangularla por su estúpida ocurrencia. Si algo le pasara a Jane nunca se lo perdonaría, pues como su esposo era su obligación cuidarla.

Aunque su corazón le gritaba que la verdadera causa de su enfado no era solo porque era su deber protegerla, sino porque sin ella jamás volvería a sentirse completo.

El toque de unos nudillos en la puerta de su despacho le hizo volver a la realidad, y se giró esperando ver aparecer a su esposa. Pero para su consternación quien se asomó fue su mayordomo, el señor Peers, que preocupado entró en la estancia junto con la señora Lewis.

—Milord. Me temo que la condesa aún no ha regresado de su paseo y todos

estamos muy preocupados por ella.

La señora Lewis se mantenía a su lado retorciéndose las manos nerviosa, contemplando a Braxton como pidiéndole que hiciera algo. Era evidente que Jane se había ganado el cariño de todos y ahora estaban preocupados.

—El encargado del establo está esperando fuera por si su señoría quiere hablar con él —le comunicó el señor Peers.

Braxton por fin reaccionó, y se dirigió a grandes zancadas hacia el hall donde algunas doncellas estaban reunidas en silencio, y con sus rostros marcados por la preocupación. Sobre todo Betsy, cuya mano era sostenida con fuerza por otra muchacha del servicio, y las lágrimas de esta ya habían empezado a mojar su cara.

Un hombre entrado en años y vestido con sencillez se encontraba frente a las puertas del despacho, esperando a que su señor le reclamara responsabilidades. Él creía que al ser el encargado de las caballerizas la culpa recaería sobre él, por haber permitido a la condesa salir con este tiempo. O al menos él se sentía responsable y esperaba su castigo.

—Owens, ¿mi esposa salió acompañada de algún mozo? —le preguntó el conde con rictus serio nada más quedar frente a él.

—No milord, y no sabe cómo lo lamento, pero milady siempre prefiere cabalgar sola —declaró el hombre mientras estrujaba su gorra con fuerza y no se atrevía a mirar a los ojos a su señor—. Lo siento muchísimo su señoría, si hubiera sabido que tardaría en regresar le hubiera dicho a mi chico que la acompañara.

Se notaba al hombre consternado por haber fallado a los condes pues, aunque solo fuera un empleado, jamás se perdonaría si a la condesa le pasara algo, resultándole imposible volver a mirar a los ojos a su señor.

—Usted no tiene la culpa, todos sabemos que la condesa es un tanto impetuosa —aclaró Braxton, sabía que el hombre solo estaba haciendo su trabajo y debía obedecer órdenes. El único culpable era él por haberse dejado engatusar por ella impidiendo que le negara su salida.

—Betsy —gritó sobresaltando a todos los de la sala.

—Milord —respondió ella avanzando unos pasos.

—¿Sabes a donde iba la condesa o cuando pensaba regresar?

—No milord. Aunque le dije que era una insensata y que ni se le ocurriera alejarse, pero como sabe su señoría —tuvo que detenerse para intentar contener un sollozo y reponerse—, la señora nunca me hace caso y si le pasara algo...

—No le va a pasar nada —afirmó categórico—. Seguro que en breves instantes aparecerá por esa puerta como si tal cosa.

Todos se volvieron para mirar hacia la entrada, y durante unos segundos cada uno de ellos rezó porque su señora apareciera. Pero al ver que no sucedía nada y el tiempo seguía pasando sin darles cuartel, sus temores volvieron a reemplazar a la esperanza.

—Owens, prepárame la montura y que todo aquel que sepa montar coja un caballo. Iremos a buscarla antes de que anochezca.

Braxton se giró decidido, y subió las escaleras de tres en tres hasta el piso superior para prepararse. No podía perder más tiempo mientras pensaba que cuando encontrara a su esposa le iba a enseñar a ser más considerada con su corazón, si es que este conseguía volver a funcionar pues en este momento el terror de perderla lo tenía paralizado.

Todos en la casa se movilizaron en cuanto vieron al conde alejarse, preparando las cosas que consideraron necesarias para pasar la noche buscándola a la intemperie.

Solo Betsy se quedó mirando la puerta llorando, mientras rezaba para que su señora apareciera en cualquier momento sana y a salvo.

Pocos minutos después Braxton bajó a toda prisa por la escalera con un grueso abrigo de lana, guantes, y una pequeña bolsa que se colocó al hombro. Estaba tan pálido como un muerto y daba miedo mirarle a los ojos a causa de la cólera y el miedo que se mezclaban en ellos.

Era como ver al ángel de la muerte ir al rescate de un moribundo, y por primera vez en su vida Betsy se alegró de que a su señora le dieran un buen susto. Tal vez después de ver tan furioso a su esposo esta empezara a ser más sensata.

—¡Señora Lewis! —bramó Braxton.

—¿Sí milord? —preguntó esta mientras se le acercaba corriendo cargada de mantas y un par de fardos con comida.

—Tenga todo preparado para cuando traiga a mi esposa.

Ella asintió sabiendo exactamente a qué se refería. Ella y Betsy se quedaron paradas frente a la puerta viendo cómo se alejaba a grandes zancadas, mientras escuchaban como murmuraba:

—Si es que no la estrangulo con mis propias manos en cuanto la encuentre.

Los hombres que iban a acompañarle fueron saliendo a su encuentro, y pronto una numerosa comitiva de voluntarios, se dirigió decidida a las caballerizas mientras la lluvia, el viento, y la oscuridad, trataban de impedirselo.

Capítulo X

Jane cabalgaba bajo la lluvia mientras trataba de divisar las almenas de Brandbury Hall. Sabía que estaba cerca y que si ponía a su caballo a galopar con más presteza en poco llegaría a su hogar, pero conocía el riesgo que implicaba esta imprudencia debido a la escasa visibilidad y lo resbaladizo del camino.

Los nervios por llegar cuanto antes la estaban haciendo temblar, con la misma

intensidad con que el frío ya lo había conseguido. Apenas podía sentir sus dedos, y los brazos y las piernas le empezaban a doler por el esfuerzo de mantenerse sobre su montura y asegurarse las bridas. Por no mencionar un ligero dolor en el costado debido a la caída que unos metros atrás había sufrido.

Sabía que en la mansión estarían todos preocupados, mientras esperaban que en cualquier momento ella apareciera. En especial Braxton, que a estas alturas estaría alarmado por su tardanza, y la mantendría encerrada como mínimo una semana después del susto que le estaba dando.

Era por eso que no quería demorarse más de lo necesario y empezó a exigirle a su caballo un ritmo peligroso en estas circunstancias.

Aun temblaba al recordar cómo su caballo había resbalado con algún saliente del camino, y a punto estuvo de causarle un daño irreparable. Menos mal que era un espléndido jinete y la suerte la había acompañado en ese momento.

Su error le había causado una estúpida caída, donde lo único dañado fue su orgullo. También le había ocasionado un pequeño dolor en el costado, que aún sentía con cada sacudida que recibía al cabalgar.

—¿Se encuentra bien lady Jane? —escuchó la voz del capitán York a sus espaldas.

Había sido un auténtico milagro haberlo encontrado cuando su montura la había tirado al suelo. David la había ayudado a aplacar a su caballo, y había insistido en acompañarla hasta la mansión para asegurarse de que no le volviera a pasar nada malo. Algo por lo que le estaba profundamente agradecida.

Nunca en su vida se había alegrado tanto de encontrarse con alguien, pues se sentía sucia, dolida, asustada y empapada, por lo que solo deseaba regresar a su hogar y perderse entre sábanas limpias y calientes. No podía dejar de tiritar, y las manos empezaban a sentirse agarrotadas a causa del frío. Aun así, se hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para contestar a su pregunta.

—Todo bien —le gritó, pues el fuerte viento impedía escuchar con claridad.

Ambos siguieron cabalgando en silencio hasta que vieron aparecer en la

lejanía la inmensa mansión. Jane soltó un suspiro al contemplarla, pues sabía que lo más difícil lo habían conseguido. En breve estarían a salvo y a cubierto, y dejaría esta horrible experiencia en el olvido. Si es que Braxton se lo permitía.

Jane paró a su montura y se volvió para mirar a David.

—David ya puedo continuar sola, regrese a su residencia antes de que anochezca más.

—De eso nada milady, pienso acompañarla hasta las mismas puertas de Brandbury Hall —le comunicó decidido.

—¡Pero David...!

—Jane, no vuelva a insinuar algo tan poco caballeroso pues me está ofendiendo, ¿o acaso piensa que mi honor y nuestra amistad me permitirían hacer semejante acto de cobardía?

Jane sonrió pues lo conocía lo suficiente como para saber que era todo un caballero, y jamás consentiría en dejar desamparada a una dama. Aun así debía intentarlo, pues se sentía culpable por mantenerlo bajo la lluvia cuando ya podía estar en su residencia calentándose junto al fuego.

—En ese caso capitán, será mejor que continuemos.

Sin más palabras continuaron en silencio rumbo a la gran mansión que los esperaba majestuosa.

Cuando estuvieron a pocos metros de la mansión divisaron un numeroso grupo de hombres que montaban sobre sus caballos, y Jane supo en ese instante que salían en su búsqueda. Sobre todo porque el primero en aparecer ante su vista fue Braxton, que nada más verlos galopó hacia ellos como el ímpetu de un demonio salido del infierno.

Jane se debatió entre salir a su encuentro feliz de estar de regreso, o darle la espalda y huir de la furia de su esposo. No es que le pudiera ver la cara, pero por su forma de cabalgar hacia ellos, hasta el más valiente de los hombres hubiera escapado presa del pánico. Y ella en ese instante no se consideraba valiente.

Cuando Braxton se detuvo a su lado y la miró a los ojos, pudo comprobar que

su cólera era mil veces peor que la que había imaginado, e incluso temió por su seguridad. Se le veía amenazador y su mirada hubiera helado hasta las mismísimas entrañas de la tierra.

Era una visión que nadie desearía vislumbrar en medio de una gran tormenta; con los truenos rodeándole; las sombras cubriéndole; y el miedo adueñándose de su voluntad.

Lo siguiente que hizo su marido fue contemplarla con detenimiento, viendo como su vestido se ceñía a su cuerpo al estar empapado, además de estar embarrado y desgarrado por algunos sitios. Se notaba que su enojo iba en aumento a cada desperfecto que descubría en ella, y estos estaban siendo demasiados. Sobre todo cuando al mirarla a los ojos esta tubo que apartarse el cabello para contemplarlo.

Pero la gota que colmó la paciencia de Braxton fue comprobar que su mujer estaba acompañada por un hombre, y que este era el capitán York. Jane temió las erróneas conclusiones que podía estar tomando su marido, cuando en realidad debían de estar agradecidos por su ayuda.

Cuando Braxton posó su iracunda mirada sobre el capitán, con una intensidad que incluso hubiera hecho retroceder al viento, Jane temió que la furia de Braxton se convirtiera en cólera y esta estallara llevándose por delante a un inocente.

—Braxton, el capitán York solo...

—Contigo hablaré después, ahora regresa a Brandbury —le ordenó categórico sin dejar de mirar al capitán York con la ira de mil demonios corriendo por sus venas.

—Pero... —insistió Jane hasta que su marido se volvió para mirarla, y pudo ver en sus ojos un odio tan intenso que no supo cómo reaccionar.

Braxton no tuvo que insistir más ya que Jane se estremeció al mirarle, agachó la cabeza, y sin querer provocarle más se fue sin ni siquiera despedirse de su salvador.

Estaba segura de que el capitán York comprendería su cobarde retirada, pero no estaba dispuesta a enfurecer más a su esposo y que luego este lo pagara con el pobre David. Al fin y al cabo el solo era culpable de comportarse como un

amigo y caballero.

Jane puso a su caballo a galope y se dirigió a los establos de la mansión, donde le aguardaban un puñado de hombres que se mostraron encantados de verla, aunque la preocupación seguía en sus ojos.

Braxton y el capitán York quedaron quietos y en silencio, hasta que Jane se hubo alejado lo suficiente para no escuchar sus palabras.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi esposa te mato —indicó Braxton absolutamente convencido de la culpabilidad de ambos.

El capitán York no era un hombre que se dejaba intimidar con facilidad, pues llevaba a sus espaldas suficientes vivencias como para saber cuándo un hombre estaba hablando a través de los celos, la preocupación, o el miedo. Y todo le indicaba que en esos momentos el conde le estaba hablando con estos tres sentimientos a la vez.

Sabiendo que era más prudente callarse y dejar para cuando estuviera más calmado esta conversación, David asintió y sin nada más que decirle giró su caballo y se dirigió a su hogar.

Mañana tendrían una extensa charla donde le dejaría claro que él no pretendía nada con su esposa, y que solo la consideraba una buena amiga. Solo esperaba que le creyera, y que no se vieran obligados a defender su honor.

Braxton observó cómo el jinete se alejaba y su furia crecía en su interior. El desgraciado no había negado nada, y era evidente por las ropas sucias de su esposa que entre ellos había pasado algo. En su mente cualquier otra explicación no tenía cabida, pues sus recelos solo le dejaban ver lo que él quería.

Ahora comprendía los estúpidos deseos de su mujer por salir, aun cuando era obvio que no era aconsejable, y se preguntaba cuanto tiempo llevaban engañándolo en esa vergonzosa aventura. Estaba cada vez más convencido de la culpabilidad de ambos, y las dudas le hacían ver cosas que en realidad no existían.

Braxton giró su montura y observó Brandbury Hall, deseando no haber vuelto nunca a ella, y sobre todo, no haber conocido a esa mujer de cara de ángel y corazón que ahora consideraba oscuro.

Queriendo escupirle a la cara todo lo que se merecía por mujerzuela, puso su caballo en movimiento, y se dirigió con el alma desgarrada por culpa del dolor al hogar que solo unas horas antes creía feliz y sincero.



Cuando Jane llegó a la mansión fue recibida por una alterada señora Lewis, la cual no paró de dar órdenes para que milady fuera atendida inmediatamente. Se notaba en el semblante de los sirvientes que estos se alegraban de tenerla de vuelta, pero era evidente que la terrible noche aún no había concluido. Jane no esperó ni un segundo para subir a sus aposentos, y así quitarse la ropa mojada que tan incómoda le hacía sentirse.

Quería estar preparada para cuando Braxton regresara, y esperaba que un baño caliente y ropa seca lo consiguiera. La señora Lewis notó que Jane estaba temblando, no solo a causa del frío, y no quiso despegarse de ella hasta que la dejó al cuidado de su doncella, la cual milagrosamente había enmudecido.

Las lágrimas a causa de la preocupación habían marcado el rostro de Betsy, dejando de esta manera las evidencias de su tristeza. Al ver Jane su preocupación y notar lo mal que lo había pasado por su culpa, solo pudo abrazarla para tranquilizarla y asegurarle que todo había pasado. Aunque ella no se lo creyera.

Betsy se mostró solícita en complacerla, aunque sus ojos la estuvieran regañando en silencio por haber sido tan insensata. Cuando se hubo desnudado se sumergió en la bañera de agua caliente, a la espera de quitarse no solo el enfriamiento de su cuerpo, sino también la sensación de que algo grave estaba pasando.

Sabía que le esperaba una larga noche donde tendría que aplacar la furia de su esposo, y esperaba tener la fuerza necesaria para hacerlo, pues el cansancio cada vez le ganaba más terreno.

Cuando sintió que sus músculos volvían a obedecerla y que los temblores se habían disipado, salió de la bañera y se vistió con un camisón y un salto de cama con la expectativa de que, en cualquier momento, su marido apareciera.

Tratando de calmarse dejó que Betsy le cepillara el cabello, y hubiera disfrutado de ello sino hubiera sido por los nervios que se habían apoderado de su estómago.

Braxton aún no había ido a su cuarto para reprenderla por su negligencia, lo que la hacía acrecentar sus temores. Llevaba algo más de media hora en la mansión sin saber de él, aunque según los portazos que escuchó en los aposentos de su esposo, sabía que este también había regresado.

Estuvo atenta a todos sus movimientos, y estaba convencida de que se habría cambiado y ahora estaría tratando de calmarse. Quizás estaba esperando a que ella estuviera preparada para recibirle, pero dudaba que fuera clemente después de haber visto como la miraba cuando fue a su encuentro.

Todo lo que deseaba era que ese horrible día pasara cuanto antes, y perderse entre las sábanas para despertar a la mañana siguiente repuesta del susto, del cansancio, y de las palabras de Braxton. Pues sabía que estas serían muy duras y las merecía.

No tuvo que esperar mucho más para que él se presentara ante ella, y entonces deseó que ese momento nunca hubiera llegado. Braxton sostenía una copa entre sus manos con un licor ambarino en su interior. Se había quedado frente a ella en el quicio de la puerta, como esperando a que le diera permiso para entrar, aunque sus ojos afirmaban tener todo el derecho para hacer con ella lo que quisiera.

Ella se levantó a la espera de su reprimenda, mientras Betsy salía disparada de la habitación sin ni siquiera ser capaz de mirar a su patrón. Jane se mantuvo firme frente a él mirándolo a los ojos, recordando lo diferentes que habían sido sus miradas cuando apareció bajo el umbral de su puerta, en la primera noche que hicieron el amor. En esa ocasión todo habían sido caricias y besos, convirtiéndose en la experiencia más maravillosa de su vida.

Ahora lo que emanaba de su marido no era deseo, sino una furia que la hizo sentir escalofríos. Era como estar mirando a alguien que la odiaba y que pretendía acusarla de la más vil de las traiciones. Como si ella hubiera sido culpable de haberle robado lo más valioso que poseía para después pisotearlo hasta destruirlo.

Le hubiera gustado llorar y suplicarle a sus pies que la perdonara, pero no

estaba segura de que hacerlo le calmaría y no le enfadara más. No podía asumir una culpa que desconocía, pues antes él debería explicarle que era eso tan repugnante que había hecho para semejante enfado. Al fin y al cabo solo había dado un paseo a caballo y le había pillado una tormenta. Por lo que no entendía tanta animadversión.

Pero lo que Jane no comprendía era que su marido no la reprochaba por su imprudencia al salir a cabalgar en esas condiciones, sino el haberlo hecho junto al hombre que en más de una ocasión le habían provocado unos profundos celos a su esposo.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Jane sin dejarse intimidar.

La ira de Braxton pareció creer, si es que eso era posible, y cerró de un portazo la puerta consiguiendo que Jane se sobresaltara.

—Por supuesto que tengo algo que decir. ¡Y tú maldita sea vas a escucharlo!
—grito acercándose unos pasos a ella.

Jane se asustó al contemplar esta reacción tan violenta y retrocedió asustada.

—Será mejor que te calmes para que podamos hablar —le indicó ella con voz suave para tranquilizarlo, pues no quería alterarlo más.

—¿Qué me calme? ¡Estoy jodidamente calmado! —siguió gritando y acto seguido estrelló la copa que sostenía su mano contra la pared.

Jane gritó por el susto y se alejó refugiándose tras la cheslón. Braxton al verla escapar de su furia fue tras ella, y la agarró sin miramientos por el brazo para acercarla a él.

—¿No querías hablar? ¡Pues hablemos!

—Braxton por favor me haces daño —le dijo mientras trataba de soltarse.

Pero Braxton no le hizo caso y con la mano que tenía libre la agarró por el cuello.

—Y ahora vas a decirme que hacías con ese hombre.

—No sé a qué te refieres, yo solo he ido a dar un paseo a caballo y...

—¿Crees que soy un necio? —Bramó enfurecido—. Fuiste a verte con tu amante.

—¡No! —Se defendió ella tratando con sus manos de aflojar el agarre de su cuello— Braxton por favor no puedo respirar —declaró apenas sin aliento.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo la soltó como si quemara, quedando el cuerpo de Jane a sus pies casi sin aliento, mientras trataba de bombear aire a sus pulmones entre ráfagas de tos.

Braxton pasó sus manos por su cabello asqueado de lo que acababa de hacer. Los celos lo habían cegado y si Jane no le hubiera pedido que la soltara aun la estaría apretando con fuerza. Él estaba rabioso por su engaño, pero nunca podría dañarla de esa manera, jamás le levantaría la mano a una mujer, y menos cuando ella era todo su mundo.

Pero su orgullo le impedía agacharse y cobijarla entre sus brazos pidiéndole perdón. Era demasiado lo que estaba en juego y necesitaba saber la verdad. No soportaba la sensación de traición pero menos aun el sentir que ella ya no le amaba o que nunca le había amado. Que todo había sido un engaño y que su felicidad solo había sido un espejismo.

—Necesito saber la verdad —le dijo con voz suplicante antes de que la locura le alcanzara y perdiera toda la razón.

No fue capaz de mirar a Jane, la cual seguía agachada a sus pies con una de sus manos acariciándose la garganta.

—La verdad es que salí a pasear y me lo encontré, eso es todo —repuso ella apenas sin voz.

—¿Quieres hacerme creer que eso es lo que sucedió? —Su tono de voz indicaba que volvía a perder la paciencia—. ¿De verdad crees que soy tan estúpido?

—¡Es la verdad! No tengo nada que ocultar porque no he hecho nada malo— aseguró convencida pero Braxton no creyó en sus palabras.

—Me imagino que me pedirás que confié en ti —indicó con un deje de burla.

—¿Acaso no lo haces? —le preguntó ella sorprendiéndolo por la seguridad con que lo afirmaba.

—No cuando lo he visto con mis propios ojos y él no lo ha desmentido.

—No sé lo que te habrá contado, pero te aseguro que digo la verdad.

Jane levantó la cabeza y le miró con seriedad. Quería que viera en ella su falta de culpa, pues no le ocultaba nada. Que sintiera como le había abierto su corazón, y que este siempre sería suyo pues ningún hombre nacido de mujer lograría apartarlo de ella.

—Te quiero Braxton, es todo lo que tengo que decir en mi defensa.

Durante unos eternos segundos todo quedó prácticamente en silencio, pues solo se escuchaba la acelerada respiración de Braxton y el viento y la lluvia golpeando la ventana. La oscuridad había cubierto el cielo adelantando la noche, dejando que la tempestad envolviera el valle.

Sin saber que hacer o decir Braxton miró a su esposa, la cual permanecía en el suelo esperando que creyera su declaración. Quería hacerlo con todo su corazón, pero en estos momentos no se sentía preparado para ello. No cuando la duda aun lo quemaba por dentro y su furia no había disminuido.

Sabiendo que sería peligroso para ambos que él se mantuviera a su lado se alejó de ella a grandes zancadas, deseando apartar de su mente el cuerpo de su esposa caído a sus pies. Una imagen que seguramente le acompañaría a lo largo de su vida, como también lo haría la sensación de culpa por haberla dañado.

De todas formas no estaba seguro de que hubiera sucedido si se hubiera quedado; Si la hubiera cogido entre sus brazos para hacerle el amor, o si la hubiera gritado todo el odio que en estos momentos sentía.

Y así, se perdió por el pasillo para encerrarse en su despacho, dispuesto a emborracharse y a vengarse de la mujer que le había engatusado para creerla digna de su amor.

Jane le vio alejarse de su lado sin una palabra de amor, disculpa o consideración, y lloró desconsolada por haber perdido por una imprudencia la confianza del hombre que amaba.

Sin poder dormir, sumergida en el dolor y las lágrimas, la noche fue pasando mientras se sentía dentro de una pesadilla. Ya de madrugada se refugió en su cama, pues el frío de la alcoba, junto con el de su corazón, le estaba pidiendo un descanso que debido al cansancio consiguió encontrar.



La furia que rugía en el corazón de Braxton le dejaba sin aliento. Se sentía enfermo por lo que había visto, pero sobre todo por lo que había imaginado. Se sentía como un estúpido por haberse preocupado por su esposa cuando ella se encontraba en los brazos de otro sin importarle las consecuencias de sus actos.

Algo se había roto en su interior cuando los había visto aparecer ajenos a su culpa, mientras él estaba temblando a causa de la angustia al imaginársela sola y en peligro. Pero había estado muy equivocado. Ellos habían estado juntos pues no era posible que se hubieran encontrado por casualidad, en un día donde lo prudente era refugiarse.

Solo alguien que tuviera una urgencia se habría adentrado en el camino, o alguien que sintiera la necesidad de verse con su amante. En ese sentido el día era perfecto, pues no se encontrarían con ojos curiosos que dieran prueba de su inmundicia.

No podía creer en la inocencia de su esposa, cuando había sido testigo tiempo atrás de pruebas que estaban expuestas ante sus ojos, y él se había negado a creer en ellas. Como el pañuelo que guardaba en su tocador con unas iniciales que correspondían a David York, las innumerables ocasiones en las que salía a pasear supuestamente con los hermanos, o la forma tan informal con que más de una vez se había referido a él.

Aun así no quería suponer que su amor había sido una mentira pues los días vividos con ella habían sido los más felices de su vida. Las noches que había pasado entre sus brazos, las miradas cargadas de deseo, los momentos tiernos que habían compartido no podían haber sido un engaño, pues en ese caso él se sentiría perdido.

Sin poder soportar el tormento de sus pensamientos volvió a llenarse la copa, con la esperanza de que el licor calmara su rabia. Pero lo único que consiguió a cada trago era sentir su mente más nublada, y como esta le impedía pensar con claridad. Aun así este aturdimiento era mejor recibido que las dudas que le reportaba la sobriedad.

Con las ideas cada vez más confusas, a causa de las copas que iba ingiriendo, Braxton volvió a acordarse de la carta de Charlotte. Como un imán esta tiró de

él y se acercó a su mesa de despacho para cogerla.

Charlotte le decía que lo amaba, que nunca le olvidaría, y que intentara ser feliz como ella pensaba hacerlo. Sonrió sarcástico al pensar en ello. En ese día de tormenta parecía que las tornas habían girado, al mostrarle a la mujer que creía que le amaba como mentirosa, y a la que le engañó diciéndole que le amaba como su eterna amante.

Volvió a recrear el miedo que sintió cuando creyó que Jane estaba en peligro, cuando la había visto bajo la lluvia despeinada y sucia, y por último bajo sus pies reclamando que creyera en su inocencia, y se enfureció como nunca antes lo había hecho.

Se sintió furioso con su padre, con la herencia, con el amor, y con las mujeres que le ofrecían la dicha del amor para después pisotearlo. Decidido a no dejarse vencer por el dolor y por una esposa que lo atormentaba, Braxton dejó la carta de Charlotte a un lado y agarró la misiva que había dejado a medias para felicitarla y dar por concluida su relación.

En pleno arrebato de cólera rompió en mil pedazos la carta inacabada, y empezó a escribir otra misiva donde dio rienda suelta a todo el rencor que sentía. Toda la frustración, la amargura, el odio y el raciocinio que da el alcohol se vieron reflejada en ella, olvidando por completo los momentos felices vividos con su esposa.

Una vez acabada siguió bebiendo, hasta que el amanecer empezó a despertar a los habitantes de la casa, y el señor Peers, apiadándose de él, lo llevó a sus aposentos para que descansara de su borrachera.

Pero el mal ya estaba hecho, y solo el tiempo diría que repercusiones traería esa terrible noche.

Capítulo XI

El ambiente de esa tibia mañana en Brandbury Hall recordaba a los habitantes de la vieja mansión, los tiempos de antaño que creyeron ya olvidados. El duque dormía en sus aposentos tras haber pasado la noche en el despacho bebiendo, y la joven condesa parecía no tener ni fuerzas para levantarse de la cama.

Se notaba la tristeza en cada una de las esquinas de la propiedad, mientras todos trataban de ignorarla. Se mostraban esperanzados en que los condes lograran aclarar el mal entendido, pues habían escuchado las acusaciones de su señor, y creían firmemente en la inocencia de su señora.

Betsy dejó dormir unas horas más a la condesa, pues sabía que esta apenas había descansado y necesitaba de estas horas para reponerse. En la cocina le prepararon su desayuno favorito a base de chocolate y bollos rellenos de crema, con la esperanza de animarla, pero Jane apenas fue capaz de dar varios bocados.

Tenía la cara pálida y los ojos rojos e hinchados a causa del llanto y de las horas de vigilia, además de haber amanecido con unas décimas a causa del enfriamiento padecido el día anterior. Pero Betsy guardaba una sorpresa para animarla, con la esperanza de que esta permaneciera por más tiempo en la cama.

—Milady, hoy no ha preguntado si tiene usted correspondencia —comentó de forma distraída Betsy pues sabía que recibir una misiva le alegraría.

—No creo que pueda leer nada, me duele demasiado la cabeza —le contestó desanimada.

Betsy nunca había visto a su dulce y alegre señora tan decaída, pero no se dio por vencida y volvió a intentarlo.

—¿Ni siquiera una carta de la señorita Spencer?

Jane, al escuchar el nombre de la mujer que justamente más necesitaba en esos

momentos, se irguió en su lecho, ofreciendo la primera sonrisa de la mañana y alegrando el corazón de su doncella.

—Aquí la tiene milady —y sin hacerla esperar sacó la carta de su delantal y se la entregó.

Jane no pudo evitar llorar cuando sintió el tacto del papel entre sus dedos. Deseaba tener frente a ella a su querida Emma para abrazarla y hablar de sus problemas, consiguiendo de esa manera desahogarse y recibir un sensato consejo. Se sentía sola y perdida, necesitando a su familia como nunca antes lo había creído posible, aunque sabía que contárselo los entristecería y no arreglaría nada.

Betsy sabía que su señora estaba pasando por un duro momento. Conocía su forma de ser cariñosa y su necesidad de sentirse amada, pues se habían criado juntas desde pequeñas. Por ello, aun estando al tanto de que no era correcto este comportamiento entre doncella y ama, se colocó firme ante ella, agachó la cabeza, y le dijo:

—Milady, si necesita un hombro sobre el que llorar o alguien con quien hablar, quiero que sepa que puede contar conmigo.

Jane, agradecida, extendió sus brazos y Betsy no tardó en acudir en su ayuda estrechándola con fuerza.

—Gracias Betsy, llevo necesitando un abrazo desde anoche.

Y sin más callaron dejándose llevar por la sensación de confort que da el calor de un abrazo. Cuando se separaron ambas estaban llorando, y como un acto estudiado ambas cogieron un pañuelo y se pusieron a secarse las lágrimas.

Así las pilló la señora Lewis cuando entró para comprobar cómo estaba la salud de su señora. Betsy se guardó inmediatamente el pañuelo, cogió la bandeja del desayuno casi intacto, hizo una reverencia, le guiñó un ojo a Jane, y se marchó algo más tranquila por su señora y amiga.

Mientras, la señora Lewis se hizo la distraída, pues sabía que esa muchacha era el único vínculo que la condesa había traído de su casa, y era lógico que sintiera una conexión especial con ella. Después, remitió las mantas como si la condesa fuera un niño pequeño que estuviera a su cuidado, y comprobó que

todo a su alrededor estuviera en orden.

—Señora Lewis, he recibido carta de mi familia —le indicó Jane olvidándose de que esta ya lo sabía al estar dentro de sus obligaciones hacerle llegar su correspondencia. Pero Jane estaba tan feliz, que el ama de llaves le siguió la corriente pues intuía que necesitaba compartirlo con alguien.

—Me alegro milady. Seguro que serán excelentes noticias —repuso mientras Jane se peleaba con el papel para abrirlo.

—Eso espero, hoy no soportaría que fueran malas—confesó perdiendo parte de su dicha, e hizo que la señora Lewis se reprendiera mentalmente por su torpeza.

—La dejo para no distraerla en su lectura, Si necesita cualquier cosa o empieza a sentirse mal avíseme y llamaré al doctor Scott.

—Gracias señora Lewis, pero no creo que sea necesario avisar al doctor por unas décimas.

—Como desee —Y sin más se marchó dejando a Jane anhelando perderse en su lectura.

Una vez sola y tranquila, se dispuso a leerla con el firme deseo de encontrar entre sus líneas algún motivo para volver a sonreír.

Querida Jane

Espero que al recibir esta carta te encuentres sumida en la dicha del matrimonio. Por tus anteriores noticias así lo creo y me siento feliz por ello.

Sé que esperas obtener novedades sobre Greenville Hills y en especial de tú familia, pero he de comunicarte una acontecimiento que eclipsa todo lo demás y espero sea de tú agrado.

Tras años de ocultar nuestros sentimientos tú padre me ha pedido en matrimonio, y he de confesarte, mi querida Jane, que mi corazón le pertenecía desde hacía años, por lo que le ha aceptado. Nada me haría más feliz que entrar a formar parte de la familia Grayson, y poder llamarte hija como tantas veces lo he deseado.

Aun así, tanto tú padre como yo no queremos dar este paso sin tu

consentimiento, y esperamos tú bendición para unirnos en santo matrimonio. Sé que me tienes en alta estima y no te opondrás a los esponsales, pero es importante para nosotros conocer tú opinión al respecto, y por ello me he ofrecido a escribirte para pedir tu aprobación.

Quedo a la espera de tú respuesta despidiéndome de ti como una mujer que en breve desea llamarte hija, y junto a un padre que anhela abrazarte para compartir su dicha.

Srta Emma Spencer

Jane no podía creer lo que acababa de leer. Por fin su padre se había atrevido a dar el paso pidiendo en matrimonio a su amada institutriz. Ambos hacían una pareja perfecta al haber mucha afinidad entre ellos, y Jane consideraba lógico que desearan unirse. Además de ser la mejor solución para que ninguno de los dos acabara solo, y más cuando entre ellos había unos sentimientos tan puros.

Durante años ella se había percatado de las miradas que ambos se dedicaban, y no entendía como dos personas adultas y enamoradas no daban el paso hacia el altar, negándose la felicidad que se merecían.

Intuía, por la forma de pensar de Emma, que era ella quien frenaba los avances de su padre, pues consideraba a este demasiado inteligente como para no haberse percatado de la excelente esposa que conseguiría si la conquistaba.

Emma era el complemento perfecto para los solitarios días de su padre, al aportar serenidad, amor y compañía. Por otra parte, su padre le daría a ella la oportunidad de una vida tranquila junto a un buen hombre que la colmaría de cariño y de respeto, sin olvidarnos de estabilidad y comodidad.

Conocía demasiado bien a ambos como para no saber que el corazón andaba tras este matrimonio, y se alegraba por la fortuna que habían tenido de encontrar un amor correspondido.

Sabía que tenía que contestarles de inmediato para que se pusieran en marcha los preparativos, y así estar juntos sin demora. Un hecho que todos deseaban que sucediera cuanto antes, pues era innecesario posponer un enlace que llevaba demasiado tiempo sin ser consumado.

Estaba al corriente de que Emma, tras su casamiento, se había marchado de la mansión, y ahora vivía en una pequeña casita en el pueblo, la cual había alquilado con sus propios ahorros. Se había convertido en su refugio, pero a Jane le preocupaba que la soledad de esa apartada propiedad la hiciera infeliz.

Emma le había hablado de ella en sus cartas, y se preguntaba cuanto tardaría su padre en buscar una solución para que regresara a su lado. Un lugar al que sin duda ella pertenecía.

Según le había contado su padre en misivas anteriores, este se había opuesto tajantemente a que se marchara, y le había pedido su ayuda para que Emma cesara en ese absurdo. Sir Richard se negaba a verla fuera de un hogar al que pertenecía, pues durante años se había ganado un puesto en su mansión y en su corazón. Por no decir que echaba profundamente de menos a esa dulce mujer que había llevado la felicidad y la esperanza a su vida tras su viudez.

Pero no hubo forma de persuadir a una obstinada institutriz que se regía por las buenas maneras, y estaba dispuesta a preservar el buen nombre de la familia.

Emma estaba convencida, que sería un escándalo que una mujer soltera, aun sin estar en edad casadera, se alojara bajo el mismo techo que un viudo, aunque todos en el pueblo estaban al corriente del afecto que ambos se procesaban. Era lógico para todos que tras años de convivencia la señorita Spencer se hubiera ganado el afecto de la familia, incluido el sir Richard.

Jane sonrió al recordar esos días y como su padre puso la voz en el cielo. Le hubiera gustado estar presente para ver como una simple mujercita ponía en firme al fornido sir Richard Grayson. Sin duda el hecho de estar separados había sido el detonante de este alegre final, pues su padre era un hombre que podía perder la batalla, pero nunca la guerra.

Con su habitual sonrisa recuperada por la feliz noticia salió de la cama, se colocó la bata, y decidida a darles su enhorabuena bajó hasta el despacho de Braxton con la esperanza de encontrar papel, pues el suyo ya se había agotado.

Sabía que Braxton seguía dormido en la habitación pues no lo había escuchado salir de ella, y porque los sirvientes andaban con cuidado para no hacer ruido y con ello molestarlo. No es que temiera encontrárselo, era tan solo que aún no

se sentía preparada para ver sus ojos furiosos cuando la miraba.

Sigilosa se coló en el despacho sin ser vista, y se sentó en el sillón de Braxton para buscar detenidamente algún papel en blanco. Buscó por la mesa con cuidado de no descolocar nada, pues sabía lo ordenado que era su esposo, aunque esta mañana la mesa no lo estuviera.

Vio trozos de una carta rota esparcida por el suelo, una carta abierta sobre el escritorio, y otra medio cerrada a su lado.

No hubiera prestado atención a estas misivas si no fuera porque al fijar la vista en la que estaba abierta distinguió el nombre de Charlotte en el encabezamiento. No quería hacerse un juicio precipitado, pues le parecía injusto al haberle pedido la noche anterior a Braxton que no lo hiciera con ella.

Queriendo asegurarse se fijó más en ella, y de inmediato reconoció tanto la letra como la firma de Braxton. Fue justo en ese instante cuando le vinieron unas arcadas, al darse cuenta de lo que podía significar. Esa carta la había escrito su marido y estaba destinada a la mujer que supuestamente había dejado atrás. O al menos eso era lo que hasta entonces ella había creído.

No quería curiosear entre la correspondencia de Braxton, pero no le parecía justo que la tachara de adúltera por cabalgar junto a un caballero, mientras él mantenía correspondencia con su anterior prometida. En otro momento no se hubiera inmiscuido, pero aun recordaba las duras palabras de Braxton y el dolor que estas le habían infringido. Un sufrimiento que estaba segura perduraría durante mucho tiempo.

Decidida a descubrir la verdad, abrió la carta que estaba a un lado para confirmar sus sospechas, y comprobó que no se había equivocado. Ese escrito procedía de Charlotte y estaba dedicado a su esposo con un vocabulario muy poco apropiado para un hombre casado, o por lo menos eso es lo que observó al leerla por encima.

Jane miró hacia la mesa y observó la otra carta que estaba abierta ante ella. Se notaba que esta había sido escrita hacía poco pues aún no había sido doblada, y debía de ser la contestación del mensaje que Charlotte le había hecho llegar a su marido.

Esto demostraba que sus sospechas eran ciertas pues era evidente que ambos

se carteaban. Lo que Jane ignoraba era desde cuanto su esposo jugaba a este engaño, y que clase de correspondencia mantendrían en secreto.

Tenía la esperanza de que solo fueran unas sencillas misivas sin importancia, donde solo se trataran como amigos, aunque dudaba que esto fuera cierto. Sin poder soportar por otro minuto el misterio empezó a leer la carta de Charlotte, y se mordió la lengua al comprobar, nada más empezar, que comenzaba con un «Querido Braxton».

Debía reconocer que no le gustó la forma tan informal con que le trataba, pero lo que más le dolió fue la confesión de Charlotte asegurándole que nunca le olvidaría pues seguía siendo el dueño de su mente y de su cuerpo, y que él era el hombre al cual sentía cuando la acariciaban porque seguía amándolo.

Dolida como nunca antes se había sentido, y notando como sus manos temblaban al contemplar la respuesta de Braxton, solo pudo secarse las lágrimas y desear que su esposo no le respondiera con un mensaje de amor y de pesar por no estar a su lado.

Sabiendo que era necesario saber la verdad se dispuso a leerla, y a ser fuerte para asumir el secreto que encontrara en ella. Sabía que su marido no la amaba cuando se casaron, pero notaba su cariño y su apego por ella. Pensaba que con el tiempo conseguiría su amor, pero lo veía como algo imposible si este tenía que luchar contra la que creía su verdadero pasión.

Capítulo XII

Con las lágrimas cayendo por la cara y una sensación de malestar recorriendo su cuerpo, Jane se armó de valor para saber que misterio escondía el corazón de su esposo.

Quizás se estaba precipitando comportándose como una boba, pero algo dentro de ella le decía que esa carta lo cambiaría todo y nunca más su mundo volvería a ser el mismo.

Decidida a saber la verdad comenzó a leerla, sintiendo con cada palabra como la destrozaba. Con su lectura comprobó que su mayor temor era cierto, pues dejaba bien claro que el amor de Braxton nunca sería suyo.

Si había tenido fe en su marido y en lo que juntos habían vivido, esta murió a cada frase con que le fue golpeada, pues dejaba muy claro que nunca había sentido algo por ella.

Querida Charlotte

No sabes cómo lamento no tenerte conmigo. Te extraño tanto que incluso duele. Me siento tan solo sin ti, tan perdido, que no encuentro alicientes en esta vida que he elegido.

Tome una decisión equivocada y ahora arrepentido, tengo que pagar por ella al saber que nunca podrás ser mía. Mi Charlotte, si hubiera una oportunidad de rectificar mi error para volver a tenerte, ten por seguro que la encontraría.

No cometas mí mismo error y espérame. Tal vez no esté todo perdido. Dame solo unas semanas, si acaso unos días, pues pienso partir hacia Londres para solucionarlo todo y poder al fin compartir el futuro contigo.

Mi amada Charlotte espérame, es todo lo que te pido.

Braxton

Jane dejó caer la carta que sostenían sus temblorosas manos y ella misma hubiera caído si no hubiera estado sentada.

Si la noche anterior creyó sentir como su corazón se rompía, ahora sin embargo, sintió como este dejaba de latir. Leer la declaración de amor que su esposo le escribía a otra mujer era lo más duro a lo que se había enfrentado en su corta vida, pues ella le amaba con toda la pasión del primer amor y no se creía capaz de olvidarlo.

Se daba cuenta de que había sido una estúpida al creer que su cariño y su sonrisa conseguirían enamorarlo, y hacerle olvidar a su antiguo amor. Ella, una chiquilla sin apenas experiencia quería enfrentarse ante la más perturbadora de las fuerzas y salir ganando. Jamás lo hubiera conseguido pues no creía que su esposo tuviera corazón, ya que ningún hombre que se precie de caballero hubiera jugado así con los sentimientos de una mujer.

Le hizo creer que le correspondería, que juntos lograrían ser felices, que sus caricias le pertenecían y que era a ella a quien veía cuando le hacía el amor, pero todo ello había sido falso. La había engañado durante meses sin tener con ella ninguna compasión.

Jane se sintió morir por dentro, advirtiendo como su alma gemía desolada. Fue como si su mente se negara a reaccionar y todo a su alrededor se detuviera. Tenía que reponerse y pensar. Tenía que hacer algo. Decidir si quería perderlo y seguir adelante sin él, o callarse y vivir amargada e infeliz sabiendo que amaba a otra.

Aunque también había otra opción más depravada, impedirle que nunca estuvieran juntos para después ser ella quien le abandonara. Pero dudaba tener las fuerzas necesarias para ello pues estaba convencida de que, pese a todo,

aun lo amaba.

Tenía que aclararse para saber que opción elegir, y de esta manera saber que tenía que hacer, que debía sentir, y que debía pensar. Pero mientras algo dentro de ella se iba desplomando a causa del dolor, su mente se aclaró lo suficiente como para mostrarle una idea.

Le daría una sola oportunidad por el bien de su matrimonio y por el amor que le procesaba. Sabía que no podría olvidarlo, pues estaba convencida que sin él, perdería parte de su esencia. Ella no estaba hecha para odiar, sino para amar, y por eso, en nombre de ese profundo amor, le mostraría una salida para obtener su perdón y seguir juntos hacia adelante.

De esta manera acallaría su corazón en las largas noches de invierno, en caso de que Braxton no pasara la prueba. Y así se quedó durante lo que le pareció horas, sentada en silencio, mientras pensaba las opciones, y esperaba al que había sido su sueño de juventud, su amor, su esposo.



Esa mañana Braxton amaneció con un dolor de cabeza de mil demonios. Apenas recordaba lo que había pasado la noche anterior desde que el alcohol tomara el mando, y se sumergiera en el olvido. Aunque tenía una vaga idea de lo que había estado haciendo en esa tétrica madrugada.

De lo que si se acordaba era de todo lo acontecido antes de la tormenta. El miedo que sintió cuando creyó a su esposa en peligro, la incertidumbre de no saber que le podría estar pasando, e ir en su búsqueda temiéndose lo peor.

Pero lo que sin duda recordaba con absoluta nitidez era la rabia que experimentó al verla junto al capitán York, y la sensación de sentirse engañado por la mujer que creía que lo amaba.

Recordaba cada palabra de la discusión que habían mantenido, y no creía poder olvidar el dolor de verla caída a sus pies llorando. Pero no podía dejarse convencer por sus lágrimas cuando las sospechas estaban presentes. Es posible que se hubiera desquiciado al verlos juntos y la razón le hubiera abandonado, pero no podía dejarse engañar por su cara de ángel y debía

averiguar la verdad.

No estaba dispuesto a convertirse en un cornudo, ni a dejarse embaucar por sus dulces caricias. Tenía que mantenerse frío y conocer hasta donde había llegado esa relación a la que llamaban amistad. Aunque ello le causara un dolor mayor al que ya sentía.

Él no era estúpido y sabía que una mujer como Jane embaucaría a cualquier hombre que se considerara como tal. Por lo que tenía que mantenerse sereno a la hora de hablar con ella, aunque no estaba seguro de poder conseguirlo.

Cada vez que la imaginaba en brazos del capitán York se lo llevaban los demonios y le hacía perder el juicio. Debía reconocer que nunca nadie lo había alterado tanto como lo hizo ella la noche anterior, sobre todo porque nunca había sentido por alguien lo que sentía por ella. Se daba cuenta que el amor podía convertirse en un arma de doble filo, que podía dañarle de una manera que jamás hubiera podido imaginar.

Ni siquiera su padre con sus años de maltrato y humillación lo había logrado, por lo que su enfado iba creciendo al darse cuenta del poder que su esposa tenía sobre él.

Jane poseía el triste privilegio de hacerlo alcanzar el cielo o el infierno con solo proponérselo. Podía hacerlo enloquecer de placer, calentarlo con sus caricias, o enternecerlo con su sonrisa. Pero también podía hacer que su corazón se helara o se le congelara la sangre de sus venas.

Ella poseía la clave para destrozarlo o para curarle, y averiguar que estaba en sus manos le dio miedo. No quería depender de ella pues se consideraba un hombre fuerte y capaz de tomar sus propias decisiones, y no estaba dispuesto a dejar de serlo.

Necesitaba unas horas de tranquilidad para lograr poner en orden sus ideas, y para dejar que el aturdimiento se fuera desvaneciendo. Se vistió despacio para darse tiempo, notando a su ayuda de cámara más cayado de lo normal. Algo que agradeció por su jaqueca. Después le ordenó que le llevara una cafetera a su despacho para tratar de despejarse, y decidido a empezar un nuevo día con buen pie bajo hacia el que consideraba su refugio.

Quizás el café y unas horas de calma aliviara su alma, y lograra ver con claridad el problema que tenía ante sus ojos. Pero sobre todo lo que más

deseaba, era que esa mañana la suerte le acompañara, y pudiera apartar esa rabia que le consumía cada vez que recordaba lo acontecido el día anterior.

Cuál fue su sorpresa cuando al abrir la puerta de su despacho vio frente a él a su esposa dejando caer la carta que sostenía entre sus manos. Ella debía de haberla estado leyendo absorta, pues ni siquiera se había percatado de su llegada, ni dio pruebas de verlo cuando se quedó traspuesta tras su lectura.

Se la veía pequeña, frágil y desdichada. Tenía el rostro marcado por las lágrimas, y unos ojos que no parecían ver lo que miraban, como si estuvieran ausentes o perdidos en otros menesteres.

Ella parecía como si no escuchara, como si no notara las cosas a su alrededor, como si no entendiera que estaba pasando. Recordaba más a una estatua cuyo interior era de frío mármol, en vez de a la dulce y sonriente muchacha con la que se había casado.

Braxton se adelantó unos pasos para hacerse notar, y fue entonces cuando se dio cuenta del documento que su esposa había estado leyendo. También se dio cuenta de la carta que estaba abierta sobre la mesa y parecía que ya había leído, y de los trozos de papel esparcidos por el suelo, que el día anterior habían sido su primera respuesta a Charlotte.

De pronto un tenue recuerdo de la noche anterior vino a su mente, y revivió como había roto esa primera respuesta sincera, para después contestar la carta de Charlotte movido por la cólera y los celos.

No conseguía aclarar su cabeza lo suficiente como para recordar cuales habían sido sus palabras exactas, pero si rememoraba su esencia y reconocía que no era algo que debía agradar a su esposa.

Entendía que leerla la llevaría a la falsa creencia de pensar que él se arrepentía de su matrimonio, y de que no lograba olvidar a Charlotte. Algo que no era cierto y las semanas anteriores así lo demostraban.

No le gustó ver a su mujer tan vulnerable y rota, pero tampoco iba a permitirle que le acusara de algo que no era cierto, pues esas palabras fueron escritas para no ser nunca leídas, y no tendría por qué dar explicaciones de ellas. Esa era su casa, su refugio y su vida, además de ser un hombre poderoso que no estaba dispuesto a arrodillarse ante nadie, ni siquiera ante su esposa.

Sintió como la rabia empezaba otra vez a apoderarse de él, al haber encontrado a su mujer fisgando y leyendo su correspondencia. No iba a consentir que lo manipulara, usando esa carta para hacerlo sentirse culpable y obligarle a olvidarlo todo. No cuando lo que más quería en ese momento era obtener respuestas.

El problema fue que la irritación iba subiendo a cada segundo que pasaba, y cada vez su mente estaba menos serena y más exasperada.

—¿Se puede saber qué haces registrando mis cosas? —preguntó sobresaltando a Jane, la cual no se había percatado de su presencia.

Jane se levantó de golpe del asiento, sintiéndose como si fuera una niña pequeña que acababa de ser pillada tras hacer una travesura.

—¡Braxton! —fue lo único capaz de decir.

Poco a poco fue serenándose y se irguió cambiando su semblante asustado por otro altanero.

—No recuerdo tener prohibido entrar en tu despacho.

—Pues desde ahora recuérdalo —le aseveró Braxton categórico.

—¿Para no tener que esconder tu correspondencia? —soltó altiva mientras señalaba las cartas sobre la mesa.

La cara de Braxton se crispó, notándose con toda claridad como la indignación iba apoderándose de él. Sus ojos se convirtieron en fuego líquido que pretendían asustar a su esposa. Pero estos no consiguieron su objetivo, por lo que aún se enfureció más.

—Mis asuntos no te conciernen, y además, tú eres la menos indicada para hablarme de decencia —dijo acusándola como estrategia de defensa.

—Me conciernen como esposa, y cómo te dije anoche, no tengo nada de lo que avergonzarme pues no escondo nada. Pero ante estas pruebas —señaló el escritorio con ambas cartas sobre él—, tú no puedes decir lo mismo.

—¡Tú no sabes nada! —Repuso con un enfado que se iba acrecentando.

Se sentía acosado cuando era él quien había sido engañado. No podía creerse el giro que había tomado todo en solo unas horas, y ahora era él quien tenía que dar explicaciones de algo de lo que era absolutamente inocente.

—¿Qué más debo saber? —siguió interrogándolo Jane pues necesitaba conocer la verdad por el bien de su corazón.

—Nunca debiste leerlas y no pienso explicarte nada —dijo categórico ya que no estaba dispuesto a seguir con este estúpido juego.

—Soy tu esposa y merezco una explicación.

Ante esta orden Braxton explotó. Hacía años que se había jurado que nunca nadie volvería a someterle o a darle órdenes. Jamás volvería a una vida donde tendría que luchar cada día por ser tomado en serio, y por ser valorado y escuchado.

Pero sobre todo no iba a permitir que lo acusara una mujer que lo había engañado, y ahora quería hacerse pasar por una víctima inocente. No cuando las pruebas de su culpabilidad con el capitán York eran igual de convincentes a sus ojos, como esas cartas de Charlotte lo eran para ella.

—Lo que eres es una cría malcriada que piensa que todo es un juego, pero ya estoy cansado de ti y de tus tonterías —en ese momento la miró a la cara furioso y sin pensar lo que decía continuó—: Nunca debí casarme contigo —declaró escupiendo cada palabra como si fueran dardos envenenados.

Y ese veneno llegó a su destino pues Jane creyó desvanecerse a causa del dolor. Sabía que él la atacaría para defenderse, que trataría de justificarse alegando que ella lo había empezado todo. Pero nunca se imaginó que la rebajaría con el fin de sentirse a salvo.

Rabiosa y dolida como nunca antes lo había estado, se dispuso a dar por finalizada la contestación obligándole a aceptar su ultimátum.

—Eso debiste haberlo pensado antes. Ahora es tarde para volverse atrás y te prohíbo que me humilles con tu aventura —le contestó tratando de mantener la calma y el orgullo.

—¿A caso crees que puedes decirme lo que debo o no hacer? —le soltó con toda la ironía que pudo reunir.

—Como esposa tengo todo el derecho —continuó diciendo tratando de mantenerse firme—, y te prohíbo que vayas a Londres a su encuentro —fue lo único capaz de decir pues el dolor en su corazón le impedía seguir hablando.

No podía olvidar como Braxton le había pedido a esa otra mujer que le esperara, pues en pocos días iría a su encuentro para solucionarlo todo. No estaba dispuesta a quedarse cayada mientras ellos se reunían para reírse a sus espaldas, aunque sintiera como por dentro se desangraba a causa de la profunda herida que sentía en su pecho.

Braxton se echó a reír como declarando que no le importaba lo que ella quisiera, aunque en realidad se sentía molesto al recibir una orden suya.

—¿Acaso crees que puedes impedírmelo? —con una mueca mordaz en su rostro le dedicó una mirada cargada de desafío.

—Si quieres salvar este matrimonio, sí —le contesta seria y orgullosa, algo que crispó más aun a Braxton.

—Pero lo cierto querida es que no lo deseo —le comunicó mientras se acercaba a la mesa, se apoyaba en esta, y agarrando la barbilla de Jane para que lo mirara a los ojos le dijo sin medir las consecuencias—: Lo que quiero es que te vayas de mi vida y de Brandbury Hall.

Jane enfadada hasta unos límites que nunca antes había sentido, se deshizo de su agarre con un brusco movimiento, y mirándole sin miedo a la cara le contestó:

—Entonces lo tienes muy fácil porque si te vas a Londres, nunca más me verás —sentenció categórica.

Ambos se contemplaron en silencio, como si fuera un duelo de voluntades. Así pasaron unos segundos que más bien les parecieron horas, mientras deseaban que el otro rectificara y echara atrás su amenaza.

—Entonces no tenemos más de qué hablar —fue la fría respuesta de él.

Y los dos callaron esperando ver en el otro una señal de derrota que nunca llegó.

Jane solo había pretendido ponerle a prueba para averiguar hasta dónde llegaba su amor. Necesitaba saber qué lugar ocupaba en el corazón de Braxton sin saber que acabaría perdiéndolo todo al encontrarse este vacío. Ahora se daba cuenta que había apostado fuerte con su ultimátum, perdiendo en la primera mano.

Por otro lado, Braxton no sabía porque había llegado tan lejos con sus amenazas y sus insultos. El no deseaba ir a los brazos de Charlotte. No le importaba tanto como para perder lo que había logrado estando estos meses con Jane. Pero la rabia lo había cegado y ahora se daba cuenta de lo mucho que había arriesgado.

Por desgracia tanto Jane como Braxton eran personas orgullosas que no reconocerían su error, ni darían marcha atrás a sus acusaciones. Estaba en juego demasiadas cosas como para que así fuera, sin olvidar que el dolor en su pecho les impedía ver con claridad.

No solo por creerse víctimas de sus engaños, sino por pensar que si ahora cedían, tendrían que hacerlo siempre. Ninguno de los dos quería ser visto como un ser débil y manejable, pues sí eso pasaba acabarían convertidos en simples peleles en manos del otro.

Pero también estaba en juego su honor, ya que quedaría establecido un precedente por el cual los engaños podían ser permitidos y perdonados. Y en ese caso, ¿cómo podían vivir en paz si mutuamente no se respetaban?

Sintiéndose sin ganas de seguir discutiendo Braxton se giró, pues sabía que todo había quedado dicho y era inútil seguir hablando. Con paso decidido y un humor de perros se digirió hacia la puerta, percatándose por primera vez de que esta había permanecido abierta dando un espectáculo a los sirvientes.

Aún más colérico, si es que esto era posible, salió disparado hacia la puerta de Brandbury Hall dispuesto a dejar atrás todo lo acontecido en las últimas veinticuatro horas.

No estaba seguro de adonde iría, pues eso era algo que no le importaba en estos momentos, solo sabía que tenía que salir de ahí cuanto antes, o cometería un error tan grave que nada volvería a tener solución.

Jane interpretó mal la marcha de Braxton, al creer que la estaba dejando en señal de desafío. Creía que la provocaba para hacerle ver que él tenía la razón y la fuerza, y por ello la estaba abandonando como había amenazado hacía escasos segundos.

Pero no estaba dispuesta a dejarse vencer ni por él ni por Charlotte. En esos

instantes los odiaba con toda su alma, y no estaba dispuesta a quedarse callada mientras la obligaban a dejar su hogar. Aunque lo más doloroso de todo era ver como el hombre al que amaba se alejaba para abandonarla por otra mujer, como si estos meses a su lado no hubieran significado nada.

No pensó en la deshonra del divorcio, o en su corazón roto, solo supo que tenía que pararlo para impedir que se fuera con la otra. Ella no podía ganar, no podía quitárselo o se moriría.

Desesperada salió corriendo tras él, y cuando este ya se hallaba en las puertas de la gran mansión colocándose el abrigo, ella desde el umbral del despacho siguió con su amenaza.

—Si te marchas ahora, no estaré cuando vuelvas.

Braxton terminó de recoger su sombrero de manos del señor Peers, el cual se lo entregaba con la cabeza gacha como queriendo pasar desapercibido. Tratando de parecer relajado aunque en realidad estaba colérico, se giró para mirarla, y le contestó con voz profunda y segura:

—Eso espero.

Y sin más se marchó, dejando a Jane de pie observando su partida, mientras sentía que su vida se derrumbaba al haber perdido lo que más quería.

Despacio, como si todo fuera un sueño y ella estuviera sonámbula, Jane subió las escaleras y se dirigió a su cuarto donde dejaría que el dolor la consumiera hasta dejarla vacía.

Tras ella un asustado gato salió del escondite donde había estado resguardado desde que estallaran ambas tormentas, y siguió a su dueña sabiendo que necesitaría sus mimos más que nunca.

Algo en Brandbury Hall se había roto, y todos en la casa sabían que costaría muchas lágrimas y perdones el poder arreglarlo. Pero la pregunta era: ¿Querrán sus señores solucionarlo, o ya se habían dicho demasiadas palabras dañinas para lograrlo?

Capítulo XIII

Londres.

Junio de 1874

Braxton llevaba unos días en Londres aunque no podía garantizar si había llegado hacía días, semanas, o meses, ya que la rutina y el alcohol que acompañaba sus noches confundían sus sentidos.

El bullicio de la ciudad ya no le llamaba la atención como en tiempos anteriores, cuando sus gentes y sus calles le atraían en busca de desafíos a los que enfrentarse. Ahora Braxton prefería pasar sus días encerrado en su

despacho sin desear recibir visitas, ni ser visto más de lo estrictamente necesario.

Había ido a Londres impulsado por este estúpido desafío de su esposa, y ahora se preguntaba si había hecho bien al retarla. Aun así, quería demostrarle con este viaje que ella no mandaba en su vida, y que era libre de ir a donde quisiera y hacer lo que se le antojara. Era por ello que no podía consentir que le impidiera hacer algo, aunque eso significara arriesgarlo todo por culpa de un orgullo que le impedía ceder.

Solo esperaba que su mujer no cumpliera su promesa, y al regresar a Brandbury Hall esta siguiera estando entre sus muros. Ese era uno de sus temores y la causa de que cada noche bebiera. Pero su mayor tormento era recordar cada una de sus palabras, y no poder olvidar su mirada dolida mientras le desafiaba como si fuera una leona.

Braxton no se atrevía a imaginarse regresando a la mansión para volver a sentirla vieja y lúgubre, como había sido siempre en su recuerdo y como podría estar sin la luz que emanaba de su esposa.

No le había comentado a Jane, en los meses de casados, todo el bien que le estaba haciendo a la propiedad, al haber convertido una anticuada casa en un hogar donde ambos podrían ser felices. Tampoco le había dado las gracias por hacerle sanar su corazón, y hacer que los días a su lado no fueran tan largos y grises. Se había callado por miedo a darle el poder de destruirle, y aun así ella lo había conseguido, pues en esos momentos se sentía derrotado.

Tal vez no había hecho bien las cosas en su matrimonio, pero después de pensarlo seriamente, había algo que si podía conseguir para desenmarañar el problema al que se enfrentaba. Además de aclarar de una vez por todas que sentía por Charlotte y por Jane.

Reconocía que había amado a Charlotte con un amor que creía puro y profundo, pero entonces había llegado Jane con su dulzura y su pasión por la vida y le había demostrado que el amor es algo más noble, más limpio, y más intenso de lo que él creía, y de lo que hasta ahora había sentido. Pero, aunque estaba seguro de que las amaba de forma diferente, no estaba convencido de que los sentimientos que albergaba por Charlotte no fueran un simple recuerdo de lo que antes había sentido.

Braxton necesitaba averiguar que abrigaba por ella en ese instante, y si sería posible una vida sin su recuerdo, y sin que se interfiriera entre él y Jane. Sentía que era necesario averiguarlo cuanto antes, ya que había demasiados corazones en juego y muy pocas oportunidades para saber la verdad.

Era por ello que al poco de llegar a Londres el conde de Bandbury había movido unos cuantos hilos entre sus conocidos, para enterarse de los proyectos que tenía Charlotte y poder verla sin levantar sospechas. Era absolutamente necesario ser precavido en ese asunto, pues no quería que nadie se enterara del verdadero motivo de su visita a Londres.

Había tenido que recurrir a gente de total confianza, pues no quería que empezara a rumorearse por toda la ciudad que su matrimonio tenía desavenencias, y había ido a la ciudad a divertirse. Una noticia que pronto se extendería como una plaga, si algunos oídos curiosos llegaban a enterarse de que andaba preguntando por una mujer, y más cuando en este viaje no estaba siendo acompañado por su esposa.

De ser así empezarían las murmuraciones en cada baile y evento, dejando en evidencia a la joven pareja. Se comentaría en todas las reuniones sociales y en cada rincón de las grandes mansiones, que él se habría marchado a la ciudad para olvidar a su reciente esposa con las frivolidades de la temporada, y los encantos de otros brazos, mientras ella resignada solo podía aceptarlo.

Se jactarían de que mientras su joven y enamorada mujer lloraba por su ausencia encerrada en el campo, él estaría bailando con viudas licenciosas que muy gustosas le abrirían sus camas.

Conocía el daño que podían causar unas lenguas chismosas a las que no les importaban el daño que causaban, pues solo buscaban el morbo y tener la primicia de una nueva y jugosa noticia.

Era más seguro afirmar que estaba en Londres por asuntos de negocios que le llevaría pocos días solucionar, y mientras tanto aprovecharía su estancia en la capital para acudir a algunos eventos y saludar a viejos conocidos.

Aprovecharía que era bien sabido por todos sus dotes comerciales, y la magnífica oportunidad que representaban los acontecimientos sociales para hacer contactos, por lo que nadie se extrañaría de verlo en alguna cena o baile.

Era por ello que había estado encerrado por las noches en su despacho

bebiendo mientras esperaba la invitación a un evento donde los Whestton, y en especial Charlotte, asistieran. Solo tenía unas pocas oportunidades para no levantar sospechas, pues no sería prudente que él siempre aceptara las invitaciones cuando esa mujer también hacía acto de presencia.

Pero a pesar de los inconvenientes, y de los días que tuvo que esperar para recibir respuesta, debía reconocer que enterarse de sus planes no había resultado tan complicado. Al fin y al cabo era sabido que a los nobles les gustaba vanagloriarse de cada cosa que hacían, y ellos mismos se ocupaban de proclamar a los cuatro vientos sus planes.

Tampoco fue difícil recibir una invitación para el baile al que Charlotte asistiría con su actual pretendiente y su familia. El cual daba la casualidad de que se celebraría esa misma noche en la mansión de un conocido del conde. Un hecho que tenía que agradecer al destino y a sus múltiples contactos.

Al final Braxton lo había conseguido sin levantar sospechas, al ser el compromiso matrimonial de lady Charlotte Whestton la última comidilla en la ciudad. Estaba bastante claro para todo el mundo que este enlace se trataba de un casamiento movido por el interés, ya que el prometido era un viudo rico que por su edad bien podía tratarse del padre de la novia.

Braxton pudo enterarse poco tiempo después, de que había algo más oculto, convirtiéndose en un desafío seguir los pasos de la pareja para enterarse de las nuevas habladurías que los perseguían, y por ello a nadie le había extrañado que él quisiera asistir a ese baile.

Pero las noticias en una ciudad que siempre trataba de no aburrirse corrían como la pólvora, y junto a la invitación para el evento de esta noche Braxton recibió una nota de su vieja amiga lady Worthwolf, donde le ponía al corriente de la historia de Charlotte.

Según comentaba esta pequeña misiva de tía Henrietta, el motivo de la misma era para que el conde pudiera informar a su bella esposa cuando regresara a Brandbury Hall, y así amenizar las aburridas tardes de la pobre condesa.

La información mostrada en esa nota aseguraba que la belleza de lady Charlotte la había metido en algún tipo de escándalo, consiguiendo que los numerosos pretendientes que la cortejaban se fueran retirando. Cuando habían transcurrido un par de semanas solo quedaron unos pocos interesados por el

título de la joven casadera, y muy pocos de ellos poseían una fortuna que fuera adecuada.

Es por ello que tuvo que reaccionar con presura y conformarse con la riqueza que le ofrecía el Barón de Darenburg, en vez de tener la libertad de poder elegir a otros pretendientes más lozanos y apuestos. Que nadie supiera cuál era el motivo de la caída de Lady Charlotte era una proeza, y por eso todo el mundo estaba como loco para enterarse de su secreto.

Era por eso que Braxton había tenido suerte de no levantar sospechas al conseguir acudir al mismo evento, pues medio Londres buscaba una invitación para esa velada. Pasado ese obstáculo ahora le quedaba salvar el último, y era eso precisamente en lo que estaba pensando mientras saboreaba una copa de bourbon, y repasaba como acercarse a ella.

Sabía que de soltero lo había tenido más fácil al no ostentar todavía título y por ello no levantar interés. Pero ahora como conde y como hombre casado sería más difícil, pues muchos ojos recaerían en él para enterarse como le iba con su esposa y con su nuevo título.

El momento de enfrentarse a Charlotte se acercaba, y pronto sabría si lo había arriesgado todo por nada o si tenía alguna posibilidad de ser feliz. El dilema recaía en saber si sería en los brazos de Charlotte o el los de Jane.

Capítulo XIV

El baile estaba muy concurrido para tratarse de una pequeña velada social, algo que por desgracias siempre ocurría en estos acontecimientos.

Como solía ser costumbre en cada reunión, las matronas y las jóvenes casaderas recorrían la estancia en busca de gallardas víctimas, que procuraban pasar desapercibidas en la sala de juegos. Estos pobres lores se sentían a

salvo en estas estancias, mientras tomaban unas copas de un caro licor, y perdían un poco más de su añeja fortuna.

Braxton se alegraba de haber dejado atrás todo esa frivolidad al tratarse de un hombre casado. Ahora el interés de las mujeres había cambiado, y las jovencitas huían de él recelosas, mientras que las viudas y alguna que otra mujer casada se le acercaban insinuantes. Unas cuantas para preguntar por su esposa, y otras, las más descaradas, para proponerle un encuentro clandestino.

Pero en la mente de Braxton solo aparecía Jane, sintiendo una inesperada nostalgia por no tenerla a su lado. Con ella hubieran charlado de todo lo que veían, y estaba seguro de haber reído de algún comentario de su esposa, pues ella poseía el extraordinario don de hacerlo reír.

Hubiera bailado a su lado, mientras giraban por el gran salón sin dejar de mirarse a los ojos. Después, buscando un poco de privacidad, habrían paseado por los jardines de la mansión recordando su primer encuentro en el baile de la marquesa de Ashwood.

Era curioso como a cada minuto del día se acordaba de ella por diferentes motivos. Al amanecer la echaba de menos cuando se estiraba y no encontraba su cuerpo caliente dispuesto para que la acercara al suyo. Sus charlas en las comidas, sus maneras de hacerlo sentir bien, la costumbre de sentarse en su regazo, y un sinfín de pequeños detalles, que hasta entonces habían formado parte de su vida sin darse cuenta de lo importantes que eran.

Había llegado a Londres con el fin de encontrar la verdad que se hallaba en su corazón, y lo que había descubierto es que este se había quedado en Brandbury Hall junto a su esposa.

Aun así, quería volver a ver a Charlotte para decirle adiós definitivamente al pasado, y volver a un hogar al que echaba de menos.

—Braxton —la voz de Aron llamándolo lo devolvió al presente—. Ya que como buen amigo acepté acompañarte, lo mínimo que podrías hacer para compensarme es prestarme algo de atención cuando te hablo —dijo este tratando de hacerse el ofendido, aunque su mirada risueña lo desmentía.

—Lo siento Aron, tienes toda la razón, y para compensarte te prometo invitarte a un baile.

Aron puso cara de espanto y se llevó la mano al pecho con el fin de aumentar su dramatismo.

—Si se te ocurre hacer algo así dejo de ser tú amigo —luego como distraído siguió diciéndole—. Además tengo el carnet al completo.

Braxton sonrió a pesar de no tener motivos para sentirse feliz, y volvió a beber de su copa. Ambos quedaron en silencio al no atreverse ninguno a preguntar lo evidente, hasta que Aron no aguantó más y rompió el mutismo.

—Braxton, sé que no soy quien para meterme en tus asuntos personales, pero haz el favor de ser sensato y no poner en peligro tu matrimonio —le indicó solemne mientras le miraba.

Braxton no fue capaz de devolverle la mirada, y se dedicó a observar el bullicio que le rodeaba.

—Tranquilo Aron, sé lo que estoy haciendo —dijo por fin.

—Me alegra saberlo, porque Jane es lo mejor que te ha pasado y estoy seguro que lamentarías perderla —sin querer seguir con esa conversación y sabiendo que Braxton quería estar solo, Aron le dio una palmada en la espalda y acabó diciendo antes de alejarse—: Aunque creo que no tienes ni idea de lo que estás haciendo.

Y así se marchó dejando a Braxton solo y preguntándose, cómo era posible que fuera tan evidente lo que él estaba pensando, pues eso mismo llevaba repitiéndose desde que había llegado a Londres.

Fue entonces cuando a lo lejos pudo distinguir a Charlotte en la pista de baile. Estaba tan hermosa como la recordaba, aunque su rostro mostraba cierta tensión que antes no tenía. Aun así seguía siendo el centro de las miradas lujuriosas de los hombres, y por ello la envidia de las demás mujeres.

Tenía que reconocer que esto siempre había sido así, aunque a él nunca le había importado. Sin embargo verla coquetear tan descarada con su pareja de baile, o sonriendo con aire presuntuoso no le hizo sentir deseo por ella, o querer reclamarla para sentirla entre sus brazos.

Debía de ser sincero consigo mismo, pues para eso había llegado hasta ahí, y reconocer que si esa mujer en vez de Charlotte fuera Jane muchas cosas serían diferentes.

Para empezar Jane nunca se hubiera mostrado tan atrevida y licenciosa, como tampoco hubiera sido tan descarada de tonteando frente de su familia y su prometido. Jane nunca sería de esa clase de mujeres, y por fin Braxton cayó en la cuenta de algo.

Su mujer nunca sería capaz de engañarle con nadie, no cuando ella era tan sincera y abierta. Esta revelación hizo que Braxton tuviera remordimientos por sus acusaciones de adúltera, pero a la vez sentía como se quitaba un peso de encima que le estaba oprimiendo desde entonces. Algo que en cuanto regresara a su hogar pensaba solucionar, costase lo que costase.

También debía reconocer que si en vez de ser Charlotte la que estuviera bailando con ese hombre fuera Jane, la rabia por su comportamiento lo hubiera alterado, y la habría sacado a rastras del salón sin importarle las habladurías.

Tenía que reconocer que respecto a Jane se volvía un marido celoso, al no soportar ver a otro hombre cerca de ella en una actitud tan descarada.

Por Jane se lo hubieran llevado los demonios como ocurrió la noche de la tormenta, pero se dio cuenta que por Charlotte no sintió nada. Recordó las veces que la había visto en una sala de baile mientras esperaba su turno, sin sentir otra cosa que no fuera admiración por ella, pero nunca celos.

Se dio cuenta emocionado que el amor por Charlotte era en realidad deseo, combinado con la satisfacción de saber que una mujer tan bella le pertenecía. Como también creyó que estar con ella se debía a la necesidad de sentirse amado y aceptado por alguien.

Sintió como su corazón saltaba de gozo al darse cuenta de que estaba libre de su embrujo, aunque se consideró un estúpido por no haberlo sabido antes. Se había creído dividido entre dos amores, cuando desde el principio su corazón había estado libre y solo Jane con su amor incondicional, había sabido cómo ganárselo.

Deseó con todas sus fuerzas que Jane estuviera con él en este momento tan importante, para decirle que su amor solo le había pertenecido a ella desde el principio, aunque se hubiera dado cuenta ahora.

Se sentía tan dichoso que no quería pensar en las consecuencias de su discusión, pues ya no tenía ninguna duda de que por Jane sería capaz de cualquier cosa, incluso de ponerse a sus pies y pedirle perdón por haber sido

tan obtuso. No le importaba en absoluto humillarse, si con ello volvía a ser suya y a sentir la dicha de ser amado.

Se percató de que el vals había terminado y de que Charlotte era conducida hacia un grupo de conocidos, la mayoría de ellos hombres, aunque no sintió nada al observarla. Verla caminar con su sexual movimiento de cadera ya no le excitaba, ni nada de ella conseguía llamar su atención como en el pasado.

Resuelto a seguir su camino recorrió la sala dejando atrás a la mujer que en otro tiempo creyó que amaba, y acabó dirigiéndose a los jardines para terminarse la copa tranquilo, sabiendo que después regresaría a Brandbury Hall donde le esperaba el resto de su vida.

Pero una vez más el destino le tenía preparada una sorpresa, y ante él encontró a la mujer de la que se alejaba. Una Charlotte sexual y vanidosa que le sonreía con la picardía de alguien que cree conocer tus secretos.

—¡Hola Braxton! ¿Te marchabas sin saludarme? —le preguntó haciendo con este último comentario una fingida mueca de enfado que le recordó a una niña pequeña.

—Milady, no pretendía marcharme sin ofrecerle mis respetos, tan solo me dirigía a los jardines —nada más terminar de decir la frase, y ver como la sonrisa de ella se agrandaba, comprendió que había cometido un error.

—Me parece una idea maravillosa. Yo también estaba pensando en retirarme a los jardines para refrescarme —y acercándose algo más de lo debido le acabó diciendo—: Si no fuera mucho el atrevimiento, ¿podríamos salir juntos a... hablar de los viejos tiempos?

Charlotte parecía muy segura de sus encantos y no se percató de que estos ya no eran bien recibidos por Braxton. Tal vez en otra circunstancia, cuando dejara de creerse el centro del mundo, ella hubiera percibido la mueca de disgusto que él trató de disimular. Por desgracia ese no fue el caso, y convencida de tenerle comiendo de su mano no se esperó la contestación que el conde le ofreció.

—Lo siento milady, pero no tengo ningún interés en recrear nada del pasado. Además, no creo que a su futuro marido le agrade que salga al jardín con un caballero que no sea él.

Pero Charlotte no se creyó sus palabras, pensando que nadie la rechazaría, y se rio encantada al creerlo resentido por no haberle hecho caso antes.

—¡Oh Braxton, estás celoso! Pobrecito mío. ¿Recibiste mi carta y por eso has venido? ¿Para verme por última vez?

Braxton se sintió asqueado porque en parte ella tenía razón, y porque nunca hubiera imaginado que fuera una mujer tan manipuladora y egocéntrica. Esa no era la Charlotte que él recordaba. La que en otro tiempo le robó el corazón y le hizo desear entregárselo todo.

Rememoró aquella noche en el jardín cuando le pidió que le siguiera y como le prometió que renunciaría a su vida por ella. Se negó a creer que fueran la misma persona, porque de ser así, él hubiera sido un necio que se dejó engañar por sus artimañas sin sospechar como era en realidad.

—Pero no tienes de qué preocuparte mi amor —le siguió diciendo de forma sexual mientras daba un paso para acercarse—. Nuestros matrimonios no tienen por qué interferir. Podemos seguir viéndonos si somos prudentes y lo mantenemos en secreto.

Él se apartó atónito ante sus palabras, pues nunca hubiera imaginado que su osadía llegaría tan lejos. Jamás hubiera pensado que Charlotte fuera una mujer con una moral tan baja, y una hipocresía que rayaba la indecencia.

Fue en ese mismo momento cuando vio con claridad como hubiera sido su futuro a su lado, y se alegró de no haber sido tan mentecato. Una mujer como ella solo podía traer tristeza y deshonor a su marido, y este habría acabado repudiándola o envuelto en un escándalo.

Braxton dio un paso hacia atrás no solo para alejarse de ella, sino también del destino que le hubiera tocado vivir si se hubiera mantenido a su lado.

—Lo siento milady, pero yo no soy de esa clase de hombres —le contestó categórico mientras la miraba con una mezcla de desprecio y pena.

Charlotte molesta y confundida no estaba dispuesta a dejar el tema por zanjado, pues nadie la rechazaba sin salir mal herido. Por ello, y con el único propósito de humillarlo, se irguió para atacarle donde sabía que más le dolía.

—¿Entonces porque estás aquí Braxton? Que yo sepa, no has tardado nada en dejar sola a tu mujercita para venir a Londres tras mi carta. Eso quiere decir

algo por mucho que ahora trates de negarlo.

«Lo que quiere decir es que soy un estúpido». Se dijo a sí mismo sabiendo que el razonamiento de ella era lógico, pues se parecía mucho a la realidad.

—Tenía que venir por unos asuntos...

—¡Vamos Braxton! ¡No seas patético! Los dos sabemos porque estás aquí. ¿O es que te falta valor por si se entera tu esposa y te reprende? —y tras soltar su veneno se echó a reír atrayendo a algunas miradas curiosas.

Braxton se irguió al entrar en cólera, y apretó con fuerza la copa que aun sostenía entre sus manos para tratar de tranquilizarse. Deseó que ella no fuera una mujer para hacerla salir a fuera y así darle la paliza que se merecía. Pero no quiso entrar en su juego, y dar un espectáculo como parecía que ella buscaba.

—Entonces sabrás porque ahora me marchó —repuso con voz fría y tajante.

Charlotte se sobre saltó al escucharle pues nunca se hubiera imaginado que el orgulloso conde se contuviera, y más aún que tuviera la osadía de hacerle el desplante de dejarla sola en medio de los invitados.

—¡No te atrevas a dejarme aquí plantada! —señaló entre dientes colérica.

«Y pensar que creí amarla» pensó Braxton al observarla.

—Por mi puedes hacer lo que quieras Charlotte. Ya no eres nada mío.

Sin querer prolongar más este encuentro, pues ya había escuchado lo suficiente como para saber la verdad que andaba buscando, Braxton se dispuso a darse la vuelta para marcharse dejando atrás todo lo que tenía que ver con ella. Pero un caballero se interpuso en su camino.

—¿Va todo bien querida? —le preguntó este a Charlotte pero sin dejar de mirar curioso a Braxton.

Charlotte reaccionó enseguida e inmediatamente cambió la expresión de su cara, mostrando ahora una agradable sonrisa. Un hecho que le aportó más pruebas a Braxton de hasta donde llegaba la falsedad de esta.

—Todo perfecto mi amor, lord Brandbury es un viejo amigo de la familia y me estaba dando la enhorabuena por el compromiso.

—¡Oh! —sonrió complacido el recién llegado mientras se amasaba la punta de su bigote.

Braxton le observó y vio a un hombre de unos cincuenta y cinco años algo entrado en carnes, pero que aún se mantenía en forma. Era alto, moreno, con patillas y un gracioso bigote que terminaba con las puntas alzadas, las cuales recordaban a las astas de un vitorino. Algo que sin duda le vendría muy bien para su matrimonio, pues eso indicaba que ya estaba acostumbrado a llevar cuernos.

—Así es ¿lord...? —indicó Braxton mientras le extendía la mano como era costumbre en él, aunque ese saludo no siempre era bien recibido entre los nobles que preferían una genuflexión para no tener que tocarse.

—Soy Albert Crosing, Barón de Darenburg —se presentó y correspondió al saludo sin molestarle el tener que tocarle, algo que agradó a Braxton.

En ese momento Braxton se dio cuenta que ese hombre era un bonachón sin malas intenciones, que no sospechaba nada de cómo era la mujer con la que se casaba. Sintió lastima por todo lo que tendría que aguantar durante años, y por el dolor que sentiría cuando se enterara de la clase de matrimonio que tenía que soportar. Si es que no lo descubría antes y rompía el compromiso.

Por unos instantes se le pasó por la cabeza contarle ciertas cosas de su prometida, para que se mantuviera atento, y se hiciera una idea de la clase de mujer con la que pretendía casarse.

Pero no quería meterse en problemas y explicaciones cuando lord Darenburg le preguntara como estaba al tanto. Al fin y al cabo podía explotarle todo el asunto en la cara y salir perjudicado, haciéndole así más difícil la reconciliación con su esposa, por lo que decidió callarse.

—Es un placer conocerle milord —y realmente sintió no poder ayudarle al notar su mano fuerte y su mirada limpia— Si me permiten, estaba a punto de retirarme.

—¿Tan pronto lord Brandbury? Acaso no encuentra usted algo que le estimule para quedarse un ratito más —le insinuó Charlotte con la intención de molestarle con su coquetería.

—Nada en absoluto lady Charlotte, —y con el propósito de devolverle la puya

y dejarle bien claro sus intenciones, le siguió diciendo—: Además me gustaría partir mañana mismo hacia mi hogar. Llevo demasiados días en Londres y hecho de menos a mi esposa.

Charlotte sé quedo callada y con cara seria, al sentirse ofendida por la indirecta. Algo de lo que el pobre lord Darenburg ni se percató y le respondió con la mejor de las intenciones.

—Hace bien lord Brandbury, el lugar de un esposo es estar siempre cerca de su esposa. ¿Verdad querida? —le preguntó su prometido sobresaltándola, pues estaba tan enfurecida mirando fijamente a Braxton, que apenas se había enterado de la conversación.

Aprovechando estos segundos de confusión, Braxton se adelantó a Charlotte para poder contestarle a su prometido.

—Un comentario muy acertado lord Darenburg. Seguro que su matrimonio será dichoso si sigue esa norma.

El pobre hombre sonrió sin darse cuenta de las dobles intenciones, aunque Charlotte no se sintió tan feliz. Ella había comprendido perfectamente el sentido que guardaban esas palabras, consiguiendo que enrojeciera más de furia.

—Así lo espero lord Brandbury —comentó orgulloso el barón.

El pobre hombre sintiéndose feliz de tener a su prometida cerca, y de poder presumir de su compromiso, le pasó su brazo por la cintura para acercarla a su cuerpo en un gesto cariñoso.

Pero a Charlotte no le agradó la idea de tenerle tan cerca, e inmediatamente se alejó de él volviendo a la distancia prudencial que antes les separaba.

Lord Darenburg no se ofendió por el comportamiento de su prometida, pues lo achacó a lo indecoroso que debió parecerle esa postura estando en público. Aun recordaba los años de felicidad vividos con su anterior esposa, y esperaba que pronto apareciera entre ellos un amor similar al que ambos habían compartido.

No dudaba que esto sucediera, pues centenares de veces Charlotte le había asegurado que le quería, y por eso le había elegido por esposo entre otros pretendientes más jóvenes y ricos. Algo de lo que él se enorgullecía, pues

nunca imaginó que una mujer tan hermosa como lady Charlotte se fijara en un hombre que bien podía ser su padre.

—De verdad les deseo que sean felices —afirmó Braxton como despedida.

—Gracias lord Brandbury —expresó con total sinceridad lord Darenburg, mientras Charlotte permanecía callada a su lado con una mirada que hubiera podido fulminar a cualquiera.

Con una genuflexión se despidieron y Braxton se marchó dando por zanjado todo lo que lo había llevado a Londres. Buscaría a Aron para despedirse, pues tenía pensado levantarse temprano al día siguiente para volver a Brandbury Hall junto a Jane.

El pasado quedaría atrás en ese instante, y él desde ahora solo miraría hacia adelante; hacia su hogar y su esposa; hacia el lugar al que pertenecía.

Capítulo XV

No tardó en encontrar a Aron rodeado de un coro de jovencitas que reían tontamente. Su amigo era un hombre con una paciencia asombrosa, prueba de ello era su amistad con Braxton, pero por la expresión de su cara parecía que estaba a punto de rendirse y salir corriendo.

Apenas tuvo que esperar hasta que Aron se dio cuenta de su presencia, pues este se apresuró a alejarse del coro de muchachas casaderas para ir a su encuentro.

—Menos mal que has aparecido, estaba a punto de clavarme el alfiler de la corbata en el corazón para librarme de esa jauría —comentó Aron mientras se pasaba el dedo por el borde de su pañuelo de lazada y así poder respirar.

—¿No sabía que levantabas tantas pasiones? —manifestó Braxton tratando de parecer serio.

—Alguien debió correr la voz de que soy rico y de que busco esposa.

—¿Y es cierto?

—Eres mi socio, debes saber si soy rico —rió sarcástico, pues le gustaba meterse con su amigo.

—No te hagas el obtuso, ¡así nunca conseguirás esposa! —repuso correspondiendo a su burla.

—Si esto es todo lo que hay en el mercado, prefiero quedarme soltero —dijo el último trago a su copa y continuó—: Ahora, si encontrara a una mujercita como la tuya entonces la cosa cambiaría.

—Lamento decirte, amigo mío, que como mi Jane no hay ninguna —dándose cuenta de la verdad de sus palabras y del orgullo que sentía al decirlas.

—No hace falta que me lo restriegues —lo dijo con tal gravedad que Braxton no pudo evitar reírse.

Ambos intercambiaron sus copas vacías por otra de la bandeja del camarero, dando un buen trago de su bebida mientras miraban distraídamente por la sala.

De pronto una idea le vino a la cabeza a Braxton, y tras pensarla por unos segundos se atrevió a decirla.

—Estaba pensando... mi esposa tiene una amiga que podría interesarte. Se llama lady Madison Wyonick y es una mujer muy hermosa. Además tuve el placer de tratarla brevemente cuando cortejaba a Jane, y me causo muy buena impresión.

Aron le miró por unos instantes como calibrando si creerle o no, pues no podía ser tan buen partido como le quería hacer creer. ¿Noble, bonita, e interesante? ¿Acaso aún había solteras con esas características? Esa mujer debía de tener algún fallo. Pero si era cierto, merecería la pena conocerla.

—Bueno, teniendo en cuenta el buen gusto que tienes en cuanto a mujeres, me interesaría que me la presentaras.

—Entonces no se hable más. Hablaré con mi esposa para que se ocupe de organizar un encuentro.

Aron alzó su copa para brindar por ello, con la esperanza de no tener que esperar mucho tiempo para averiguar si era real dicha muchacha.

—Y ahora Aron, si me disculpas, tengo que dejarte —le informó Braxton—. Quiero partir mañana temprano para Brandbury Hall, y necesitaré descansar si pretendo llegar entero.

La sonrisa de Aron dejó muy claro a Braxton que esa noticia alegraba a su amigo. Pero al tratarse de un par de hombres reservados, se guardaron sus pensamientos y solo se dieron la mano.

—Descanse milord, ahora que es usted un viejo hombre casado —rió con malicia al decirlo—. Y no olvide mostrarle mis respetos a su adorable esposa.

—Así lo haré señor Sheldon, Le dejo en muy buena compañía, ya que observo que más de una jovencita está esperándole para recibir sus galanterías —le devolvió la broma, consiguiendo que este dejara de sonreír cuando se dio cuenta de que Braxton tenía razón, y en cuanto lo vieran solo lo volverían a arrinconar como hacen las manadas de lobos con sus presas.

—¡Maldita sea! Lo había olvidado —farfulló entre dientes consiguiendo que la sonrisa de Braxton se ampliara.

Y así Braxton lo dejó para ir en busca de los anfitriones y poder marcharse del baile. Tenía pensado alejarse por una larga temporada de Londres, y no regresaría si no era acompañado de su esposa.

Sería un viaje completamente diferente al actual, ya que la llevaría a donde ella quisiera y presumiría de ser el hombre más afortunado del mundo por estar a su lado.

Mientras tanto, Aron se escabulló entre las columnas para llegar intacto hasta la sala de juegos, donde unos acobardados solteros le hicieron hueco en la mesa de póker. Con un poco de suerte podría salir ileso esa noche, si conseguía reunir el coraje de enfrentarse a las caídas de ojos, las risitas nerviosas y las madres pretenciosas.



No estaba seguro de a que estaba jugando el destino cuando Braxton sin quererlo escuchó su nombre. Los murmullos, no tan silenciosos como deberían, procedían de una sala adjunta a donde él se encontraba, pues se dirigía hacia la salida por un elegante y largo pasillo.

Fue la voz que reconoció escuchar lo que le hizo prestar más atención, ya que estaba seguro que esa mujer no diría nada bueno de él, y menos esa noche con el enfado que debería estar teniendo.

Era sin lugar a dudas la dicción pausada y recargada de Charlotte lo que estaba escuchando, y por ello paró en seco para prestar más atención a sus palabras.

Sabía que no era ni educado ni elegante escuchar conversaciones ajenas, pero sentía curiosidad por saber que podía estar diciendo de él. Al fin y al cabo conocía lo suficiente a esa mujer para saber que algo tramaba, y no estaba dispuesto a que, por despecho, empezara a circular mentiras que lo dejaran en evidencia.

Por no decir que podría tratarse de comentarios maliciosos respecto a Jane, y eso Braxton no estaba dispuesto a consentírselo. Su esposa era, en todos los sentidos, mejor persona que esa supuesta dama, la cual solo sabía escupir

mentiras por su maliciosa boca con el único propósito de dañar.

Receloso guardó silencio y escuchó con claridad a Charlotte diciendo:

—¿Podéis creerlo? ¡Ha venido corriendo hasta mí en cuánto recibió la carta!

—Las carcajadas no se hicieron esperar animando con ello a que siguiera—. Me imagino a su pobre esposa llorando desconsolada, mientras él ha estado buscándome por todo Londres como un loco para decirme que me ama y que no puede olvidarme.

—Pobre conde, con lo serio y formal que parece y que bajo ha caído —se pudo oír claramente como otra mujer decía.

Braxton no pudo seguir escuchando pues, con solo ese fragmento, ya se imaginó que había estado haciendo Charlotte desde que la dejó con su prometido. Sin lugar a dudas quería vengarse por su desplante, y pensaba hacerlo a base de embustes que lo dejaran en ridículo.

A Charlotte no le importaba si con ello arruinaba la reputación de Braxton, ya que ella quedaba como una mujer codiciada que tenía a sus pies a cuantos hombres deseara. Una artimaña propia de una víbora despechada que no encajaba bien los desplantes. Sobre todo si estos venían del hombre que supuestamente la amaba.

Dispuesto a acallar sus comentarios y a enfrentarse a esa necia entró en la estancia, y se quedó parado en el umbral mirando al pequeño corro de mujeres. No tuvo que esforzarse mucho por mostrar la expresión más gélida que jamás había puesto, consiguiendo transmitir con ella toda la cólera que en esos momentos sentía.

Charlotte estaba de espaldas a él por lo que no se percató de su presencia, y siguió contando sus embustes divertida. En cuanto a las otras chismosas tardaron unos segundos en reconocerlo, quedándose las cuatro paralizadas a causa del miedo. Y era lógico que estas lo sintieran, pues la expresión que mostraba Braxton aterrorizaría hasta al más valiente.

En esos cruciales segundos Charlotte siguió hablando sin enterarse de nada, al estar distraída con sus mentiras. Es por eso que Braxton pudo escuchar perfectamente como esta decía antes de enmudecer:

—Pues ya veis, es solo otro pobre estúpido que ha caído bajo mis encantos.

Charlotte se quedó rígida al comprender por los rostros de las mujeres que algo había pasado, y que posiblemente mientras hablaba distraída alguien había entrado en la biblioteca. Temiéndose lo peor respiró hondo, pues no iba a dejarse amedrentar por nadie, y menos en presencia de su círculo más selecto de conocidas.

Despacio se giró, y quedó frente al hombre que antaño le había pasado por alto sus faltas al creerse enamorado. Pero ahora, ante ella, tenía a un enemigo que prometía mil batallas si se le ocurría enfrentarse a él.

—Si ya has acabado con tus mentiras, me gustaría dejar un asunto claro antes de marcharme —repuso con una voz tan cargada de odio y pausada, que solo de escucharla todas se estremecieron.

Sin apartar la mirada de Charlotte, y elevando el tono para enfatizar su orden bramó:

—A solas

Inmediatamente las cuatro mujeres dieron un brinco junto con un pequeño gritito, y se encaminaron precipitadamente hacia la salida sin querer mirar a ninguno de los dos. Algunas gimoteando y otras empujando, salieron de la habitación olvidando a su amiga junto a un hombre enfurecido que parecía un auténtico demonio.

Mientras tanto Charlotte aguantó estoica frente a él, tratando de que no se le notara como le temblaban las piernas, y como se le cerraba el estómago a causa del susto.

—Y ahora lady Charlotte, solo voy a decirle una cosa que no pienso volver a repetirle. Si la vuelvo a escuchar contando mentiras sobre mí o mi familia, o llega alguna clase de rumor procedente de Londres a mis oídos, —hizo una pausa para acercarse unos pasos más y quedar con su mirada pegada a la suya —, volcaré sobre ti toda mi furia para hacerte la vida imposible.

—No te tengo miedo —contestó ella con una voz temblorosa que desmintió sus palabras.

—Pues deberías, pues yo nunca amenazo en vano.

Braxton se giró para marcharse ya que no quería seguir frente a esa mujer. Le daba asco el pensar lo engañado que lo había tenido todo ese tiempo, y como

hubiera arruinado su futuro de haber continuado con ella.

Por fortuna lo que creyó mala suerte fue en realidad su salvación, y agradecía al cielo el cambio de los acontecimientos, pues había acabado junto a una esposa maravillosa y no con esa arpía.

Pero la rabia de Charlotte no la dejó mantenerse callada, y resentida y orgullosa tuvo que decir su última palabra.

—Nunca serás feliz con ella. No mientras sigas enamorado de mí.

—Otra vez os equivocáis milady. Es a mi esposa a quien amo y no a vos. De hecho, a cada minuto que pasa estoy más convencido de que nunca me habéis inspirado ese sentimiento —y mirándola de arriba abajo siguió diciendo—: Lo único que siento es lástima por vuestro prometido. Él no se merece el daño que vais a causarle.

Y sin más le dio la espalda mientras ella bullía de rabia y chillaba:

—No te atrevas a marcharte. Yo aún no he acabado. No voy a consentirte...

Siguió escuchando su voz cuando salió del cuarto, pero dejó de prestarle atención a cuanto decía, pues no tenía ningún interés en escuchar ni uno solo de sus comentarios malintencionados.

Pero cuál fue su sorpresa cuando al salir de la habitación, vio cómo se alejaban entre risitas las mismas mujeres que poco minutos antes habían salido asustadas. Sin duda las hubiera reconocido en cualquier parte, pues eran conocidas en todo Londres al ser las portadoras de los chisme más succulentos de cada temporada.

Al parecer sus ganas de cotillear habían sido más fuertes que su miedo, y se habían quedado cerca de la puerta para escuchar la conversación privada que prometía ser muy interesante.

Braxton sonrió mientras se alejaba a paso enérgico de los graznidos de esa mujer que farfullaba, sabiendo que esa noche sus supuestas amigas extenderían el rumor de que el conde de Brandbury la había puesto en su sitio. Dirían que ella, ingenua y egocéntrica, aseguraba que el conde le había declarado su amor, cuando era evidente que se trataba de una mentira, pues estaba claro que este amaba a su bella esposa.

Esto conseguiría que Charlotte se diera cuenta de las consecuencias de murmurar de quien no debía, pues ahora le tocaba a ella soportar ser el centro de las habladurías y de las risitas maliciosas. Por no hablar que se sumaría al escándalo que ya arrastraba de antes, y la había obligado a elegir como esposo al barón. Un hombre al que despreciaba.

Dejando atrás un falso amor se aventuró en la noche, con la esperanza de que su esposa le perdonara su lamentable comportamiento. Sabía que Jane poseía un gran corazón y rezaba porque este aún le perteneciera. Solo esperaba no haberlo roto con sus estúpidos celos y sus palabras de rencor, pues tenía la certeza de que sin ella le faltaría el sol.

Con este pensamiento fue absorbido por la bruma, mientras su carruaje se alejaba por la solitaria calle que a esas horas, ofrecía refugio a los soñadores y los ilusos, que creían posible la misericordia sin haber sufrido antes su merecido castigo.

Pero al conde todavía le quedaba aprender una lección que nunca olvidaría, y es que el perdón no es algo que se ofrezca a la ligera, sino que es un privilegio que debes ganarte a base de generosidad y comprensión.

Una lección que en breve debería aprender Braxton, si no quería perder su bien máspreciado, y su única posibilidad de ser feliz.

Capítulo XVI

Cuando Braxton se marchó, no solo se llevó el corazón de Jane, sino también su esperanza.

Ella creyó que a su lado sería feliz y juntos conquistarían el futuro, dejando atrás todo lo malo. Pero lo único que consiguió fue engañarse así misma pues él nunca lograría olvidar a Charlotte, del mismo modo que Jane nunca podría dejar de amarlo.

El día en que él se marchó Jane sintió como algo dentro de ella se desgarraba destrozándole el alma. Fue entonces cuando decidió que no valía la pena seguir luchando por un amor imposible, que solo la dañaría haciéndola desdichada. Sería como enfrentarse a una tormenta en medio del mar, sabiendo que no tienes en donde refugiarte, y que estás solo ante el eminente desenlace.

La otra mujer había ganado sin apenas haberse arriesgado, y sin importarle que destruía con ello. Era posible que Charlotte le rechazara y él se viera obligado a regresar junto a su esposa, pero Jane sabía que jamás sería suyo pues nunca le pertenecería su corazón.

No pudo soportar estar por más tiempo en esa mansión. No cuando había sido su refugio y Braxton lo había abandonado para ir al encuentro de Charlotte. Necesitaba salir de ahí, volver a respirar sin que sintiera que se le oprimía el pecho a cada bocanada. Quería olvidar su rostro, sus manos, y su mirada, pero

sobre todo el recuerdo de sus besos cuando le hacía suya y sentía que la necesitaba.

Lloró durante horas tumbada en la misma cama que tantas veces habían compartido y ahora se le antojaba helada. Lloró por el fin de su matrimonio, de su futuro, y de toda la ilusión frustrada. Lloró por ella, por haberse enamorado de un hombre que no merecía su amor, y por ser tan estúpida de creer que conseguiría cambiarlo. Lloró por él, porque sabía que nunca lograría ser feliz con nadie, ya que desconocía lo que era el cariño, la entrega, la confianza y la comprensión. Lloró por la vida que ya no compartirían, por todo lo que habían perdido, y por lo que pudo haber sido y ya nunca será.

Lloró hasta quedarse seca y entonces se levantó de la cama y sintiéndose cansada, empezó a alejarse de Brandbury Hall y de todo lo que ella representaba.

Decidida, y haciendo acopio de las pocas fuerzas que aún le quedaban, subió al carruaje huyendo de una señora Lewis que entre lágrimas le imploraba que no se marchara, y de un señor Peers que por primera vez lo vio desbordado por la pena.

Incluso el anciano mayordomo, el señor Starling, dejó su refugio frente a la chimenea de la cocina, para despedir a su señora y romper su compostura por primera vez en su vida al soltar un sollozo. Uno a uno doncellas, pinches, mozos y demás sirvientes salieron a despedirla, con sus caras descompuestas por la pesadumbre de saber que su lady los dejaba.

Le dolió marcharse pues ellos habían estado a su lado, apoyándola y dándole innumerables muestras de cariño, pero sobre todo consiguiendo que sintiera a esa enorme y arcaica mansión como parte de su hogar. Pero aun así tenía que alejarse.

Y así, del mismo modo que meses atrás los sirvientes habían salido para darle la bienvenida a la nueva condesa de Brandbury, ahora estos salían a despedir a la que se había ganado su corazón, y para ellos siempre sería su señora.

Así fue como llegó a la residencia de los York, desecha, lastimada y vencida. Con una Betsy que sostenía su mano para darle ánimos y un asustado Bolita que se negaba a apartarse de su lado. Se sentía tan cansada, tan sumida en su dolor que ni se dio cuenta cuando llegaron. Tuvo que ser Betsy quien se

ocupara de todo, y avisara que la condesa no se encontraba bien y necesitaba su ayuda.

—¡Dios mío Jane! ¿Pero qué te ha pasado? —Escuchó decir a Lucy la cual tenía metido medio cuerpo en el carruaje—. Vamos Jane, te ayudaremos a bajar.

—¿Lucy? —Preguntó al sentirse desorientada por un momento.

—Si querida, soy Lucy y ahora estas a salvo.

—¡Lucy! —susurró y empezó a llorar de nuevo lanzándose a sus brazos.

Sin poder contenerse Lucy la abrazó con fuerza, y ambas pudieron escuchar como sollozaban al compartir su pena.

—¿Pero qué te ha hecho ese monstruo? ¡Estás ardiendo! —La escuchó decirle cuando le apartó los cabellos mojados de su cara a causa de la fiebre.

Controlando las lágrimas e hipando por la congoja, Jane solo pudo contestarle:

—Se ha ido.

Después de eso Jane dejó de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor, pues el dolor volvió a hacerse cargo de su cuerpo y de su mente. Solo pudo apreciar unas voces en la distancia que murmuraban entre lamentos, y como tiraban de ella para que saliera del carruaje con cuidado. Se sentía tan débil que le costaba hasta mantenerse en pie, e hizo un esfuerzo descomunal por no caerse sobre su amiga cuando por fin pisó tierra.

El sol de media tarde cayó sobre su cara mostrando su aspecto, y sintió como la sostenían con fuerza los brazos de su amiga. Creyó escuchar exclamaciones de sorpresa, algún que otro clamor por su aspecto, y más de una palabra mal sonante que en otro momento la hubieran sonrojado, pero que ahora, al estar tan pálida y demacrada, apenas consiguió teñirla de rojo.

Pero el esfuerzo de hablar, de escuchar, de mantenerse en pie, y de caminar fue demasiado para Jane, y no pudo evitar que las piernas le temblaran y, como era de esperar, le fallaran.

Por suerte David estaba atento a su lado pues se estaba dando cuenta del esfuerzo que estaba realizando, y estuvo presto en cuando vio que sus piernas

cedían.

En breve se montó un pequeño caos, pues todo sucedió a la vez y en cuestión de segundos; Primero Jane perdió las fuerzas y empezó a caer; Luego David se adelantó para sujetarla haciendo honor a su entrenamiento y sus reflejos; Y por último un par de gritos se escucharon a la vez que Lucy exclamaba:

—¡Dios mío!

Jane sintió como el peso de su cuerpo le vencía y como empezó a caer sin control al suelo. Todo fue muy rápido para sus adormilados sentidos, y en un segundo sintió unos brazos fuertes que la sostenían y una voz potente que decía:

—¡La tengo!



Jane por fin pudo descansar cuando el láudano empezó a hacerle efecto. Se sentía tan cansada, tan perdida y tan desorientada, que con solo unos sorbitos el sueño la venció, consiguiendo que por unas horas su mente y su cuerpo lograra la paz. Algo que necesitaba con urgencia si quería recuperar las fuerzas.

El médico todavía se encontraba en la recámara donde habían instalado a Jane. Estaba terminando de explicar a Betsy las dosis de la medicación que debía suministrarle, así como de las infusiones y friegas que tendría que prepararle para bajarle la fiebre.

Betsy le había contado todo lo acontecido en la mansión el día anterior, y como su señora desde entonces no había querido comer ni descansar. Le habló de su pena y de que se había pasado la mañana llorando sin querer ver a nadie, y mostrando una actitud que no era propia de ella.

Fue así como el médico, con sus años de experiencia y con una prole de hijas de distintas edades, encontró el diagnóstico de la condesa, y supo a ciencia cierta cuál era el mal que sufría su paciente. Algo que por desgracia no estaba en la mano de ningún médico, sino en su propio corazón.

—Eso es todo Betsy. Ya puedes hacer que entren las señoras.

Betsy asintió tras contemplar a milady plácidamente dormida, con un camisón prestado y seco, y unas mejillas con un poco más de color.

La muchacha se dirigió a cumplir la orden del médico y, con la solemnidad de un sirviente bien enseñado, abrió la puerta dando paso a la señora York y a su hija Lucy, las cuales estaban esperando impacientes las noticias sobre el estado de Jane.

Nada más entrar en la recámara las mujeres se acercaron a ver a la enferma, y se quedaron algo más tranquilas al verla dormir. Aun así, no perdieron ni un instante en ir a hablar con el médico.

—Dígame doctor, ¿cómo está la condesa? —quiso saber la señora York.

—Señora, por lo que he podido comprobar, la condesa sufre un enfriamiento que le ha ocasionado unas cuantas décimas. Algo que no debe preocupar en una muchacha tan joven, sin embargo, —se irguió para dar más relevancia a sus palabras— le aconsejo señora York que se marche de la mansión mientras la condesa este convaleciente en ella. Como sabe, por motivo de su pleura usted no se encuentra bien de salud, y en su caso sí podría tener resultados más nefastos.

Al escuchar al médico Lucy se acercó a ella y le agarró de la mano.

Sabía que su madre llevaba años tratando de curarse de esa infección pulmonar sin lograrlo, cuando su padre, sin poder soportar verla tan débil y tan cercana a perderla, había decidido retirarse de la armada y mudarse al interior. Donde un clima más seco la ayudaría a sanarse.

Fue así como años atrás se compraron la residencia de los Hamilton, y acabaron siendo los nuevos vecinos del conde de Brandbury. Poco a poco, y gracias a los toques de su esposa, el arruinado edificio se fue convirtiendo en su hogar, y en él Margaret pudo con el tiempo empezar a mejorar de salud. Aun así esta nunca volvió a ser la misma, pues solo un pequeño resfriado podría ser perjudicial para ella.

—Mamá, no deberías estar en esta habitación. Perdona por no haberme dado cuenta antes —le confesó su hija al sentirse culpable, al no haber pensado en su madre, sino solo en su amiga.

—Tranquila hija no soy tan débil como todos pensáis, y no voy a dejar desprotegida a lady Jane —le habló su madre con una sonrisa en los labios, y con la dulzura que siempre la acompañaba.

Margaret tuvo el placer de conocer a la nueva condesa de Brandbury Hall cuando su hija la invitó a tomar el té, y desde entonces la muchacha pasó a formar parte de la familia debido a su actitud cariñosa y afable por todos.

En numerosas ocasiones habían ido las tres de compras al pueblo, y su presencia había beneficiado a su hija al tener por fin a alguien con quien hablar y distraerse. Por ello le estaba muy agradecida, y la cuidaría no como a una invitada, sino como si fuera una más de sus hijos.

—Pero mamá el médico ha dicho que es peligroso para ti.

—Señora York —interrumpió el doctor pues temía que esta no se tomaría en serio su recomendación—, he de insistir en que deje esta casa por el bien de usted y sobre todo de su familia.

El anciano doctor Scott conocía desde hacía años a la familia, ya que empezó a tratar su enfermedad desde que esta se instaló en la comarca. Sabía que estaba jugando sucio al apelar a los sentimientos de culpabilidad al poner por medio a sus seres queridos, pero no estaba dispuesto a arriesgar la vida de una buena mujer debido a las reglas de cortesía o por amistad.

Margaret bajo la cabeza sabiéndose vencida, pero decidida a no dejar su hogar sin saber antes como estaba su invitada.

—Está bien doctor, recogeré mis cosas para ausentarme una temporada. Pero antes dígame si lady Jane corre peligro.

El médico volvió a su anterior posé, y cruzando sus brazos a la espalda le explicó su dictamen.

—Verán. El problema de la condesa no reside en estas fiebres, sino en su actitud.

—¿Qué quiere decir doctor Scott? —preguntó Lucy intrigada.

—La condesa se niega a comer y apenas descansa. Es por eso que se encuentra tan débil y por ello la fiebre se le ha acrecentado. Con unos buenos cuidados y reposo, el enfriamiento remitirá, pero si mantiene su actitud apática las fiebres

se apoderaran de ella.

—¡Dios, pobre muchacha! —exclamó Margaret llevándose una mano a la boca.

—Aunque no soy dado a los cotilleos, su doncella me ha puesto al corriente de ciertos acontecimientos que explican este comportamiento, y considero conveniente que lady Brandbury se quede en esta casa hasta que se recupere.

Por las pocas palabras que Jane les dijo al llegar y por esta nueva información que le estaba ofreciendo el doctor, ambas mujeres se dieron cuenta de que en la residencia de los condes debió de producirse un enfrentamiento entre ambos, y por eso Jane decidió abandonarla en tan lamentables condiciones.

Lo que no entendían era como el conde le permitió dejar su hogar en esas circunstancias, y cómo era posible que no fuera a por ella para regresarla. Estaban seguras de que había algo más en todo esto, y que su querida Jane necesitaría de ellas no solo para cuidar su cuerpo, sino también su corazón.

—Por su puesto Doctor, además en las condiciones en las que se encuentra no pienso sacarla de la cama, y más cuando es evidente que ha venido a pedir nuestra ayuda —declaró la señora York.

—Muy loable por su parte señora.

—No deben preocuparse. Yo cuidaré de ella como si fuera mi hermana —les aseguró Lucy mientras miraba a una Jane compareciente.

—En ese caso jovencita debes controlar que se le dé su medicación a la hora señalada, que descanse debidamente, que se mantenga caliente, que coma lo que le he indicado, y sobre todo Lucy, debes hacer todo lo posible para que sonría.

Lucy miró al anciano doctor Scott que tantas veces la visitó de niña, y tan bien cuidaba de su madre.

—Así lo haré doctor.

—De eso estoy seguro. Sí hay alguien capaz de hacerlo esa eres tú.

La joven bajó la cabeza avergonzada y su madre la abrazó con cariño.

—Estoy convencida de que nuestra Lucy conseguirá animarla doctor —aseguró su madre pues conocía de sobra la capacidad de su hija para hacer

sonreír a cualquiera.

—Bien, entonces me marchó —repuso el médico cogiendo su maletín—. Aún tengo que revisar la pierna del señor Parker.

—¡Al señor Parker! ¿Qué le ha pasado a ese buen hombre?

—Pues que metió la pierna donde no debía, señora —le comunicó en tono bromista.

Las dos mujeres le sonrieron pues el anciano doctor Scott era un personaje muy querido por todos, que le gustaba disfrutar de sus excentricidades y siempre guardaba con recelo la privacidad de sus pacientes. Sobre todo al tratarse de una vecindad muy tranquila, y cualquier noticia era todo un acontecimiento.

—Le acompaño doctor Scott. Estoy segura de que mi marido estará impaciente por tener noticias sobre la enferma.

Y así ambos se marcharon dejando a una Lucy preocupada por su amiga y por cómo podía acabar todo aquello. Decidida a cuidarla y a hacerla sentirse querida se sentó a un lado de la cama, y le apretó con fuerza la mano. Durante unos minutos solo la contempló, sintiendo pena al verla en ese estado, pues está siempre le había parecido una mujer fuerte y decidida capaz de comerse el mundo.

Sin lugar a dudas aquello que la alejó de Brandbury Hall debía ser algo muy importante para conseguir apartarla de lo que más amaba, y hacerla perder su ilusión por la vida. Permaneció en silencio a su lado durante unos minutos, mientras la observaba decidida a cuidarla, y a darle su apoyo sin importar lo que hubiera pasado entre el matrimonio.

—No te preocupes Jane, no dejaré que te pase nada malo —con sumo cariño apartó un mechón de cabello de su cara, mientras Jane seguía durmiendo tranquila—. Aquí no podrá hacerte nada malo. Antes tendría que pasar por encima de mí.

Con cuidado para no despertarla se inclinó y besó su frente notando que estaba un poco caliente, pero no tanto como para que fuera algo preocupante.

Poco después escuchó como unos nudillos tocaban en la puerta y se volvió para ver de quien se trataba. En el umbral pudo distinguir a su hermano, el

cual parecía muy preocupado.

—Solo quería verla, el médico ya se ha marchado y he sentido la necesidad de subir —le confesó David.

—¿Os ha contado todo? —le preguntó Lucy obteniendo como respuesta una afirmación.

Era evidente que David se sentía culpable por el estado de Jane aunque Lucy no lograba entender el motivo. Su hermano no podía ser el responsable de la discusión entre el matrimonio y mucho menos de su enfriamiento. Lucy aún desconocía muchas cosas de la vida, y jamás vería a su hermano como a un hombre capaz de dañar a nadie. Al fin y al cabo para ella David siempre sería su héroe.

—No te preocupes David, juntos la ayudaremos a salir de esta —le dijo para animarle.

David así lo esperó, y se acercó al lecho para contemplar más de cerca a Jane. Estaba tan pálida y parecía tan desvalida que se sintió más culpable que antes de ir a verla. Estaba convencido que todo había surgido desde que el conde los encontró juntos el día de la tormenta. Por el temblante de este, y por su amenaza, era evidente que Braxton había llegado a la absurda suposición de que entre ellos había algo más profundo que una amistad.

Una idea errónea e incomprensible, pues cualquier observador podía percibir el brillo de amor en los ojos de Jane cada vez que miraba a su marido. Se sintió culpable por no haber defendido su inocencia frente al conde cuando este le amenazó, y por no haber ido a primera hora de la mañana a hablar con él para aclararlo. Había sido un descuido imperdonable haber pospuesto esa reunión entre ellos, y sobre todo se sentía mal por haber dejado sola a Jane frente a las acusaciones. Algo que no pensaba volver a hacer.

—No debería haber pasado nada de esto —susurró en la silenciosa habitación.

—Tú no tienes la culpa —aseveró Lucy.

—No te conté que cuando ayer acompañaba a lady Jane de regreso a su casa nos encontramos con el conde. Este se puso furioso por los celos e incluso temí que perdiera el control. No debí dejarla sola. No cuando él se encontraba

en ese estado tan alterado.

Su hermana no comprendió la confusión que debió sentir el conde al verlos cabalgar juntos bajo la lluvia, pues creyó que este conocía de sobra la relación de amistad que había entre ambos. Comprendió entonces la impotencia de su hermano por haber dejado sin su ayuda a Jane, y por no haber aclarado al conde los motivos de verse a solas con su esposa.

—Tú no has hecho nada malo. No tienes la culpa de que él pensara lo peor de vosotros. Además no podrías haber hecho nada, él es su marido y como tal puede hacer con ella lo que desee. Y lo sabes muy bien.

—Pero debería haber hablado con él, calmarle y no dejarle en ese estado de excitación con las dudas volviéndole loco.

Lucy se levantó de la cama y se acercó a su hermano. Lo conocía muy bien y estaba al corriente de lo estricto que era con su código de honor. Más aún cuando se trataba de una amiga que se veía en problemas por su culpa.

—Sabes que no hubiera servido para nada, e incluso lo hubieras podido empeorar. Pero ahora tenemos la oportunidad de cuidarla y protegerla, y te prometo que juntos lograremos sacarla de esta.

David asintió aunque aún seguía guardando en su interior esa amargura. Miró a su hermana y ya no le pareció la niña que siempre le seguía a todas partes y lloraba porque no encontraba a su muñeca. Sino que contempló a una mujer decidida y con coraje que miraba a los problemas de frente. Una mujer que había crecido ante sus ojos sin darse cuenta, y que ahora le estaba dando una lección de cómo seguir adelante.

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Me pongo a tu servicio.

Lucy le sonrió consiguiendo que su hermano se sintiera un poco mejor.

—Entonces no se hable más. Según ha ordenado el médico tenemos que conseguir animarla y voy a necesitarte para ello. Así que alegra esa cara y piensa en algo para conseguirlo —le pidió ella para después darle un beso en la mejilla y volver a sentarse en la cama junto a Jane.

David se quedó contemplándolas por un momento, recordando las veces que su madre se había sentado a su lado en la cama para cuidarlo cuando de niño enfermaba y la necesitaba. De pronto se le ocurrió una idea que podía animar

a Jane, y sonrió al darse cuenta de lo feliz que la haría.

—Creo que aún podemos hacer algo más por ella.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Lucy mientras le volvía a tocar la frente a Jane, y hacia una mueca al notar que esta se había calentado un poco más.

—Deberíamos avisar a su familia. Sabes que está muy unida a ellos y traerlos a su lado la animaría.

—¡Hermanito eres un genio! No sé cómo no se me ocurrió a mí.

—Porque yo soy el mayor y por ello el más sabio.

Ambos sonrieron mientras Lucy se levantaba e iba a su encuentro.

—Sí, debe ser por eso —le contestó con tono irónico.

—Voy a por un poco de agua fría. ¿Te quedas mientras con ella?

—¡Claro! Y en cuanto vuelvas me voy a escribirle a su padre para que lleguen cuanto antes.

Lucy se encaminó hacia la puerta mientras David acercaba un sillón a la cama para velar el sueño de Jane.

—¿Por cierto donde está mamá? —quiso saber Lucy ya en la puerta.

—Ocupándose de todos los preparativos para el viaje. Padre ha logrado convencerla para que se marchen mientras lady Jane está convaleciente en la casa.

—¡Vaya, que pronto lo ha conseguido! —Repuso extrañada— ¿Cómo lo ha logrado esta vez?

Su hermano no quiso ni mirarla cuando le dijo:

—No quieras saberlo. Hay cosas que es mejor que una jovencita no sepa.

Lucy sonrió pues no era tan inocente como su hermano creía, pues había visto en más de una ocasión a sus criados robándole un beso a una muchacha. Por eso se hacía una idea del chantaje que su padre le había hecho a su madre, y porque era común entre sus padres darse muestras de cariño frente a sus hijos.

Por un segundo se quedó mirando a su amiga que empezaba a moverse inquieta y a gemir, pero se sintió convencida de que la conseguirían curar a tiempo y

todo quedaría en un mal recuerdo.

Con cuidado se fue a por agua fría para empezar a bajarle la fiebre, sabiendo que tenía por delante una noche decisiva contra la lucha de esa enfermedad. Otra cosa sería hacerla recuperar su alegría, pero ya tendría tiempo más adelante para pensar en ello.

Capítulo XVII

Los dos días siguientes pasaron muy despacio para todos en la residencia de los York. Jane mejoraba muy despacio aunque se esforzaba por complacer a Lucy en comer algo. Pero las noches seguían siendo su pequeño infierno, ya que la fiebre le llevaba una y otra vez a escuchar como Braxton la despreciaba y la abandonaba.

Ambos hermanos se desvivían por atenderla y nunca quisieron dejarla sola con sus recuerdos, ya que odiaban verla llorar. Procuraban hablarle de las cosas que harían cuando se recuperara, le leían libros, y se inventaban mil tretas para hacer que Jane sonriera.

Pero había un pequeño secreto que ambos callaron con la esperanza de que esa sorpresa la animara más que cualquier otra cosa.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para rebelarlo, pues al anochecer del tercer día desde su convalecencia, un carruaje se paró frente a la residencia y una pareja bajó presurosa de él.

Su prisa era tal que olvidaron toda formalidad y, sin esperar a ser recibidos por los anfitriones, se apresuraron a indicar al servicio que fueran conducidos a la habitación que ocupaba la condesa de Brandbury.

Como era habitual a esa hora los tres amigos estaban reunidos en la recámara de Jane, mientras David les leía Alicia en el país de las maravillas. Un libro que habían elegido con el fin de animar la velada y los hermanos se turnaban para leerlo en alto.

Al oír el ruido del carruaje los tres se miraron en silencio, pero no fue hasta que escucharon pisadas acercándose cuando Lucy y David compartieron una mirada cómplice y sonrieron.

Ellos sabían perfectamente de quien se trataba esos recién llegados, pues los estaban esperando. Además habían dado orden al servicio de hacerlos pasar en cuanto llegaran, pues estaban seguros de la impaciencia de estos por llegar cuanto antes junto a Jane.

Y así fue como la puerta se abrió en la recámara, y ante una sorprendida Jane aparecieron la señorita Spencer y su padre.

—¡Oh Jane! ¡Mi dulce Jane! —se escuchó decir a Emma entre sollozos, a la vez que se abalanzaba sobre una Jane que nada más verlos se incorporó sentándose en el lecho para recibirlos en sus brazos.

—¡Emma! ¡Papá! ¡Os he echado tanto de menos!

—¡Ya estamos aquí pequeña! ¡Ya estamos aquí! —le contestó sir Richard mientras rodeaba con sus fuertes brazos a sus dos tesoros.

Durante unos instantes los tres se quedaron callados y abrazados, siendo interrumpido el silencio solo por sus sollozos. La emoción del encuentro era palpable para todo el que los contemplaba, y pronto ambos hermanos también se contenían para no acabar llorando como ellos. Aunque Lucy perdió la partida y las lágrimas se escaparon rodando por su rostro.

Tanto David como Lucy se apartaron para darles intimidad, sabiendo que esto era justo lo que Jane necesitaba para recuperarse.

Pasada la sorpresa vinieron las presentaciones, y la habitación dejó atrás las lágrimas para dar paso a la alegría. Jane estaba tan emocionada que no quería soltarles, y tuvieron que convencerla para que los dejara ponerse cómodos y tomaran un pequeño refrigerio tras el duro viaje.

A Jane no le quedó más remedio que asentir, y aprovechar la ocasión para abrazar a sus amigos y darles las gracias por todo lo que estaban haciendo.

—Siempre estaré en deuda con vosotros por este detalle —apuntó Jane mientras les sujetaba las manos.

—No nos debes nada Jane, lo hemos hecho porque te queremos y deseamos lo mejor para ti.

—¡Gracias! —y no pudo evitar volver a abrazarlos.

Cuando todo se hubo calmado y las horas los fue llevando al sueño, Emma insistió en quedarse esa noche a cuidar de Jane. Algo que en principio se opusieron todos, pero que ella insistió hasta conseguirlo.

—¡No sé cómo una cosita tan pequeña puede ser tan obstinada! —comentó sir Richard cuando vio que era imposible luchar contra ella y solo le quedó ceder.

Emma sonrió a su futuro esposo con todo su amor, y a este no le quedó más remedio que retirarse a su cuarto vencido y desarmado.

Una vez solas en la recámara Emma se sentó en el cómodo sillón que habían colocado al lado de la cama de Jane, y supo sin necesidad de palabras que esta anhelaba hablar con ella.

De hecho este había sido el motivo por el que Emma, aun agotada por el viaje y la incertidumbre, insistió en cuidarla esa noche. Conocía muy bien a Jane y era lógico que tras años de ser su confidente, quisiera compartir con ella los acontecimientos pasados.

—¡Oh Emma! ¡No sé qué va a ser de mí! —repuso Jane recostada sobre numerosos cojines para así poder hablarle mirándola a la cara.

—Si quieres puedes contarme lo que pasó y juntas buscaremos una solución —le dijo mientras le cogía de la mano para darle ánimos.

—Eso sería maravilloso —repuso aunque sin mucho convencimiento.

Jane dejó pasar unos instantes mientras ponía en orden sus recuerdos y sus

sentimientos.

—Lo que te escribí en mis cartas era cierto. Desde que llegamos a Brandbury Hall todo fue maravilloso y nuestro acercamiento fue cada vez mayor. De hecho llegué a pensar que era un sueño hecho realidad y temí despertarme en cualquier momento, algo que por desgracia así sucedió —suspiró e hizo una pausa—. Hará casi una semana algo aconteció que lo cambió todo. Necesitaba salir a pasear después de pasar tiempo encerrada y me pilló una tormenta ya entrada la tarde. Por suerte encontré al capitán York que me sacó de un aprieto, y se ofreció a acompañarme para mantenerme a salvo. Pero Braxton nos vio llegar y creyó... —no puedo evitar callar—. Emma, se puso furioso y me acusó de adúltera.

—¡Pequeña! —Emma no pudo evitar abrazarla al ver su dolor reflejado en el rostro—. Seguro que pronto entenderá que solo fue un malentendido y las cosas volverán a ser como antes.

—No Emma, no lo creo porque hay algo más —avergonzada agachó la cabeza—. Creo que los celos son una excusa para apartarse de mí.

—¡Jane no digas eso! —la regañó.

—Pero es cierto. Descubrí que mantiene correspondencia con una mujer que amaba desde antes de conocerme. La conocí personalmente cuando se presentó en la iglesia el día de nuestra boda, para decirme que él siempre la amaría y por ello nunca seríamos felices. Además leí un par de sus cartas y te aseguro que no se trataban de cartas amistosas.

Emma se quedó observándola digiriendo la noticia que Jane le acababa de dar. Si ella tenía razón, su futuro no pintaba muy prometedor. Aunque le costaba creer que Braxton hubiera engañado a todos con su actuación de prometido complacido y marido cariñoso. Pero Jane no había terminado con su relato.

—Él le escribió diciéndole que se había equivocado al casarse conmigo, y que iba a ir a Londres a solucionarlo todo para volver a estar juntos.

En esa ocasión Emma se sintió indignada. No pudo permanecer de pie por más tiempo tras escuchar algo tan desvergonzado. No tuvo más remedio que levantarse para intentar calmar sus nervios mientras caminaba por el cuarto.

—¡Eso es imposible! Él es tu esposo y debe comportarse como tal. No ir

detrás de otras mujeres y... y —bullía de irritación.

Jane no le hizo caso pues quería acabar cuanto antes de recordar esa noche, y siguió hablando antes de perder el valor.

—Tuvimos una fuerte discusión y le prohibí que se marchara a Londres. Pero eso no es todo, además de marcharse me dijo que cuando regresara no quería verme en Brandbury Hall. Por eso tuve que irme.

—Pues hiciste muy mal —señaló Emma parándose frente a ella para mirarla a la cara—. Tu puesto está en tu hogar con tú esposo. Lo quiera él o no.

—No estoy segura de que todavía tenga esposo —confesó su mayor temor apenas sin voz.

—¡Pues claro que lo tienes! —Le aseguró Emma categórica y volvió a sentarse a su lado para cogerla de la mano—. Mira Jane, vamos a pensar las cosas con calma porque hay varios hechos que no me encajan. Si como dices os iba muy bien y todo empezó por un ataque de celos, ¿No crees que el problema esté en que solo se trate de despecho?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó interesada.

—Tal vez te dejó esas cartas para que las leyeras como una especie de venganza. Algo así como para pagarte con la misma moneda.

—No lo sé Emma, pero creo que no. Él solo puede tener sospechas sobre mi actitud con el capitán David, pero esas cartas implican mucho más. Además la carta de esa mujer debió llegar antes de la discusión por lo que no puede tratarse de una venganza por celos.

—Entonces dime. ¿Crees que él fingía antes de esta terrible noche? ¿Crees que te estaba engañando cuándo estaba contigo? —le preguntó para hacerle ver que cabía esa posibilidad.

Emma pensó que de esa manera Jane no perdería la esperanza pues creía que todo el problema provenía de un malentendido. Estaba convencida de que no se podía fingir el cariño o la atracción, y ambas cosas las había visto en el conde de Brandbury cuando miraba a Jane. Pero ¿se habría dado cuenta ella en el tiempo que llevaban casados? ¿Le habría dicho el conde alguna vez lo que sentía por ella?

—No lo sé Emma. Eso precisamente es lo que no puedo dejar de pensar. Si todo lo que vivimos juntos fue mentira o fruto de mi imaginación —por desgracia Jane no tenía las respuestas, sino un millón de dudas que a cada segundo más la hundían.

—Yo os he visto juntos y no creo que fingiera. Se le veía feliz con el casamiento desde el principio. Además nadie le obligo a ello, elegirte fue su propia decisión. Al fin y al cabo Londres está lleno de jovencitas ricas en busca de marido y hubiera podido optar por cualquiera de ellas.

Jane no estaba muy segura de ese último punto, aunque es verdad que no le había visto interesado por nadie más que por ella durante todo el cortejo.

—Te voy a dar mí consejo —comentó resuelta Emma—. Creo que deberías pensar bien lo que quieres y cuando lo tengas decidido luchar por ello.

—¿Y si me deja? —le preguntó muerta de miedo.

—¿Tú le quieres verdad? —quiso saber aunque sus ojos lo decían todo.

—Le amo desde la primera vez que le vi y cada día que pase le seguiré amando más. Estoy totalmente convencida de ello y por eso tengo pánico a perderlo —confesó llorando por un amor que creía deshecho.

—Entonces lucha por él con todas tus fuerzas. Arrebátaselo a la otra mujer y demuéstrole que nadie te roba lo que por derecho te pertenece —la franqueza y el entusiasmo de Emma impresionaron a Jane.

Nunca habría imaginado que su tímida institutriz le diera semejante consejo. Habría esperado que le dijera que su deber era permanecer en casa y acatar las órdenes de su esposo. Todo el mundo sabía qué era lo indicado en estos casos, y toda mujer aceptaba que su marido hiciera o deshiciera a su antojo sin necesitar su opinión. Pero esta nueva Emma le gustó mucho más, al ser más parecida a la forma de pensar de ella.

—No estoy segura de poder hacerlo, aunque si supiera que de verdad siente algo por mí todo sería distinto, pero después de tanto daño no sé cómo podremos seguir adelante.

—Jane cariño. Te conozco desde hace muchos años y sé que eres una mujer fuerte. Es posible que ahora te sientas perdida y asustada porque todo esto que sientes es nuevo para ti, pero te garantizo que encontrarás la solución y la

fortaleza para salir de esta.

Jane se emocionó por las palabras de Emma y no pudo evitar abrazarla. Era justo lo que su corazón deseaba escuchar, el apoyo que necesitaba para levantarse y continuar hacia adelante. Se prometió a sí misma que buscaría una solución a todos sus problemas, y que esa misma noche dejaría de comportarse como una víctima y decidiría por sí misma su destino.

Ahora solo le quedaba resolver que era lo que estaba sucediendo con su matrimonio, si podía salvarlo y hasta donde alcanzaba los celos y las mentiras de su esposo. Sintió como algo dentro de ella renacía y se prometió que no se dejaría vencer nunca más por nadie.

Aunque ahora el problema era saber si él sentía algo por ella, o sí por el contrario los sentimientos que demostraba tener en realidad nunca habían existido.

—Emma, ¿crees que todo se solucionará? —era la pregunta clave que rondaba su cabeza.

—El tiempo lo dirá Jane. El tiempo y tu corazón —fue su respuesta sincera.

Con todos estos pensamientos rondando por su cabeza se recostó en la cama, preparada para afrontar otra noche de recuerdos y lamentos. Aunque algo le indicaba que en esta ocasión las cosas serían diferentes, y ya no se despertaría gimiendo su nombre enredada entre sábanas, con el rostro mojado por sus lágrimas, y la sensación de opresión en su pecho.

Capítulo XVIII

Cuando Braxton llegó a primera hora de la tarde a Brandbury Hall solo deseaba ver a su esposa. Durante todo el camino había estado pensando que le diría para convencerla que su corazón le pertenecía por entero.

Había imaginado la escena mil veces en su cabeza, y en todas ellas ambos acababan abrazados y haciendo el amor con una intensidad apasionada y

deslumbrante. En ninguna ocasión pensó en la posibilidad de que ella no le perdonara, y menos aún de que no estuviera esperándolo.

Por eso, cuando dejó su cansado caballo junto a las puertas de la gran mansión y entró presuroso, le llamó la atención la atmósfera de tristeza y soledad que guardaban sus paredes.

Sintió un escalofrío al ver la seria expresión del señor Peers, y una punzada de miedo se clavó en su pecho. Aun así no quiso aceptar lo que su intuición le gritaba, y con paso decidido fue hasta el salón preferido de Jane donde esperaba encontrarla.

—¿Peers dónde está mi esposa? —preguntó cuándo no la halló en el cuarto.

Una inquietud creciente le impidió mantenerse quieto y sin esperar su respuesta se dirigió hacia las escaleras.

—La condesa no se encuentra en la mansión, milord —contestó en un tono de voz neutro, pero con una mirada cargada de reproche.

—¿Sabes cuándo volverá? —paró en seco para mirarle esperando no escuchar lo que tanto se temía que había pasado.

—No milord, solo sé que lleva diez días fuera de Brandbury Hall.

Braxton se quedó petrificado al escuchar esas palabras pues sabía perfectamente lo que eso significaba. Su esposa le había obedecido, y se había marchado abandonándole a él y a toda posibilidad de reconciliación.

—Quiero ver a la señora Lewis inmediatamente —ordenó desesperado, enérgico, y muerto de miedo.

Algo le decía que estaba siendo engañado, que estaban jugando con él y su mujer estaba escondida en alguna parte de la mansión. Sin poder esperar a que apareciera la señora Lewis para pedirle respuestas, subió presuroso las escaleras y se dirigió a la recámara de su esposa.

Nada más abrir la puerta sintió que algo del calor que siempre emanaba cuando estaba Jane había desaparecido, aunque el aroma a rosas de su mujer aún permanecía.

Registró sus ropas y sus objetos dándose cuenta que faltaban muchos de ellos. La sensación de un escalofrío recorriendo su cuerpo se acentuó y temió perder

la cordura. Tenía que hacer algo. Debía de haber alguien que supiera donde estaba.

No podía perderse lo que juntos habían conseguido, solo por una confusión y un enfado sin sentido. Él siempre pensó que las duras palabras que se dijeron en el calor de la confusión no se las tendría en cuenta, pues Jane era una mujer inteligente y sabría que no habían sido dichas en serio.

Él nunca quiso que ella se marchara abandonándolo, y pensó que el amor de su mujer por él le impediría que le hiciera caso. Además, en su interior él siempre pensó que las amenazas de ella de dejarlo también eran falsas y que su ultimátum solo era una forma para llamar su atención y retenerlo, pero sin consecuencias.

Cuando ya se marchaba de la habitación la señora Lewis apareció, y por la expresión de su cara supo que le culpaba de la partida de su esposa. Y tenía toda la razón porque él mismo se lo estaba reprochando.

—Señora Lewis. ¿Y mi esposa?

La angustia en su voz, o su semblante desvalido debió de clamar la censura del ama de llaves, pues al escucharle cambió su seria expresión por otra de preocupación.

—Milord está en la residencia de los York.

Nada más escucharla salió disparado hacia la puerta de la recámara, pues no quería perder ni un solo minuto en recuperarla. No pensó que podía estar haciendo ella en esa casa con ese hombre. Los celos no asomaron al escuchar donde se encontraba su mujer, pues solo quería recuperarla y hacer que regresara a su hogar.

—Milord —le llamó la señora Lewis deteniéndole—. Todos en la mansión estamos muy preocupados por la señora. Se marchó muy enferma de aquí el mismo día de su partida y, aunque nos hemos acercado para preguntar por su salud, no hemos podido verla desde entonces.

La cara de Braxton se tensó y palideció ante el comentario del ama de llaves. Su esposa llevaba enferma desde que partió a Londres en busca de su estúpida revelación, perdiendo un tiempo valioso para hallar su perdón.

Ahora se daba cuenta de que no le habría hecho falta ir a ningún sitio para

saber cuáles eran sus sentimientos por Jane. Lo único que habría necesitado era mirarla a los ojos para saber cómo su ser al completo bullía por estar cerca de ella.

—No se preocupe señora Lewis, la traeré de vuelta a Brandbury —indicó no muy convencido, para después añadir en un murmullo—, y todo quedará en una pesadilla.

Sintiendo que el tiempo se le acababa y necesitaba desesperadamente dar con ella, Braxton corrió por pasillos y escaleras para llegar cuanto antes a la residencia de los York.

No tenía ni idea de a lo que se enfrentaba. Si ella desearía verlo, si le perdonaría y regresaría con él, pero sobre todo si se habría recuperado y habría dejado de estar enferma.

Si la perdía por su estúpido comportamiento, por su arrebatado de celos inmaduros, por su arrogancia o por su tozudez, jamás se lo perdonaría en lo que le quedase de vida. Una vida sin sentido al tener el corazón destrozado.



Habían transcurrido cuatro días desde la llegada de su padre junto a Emma, y Jane ya se encontraba mucho mejor. Aunque por dentro seguía destrozada a causa de la pena.

Consiguió convencerles el día anterior para que la dejaran bajar un ratito por la mañana, alegando que le asfixiaba estar recostada en la habitación, y necesitaba un poco de aire.

Sobra decir que ninguno consintió en que saliera al jardín ni por un segundo, aunque la mañana de primavera fuera espléndida y apenas corriera una suave brisa. Pero al menos Jane consiguió pasar unas horas en el salón privado de la familia, bajo los mimos de todos los que se hallaban en la residencia.

Esa mañana se había sentido con más fuerzas y había implorado con su mejor sonrisa para que le dejaran bajar un ratito más por la tarde. Gracias a los cuidados de Emma, Lucy y el doctor Scott, había conseguido reponerse de las

fiebres, aunque aún se sentía algo débil.

Se veía con claridad que aun necesitaba unos días para reponer todas sus fuerzas y así asegurarse que no recayera, aunque nadie podría asegurar cuanto tiempo necesitaría para curar las heridas de su alma.

Esa tarde hacia una temperatura maravillosa y Jane estaba decidida a bajar un rato para tomar un poco de aire. Estaba harta de permanecer inactiva en su habitación, e intentó convencer a Emma para que la ayudara a abrigarse bien y la acompañara al exterior. Por desgracia solo había conseguido la promesa de bajar una hora, y abrir una ventana de la sala. Para hacer algo más tendría que esperar hasta mañana para ver cómo despertaba, y le diera su aprobación el médico.

Resignada a permanecer otra tarde encerrada sintiéndose presa de sus pensamientos y recuerdos, se esforzó por mantenerse serena y no demostrar el dolor que aun guardaba en su interior.

Anhelaba pasear por los jardines para sustituir la ansiedad por vistosas flores que ocuparan sus sentidos. Aunque era imposible apartar de su cabeza la imagen de Braxton y la necesidad de tenerlo cerca. Algo que la angustiaba en silencio.

Un ruido en el hall mientras se arreglaba en su cuarto alertó a las dos mujeres de una visita inesperada, e hizo que el corazón de Jane empezara a galopar al pensar que su esposo había regresado a por ella.

En seguida se reprendió por su ocurrencia, pues estaba convencida de que él ya la habría olvidado y nunca más volvería a verlo. Y menos aún que se preocupara por ella.

Aun así sintió la necesidad de bajar para comprobarlo e instó a Emma a ayudarla. Apoyándose en su brazo y caminando despacio, ambas mujeres salieron del cuarto donde las conversaciones acaloradas se hicieron más audibles.

Muerta de curiosidad y con las piernas temblándole al creer reconocer la voz de la inesperada visita, Jane se dispuso a enfrentarse a la verdad y a sus temores.

En el vestíbulo Braxton estaba exigiendo ver a su esposa frente a una Lucy

decidida que le negaba el paso. Por suerte ella se hallaba sobre los primeros escalones de la escalera para quedar a la misma altura que su adversario.

El mayordomo se mantenía al lado de Braxton para asegurarse de que el caballero no se acercara más de lo necesario a su señorita, en una actitud que dejaba claro que no iba a permitir que la hiciera daño.

Jane se encontraba en lo alto de las escaleras observando la escena a escondidas, incrédula por el escándalo que su esposo estaba dando al querer verla. Algo en su interior se alegró y floreció al verle luchar por ella, pero otra parte más interna y mucho más firme le impidió alegrarse y mostrarse complacida.

—Milord. Me da igual a quien llame, pero usted no va subir por estas escaleras —aseguró enérgica Lucy frente a él, sin sentirse amedrentada por estar ante un hombre que la triplicaba en fuerza. Ella se mantenía firme aparentando una seguridad que en realidad no sentía.

—¡Es mi esposa! Tengo todo el derecho a verla y usted no puede impedírmelo —repuso enfadado Braxton, pues ya estaba demasiado ansioso por querer ver a Jane como para que un pequeño duendecillo le negara el paso.

—¡Esta es mi casa y he dicho que no! —replicó Lucy manteniéndose en su sitio, consiguiendo con ello ser el orgullo de su mayordomo, el cual, observaba con el entrecejo fruncido a un conde cada vez más desesperado.

Braxton no podía quedarse quieto a causa de lo inquieto que se encontraba, y se amasaba el cabello para no caer en la tentación de estrangular a su vecina.

Desde que había llegado a esa casa de locos nada parecía tener sentido, primero por querer negarle el paso, y luego, por no decirle nada sobre la salud de su esposa. Estaba empezando a perder la poca paciencia que le quedaba, y mucho se temía que esa mujercita, como siguiera impidiéndole pasar, acabaría con el panderero en el suelo.

Sin poder aguantar por más tiempo, pues era evidente que si no intervenía Braxton acabaría pasando por encima de Lucy, Jane decidió ser fuerte y enfrentarse a su marido. Al fin y al cabo sabía que esto podía pasar en cualquier momento, y era preferible que acabara cuanto antes por el bien de su salud mental y física.

Despacio, como una diosa salida del olimpo, Jane comenzó a bajar las escaleras ayudada por una asombrada Emma, pues tampoco se esperaba encontrar al conde tan desesperado por verla.

Nada más aparecer en lo alto de las escaleras, Braxton quedo paralizado ante la visión de su esposa. Su pequeña Jane había desaparecido y ante él se encontraba una mujer que le miraba con actitud seria. Aun así su primer impulso fue ir hacia ella y rodearla con sus brazos, pero era evidente por su porte y la expresión de su cara que este recibimiento no sería bien acogido.

Tuvo que contenerse, pero sobre todo deseo que la tierra se lo tragara cuando se dio cuenta de lo pálida y delgada que estaba. Daba la sensación de que flotaba ligera por las escaleras, cuando en realidad las bajaba despacio ayudada por su antigua institutriz debido a sus escasas fuerzas.

Se sentía el ser más despreciable de Inglaterra por ser el causante de tanta pena, y deseó poder retroceder en el tiempo para no haberla acusado ningún dañado, y por supuesto haber escrito esa estúpida carta sin sentido. Los celos y el despecho lo habían llevado hasta donde se encontraba ahora, y solo tenía esa oportunidad de rectificar su error.

—¡Jane! —fue lo único capaz de decir mientras se acercaba un paso a la escalera.

Jane se paró en seco al escucharle, ya que al oír su voz una corriente de energía le atravesó el cuerpo. Fue una suerte que Emma la estuviera sujetando, pues de lo contrario estaba segura de que se hubiera caído rodando por las escaleras.

Volver a verlo fue como si el sol de primavera regresara y pudiera sentir su calor en el rostro después de un frío invierno. Contemplantarlo tan deseoso de abrazarla y de estar con ella le hacía querer regresar a su lado, sin importarle nada más pues sabía que solo con él lograría ser feliz.

Pero una pizca de cordura le impidió dar ese paso, y por mucho que le dolió se mantuvo firme en su puesto. No podía dejarse engañar de nuevo y caer a sus brazos como había hecho en Londres. No se dejaría embaucar por un falso arrepentimiento y unas bonitas palabras cargadas de promesas, cuando lo que estaba en juego era su corazón.

Por eso se propuso mantenerse firme, y agarrando con fuerza la mano de

Emma para que esta le diera ánimos, se sintió preparada para cerrar el paso a ese hombre que tanto daño le había causado.

—Braxton —la seriedad de su voz en su saludo incluso le sorprendió a ella.

—¿Pequeña estas bien? La señora Lewis me dijo que te marchaste enferma y está muy alarmada por ti —su voz parecía preocupada.

En realidad Braxton se sentía más calmado ahora que la tenía ante él, aunque todavía le preocupaba la debilidad que evidenciaba. Se notaba que había estado enferma y se reprendió por no haber estado a su lado, aunque se alegraba enormemente de que estuviera tan recuperada, pues no habría soportado verla postrada sobre el lecho.

Jane no se dejó influenciar por el tono preocupado de su voz y se mantuvo firme en lo alto de las escaleras. Además se dio cuenta de que seguía utilizando a otros como escudo para no demostrar sus emociones, en vez de asumir su culpa y preguntar en su nombre, y no en el de su ama de llaves.

—Cómo puedes ver ya estoy mucho mejor. Le haré llegar una nota a la señora Lewis para que pueda venir a visitarme si así lo desea.

—¿No crees que sería mejor que regresaras a casa? —intentó ser valiente al esperar su respuesta, pero apenas conseguía disimular el temor a que ella se negara.

Podía ver en la actitud de Jane que aún no le había perdonado, y por ello había usado la preocupación de la señora Lewis al preguntar por su salud.

—Regresaré a mi casa en Greenville Hills en cuanto esté mejor —replicó convencida.

—¡Tu hogar está en Brandbury Hall conmigo! —afirmó categórico pues para él este punto no era discutible.

—¿Tengo que recordarte cuales fueron tus últimas palabras antes de irte? —aseveró Jane, viendo como Lucy la miraba orgullosa, y sintiendo la mano de Emma sujetando con fuerza la suya para darle así su aprobación.

—¿Porque no lo hablamos en casa? —imploró Braxton con su voz y su mirada, pues sabía que solo entre sus brazos podría convencerla para que volviera.

—Tú ya hiciste tu elección y ahora me toca a mí hacer la mía —aseguró orgullosa aunque por dentro se estaba muriendo de pena.

Verlo tan desamparado y tan derrotado la estaba destrozando, del mismo modo como lo había hecho su acusación de adúltera. Debió agarrarse con más fuerza a la barandilla para no caerse, al notar como su cuerpo caía al fallarle las fuerzas.

—¡Jane por favor! Lo de aquella noche fue un terrible error. Te juro que no pasa ni un minuto del día sin que me arrepienta de ello. ¡Jane! —imploró Braxton sin que ya le importara el público pues notaba como la perdía.

—¡Emma! —susurró flojito para que solo ella escuchara su suplica.

No tenía más fuerzas para seguir de pie escuchándole, pero sobre todo no se sentía tan decidida a mantenerse firme. Una sola palabra de perdón por parte de Braxton, y ella olvidaría su desplante y regresaría a sus brazos olvidando toda prudencia.

Emma y Lucy notaron que algo malo le pasaba, pues su cara más pálida de lo normal y sus lágrimas a punto de vencerla les indicaban que estaba llegando al límite de su resistencia.

—Aquí me tienes Jane, estoy a tu lado —le murmuró Emma mientras le pasaba el brazo por la espalda para que apoyara el peso de su cuerpo en él suyo.

—¿Jane estas bien? —preguntó preocupado Braxton al ver que esta desfallecía.

Quiso ir a su lado para sujetarla en sus brazos y llevarla a la recámara, olvidando cualquier diferencia que tuvieran. En ese momento sabía que ella le necesitaba y no podía soportar estar tan cerca y dejarla sola. No cuando él también se moría por ayudarla.

Jane no le contestó y despacio empezó a girarse para retroceder hasta su cuarto. Todos los ojos de los presentes estaban sobre ella, mientras esta se esforzaba por mantenerse en pie.

Sabía que su recaída se debía al dolor de su interior más que por cansancio, pero no podía negar que se había sentido lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a él, aunque era evidente que se había equivocado.

—Lo siento milord pero lady Jane no desea su compañía —aseveró Lucy colocándose frente a él cuando Braxton quiso acercarse a su mujer.

—¡Señorita Lucy por favor! ¡Ella me necesita! —no le importó implorarlo, ya que lo único que anhelaba en ese momento era estar junto a su esposa.

—Se equivoca milord, Jane no necesita a un hombre que la abandone cuando este lo crea oportuno, sin importarle otra cosa que no sea él mismo — dijo Lucy con el único propósito de detenerle y así lo consiguió, pues Braxton quedó petrificado al escucharla.

Pero Lucy no estaba dispuesta a dejar la cosa ahí, y suya hizo la venganza en nombre de su amiga, ya que esta se sentía desfallecer al verle tan dolido.

—Solo tenía que haberse quedado al lado de su esposa y nada de esto hubiera pasado— con una mirada acusatoria siguió con sus acusaciones—. Usted hizo su elección milord, y ahora ella ha hecho la suya.

Braxton no supo que contestarle pues tenía razón. Jane le había pedido que no le dejara, amenazando con marcharse, y él se había reído de ella y había partido a Londres sin importarle las consecuencias.

La hizo creer que no le importaba, cuando esta afirmación era solo una mentira dicha para molestarla. Se había equivocado en esta y en otras miles de cosas, y ahora tendría que pagar su penitencia.

Vio como Jane se perdía por el corredor y supo que su oportunidad se había desvanecido. Había ido convencido de su perdón y se había encontrado con una casa vacía. Y ahora, cuando la había tenido tan cerca, había vuelto a perderla al no saber cómo demostrarle su amor y su arrepentimiento.

Decaído se dio media vuelta dejando con ella su corazón, para regresar a una mansión a la que no quería volver. El destino es muy cruel en ocasiones, pero también tenía que reconocer que era justo pues, por culpa de su arrogancia, el mismo se había buscado su castigo.

Capítulo XIX

Sintiéndose vencido por la negativa de su esposa de perdonarle y volver con él, y más al estar protegida por unos custodios que no le permitirían sus avances, Braxton salió de la residencia de los York pensando cómo era posible ser tan desafortunado en temas del corazón.

Solo una vez creyó estar enamorado y resultó que se había equivocado en cuanto a sus sentimientos, eligiendo a una mujer que no se merecía ni una sola de sus atenciones. Por suerte su viaje a Londres le había servido para abrirle los ojos, y así poder ver la clase de persona que realmente era Charlotte.

Pero lo peor de todo es que cuando por fin la suerte le sonreía y le ponía en su camino a una mujer digna de amar, no se daba cuenta del diamante que tenía ante él y la dejaba escapar entre sus manos.

Estaba convencido de que la causa de no saber reconocer el amor era debido, al hecho de que solo conocía este sentimiento en su madre. Por desgracia cuando esta le dejó, sus consejos y sus muestras de cariño también se fueron con ella. Desde entonces solo quedó el reflejo de un padre brutal, de una prometida sin escrúpulos, y de una sociedad que no consiente muestras de cariño en público y fomenta el matrimonio sin amor.

Sumido en sus pensamientos no se percató de dos hombres que se le acercaban caminando. Estos venían de las caballerizas al haber estado haciendo unas gestiones por la finca, y justamente se encontraban a poca distancia de Braxton, el cual estaba a punto de montarse en su caballo por lo que no los vio acercarse.

Cuando el conde se percató de su presencia se les quedó mirando inmóvil, pues estos eran sir Richard Grayson, padre de Jane, y el capitán York, el

hombre al que pocas semanas atrás había acusado de ser el amante de su esposa, y lo había amenazado con matarle si volvía a verlo con ella.

Se veía que los dos hombres estaban observándolo con recelo, y se podría decir que sir Grayson estaba a punto de lanzarse sobre él para romperle la cara. Algo que Braxton no le impediría, pues sabía que su suegro tenía todo el derecho a hacerlo.

Pudo ver con claridad como el capitán York le agarraba del brazo para detenerlo, y le decía unas palabras con el fin de tranquilizarlo. O eso pensó Braxton pues el hombre se paró, apretó los puños, le dedicó una gélida mirada a Braxton, y tras decir algo que el conde no pudo escuchar se desvió alejándose de él y metiéndose en la residencia.

Braxton sabía que era una situación incómoda por parte de ambos, pues se habían quedado los dos hombres a solas. David demostró su educación acercándose hasta estar a pocos metros del conde, y no mostró ningún prejuicio al saludarlo.

—Lord Brandbury.

—Capitán York.

Fueron sus únicas palabras mientras sus miradas se cruzaban y quedaban en silencio.

Braxton sabía que se le había presentado una oportunidad única de disculparse por su comportamiento y su falsa acusación, pero había algo dentro de él que lo hacía ver como un enemigo y no como un amigo. Sabía que era una tontería pensar algo así, ya lo había meditado en Londres, y estaba convencido de haberse precipitado en sus acusaciones.

Había comprobado en la velada de la pasada noche como eran esa clase de mujeres, las cuales tonteaban con caballeros sin importarles su honor, y su esposa no se les parecía en nada. No era como Charlotte que se divertía jugando con los sentimientos de los demás y solo le interesaba su propio bienestar.

Jane era una esposa dulce y amorosa que repartía sus afectos sin maldad. En su forma de ver las cosas no distinguía entre sexos o edades, y no había considerado impropia su amistad con ese caballero, al no albergar por él un

sentimiento que no fuera de afecto.

Es por ello que Braxton debía respetar la forma de ser de su mujer si querían tener un futuro juntos, y aprender a convivir con sus celos por mucho que le costara. Al fin y al cabo debía reconocer que Jane le había demostrado que era una esposa honesta, y que le amaba sin reservas.

Sabía que debía acercarse al capitán y pedirle disculpas, pero su orgullo le impedía dar el paso. Hasta que pensó que sería una forma de empezar de cero y demostrarle a su mujer que se arrepentía de sus actos pasados, y que pensaba rectificar su conducta. Incluso podía ganarse un aliado en la persona del capitán York si conseguía que entendiera sus actos.

Sin querer perder su determinación se acercó unos pasos hasta él y procuró calmarse después de tantas emociones juntas. De este modo quedó ante él, y sin querer perder más tiempo, realizó un respetuoso saludo dispuesto a conseguir su perdón y su simpatía.

—Capitán York, permítame agradecerle los cuidados que tanto usted como su familia están dispensando a mi esposa.

—No hace falta el agradecimiento milord. Todos en mi familia nos sentimos bendecidos por la amistad de la condesa. Así mismo ha sido un placer poder ayudarla y ofrecerle un refugio.

Cuando Braxton se dio cuenta que la actitud del capitán no era guerrera como la de su hermana Lucy, se relajó un poco y supo que su oportunidad para hallar su favor tenía muchas posibilidades. Aunque también era cierto que bajo las palabras de David también se hallaba escondida una acusación que se merecía.

—Permítame además pedirle disculpas por mi comportamiento hacia usted. No debí amenazarle sin haberle dejado dar sus explicaciones. Créame que lo lamento.

—Yo también lo lamento milord. Las cosas hubieran sido más sencillas si simplemente usted hubiera escuchado —le indicó David al no querer perder la oportunidad de reprenderlo por su conducta.

—Tiene usted razón capitán York, pero debo decir a mi favor que los celos me cegaron. Algo que pienso controlar en el futuro —confesó a modo de

disculpas.

—Así lo espero lord Brandbury, pues es lo mínimo que se merece su esposa —dijo David empezándose a notar un semblante más relajado.

—Lo sé —señaló apenado dejando en evidencia su dolor, algo que calmó la rabia de David, al darse cuenta de su sufrimiento y del esfuerzo que estaba haciendo por arreglar las cosas—. Ella se merece todo lo bueno que la vida pueda ofrecerle.

Tanto Braxton como David quedaron en silencio, algo incómodos por estar hablando de estos temas tan personales. Aunque habían sido amigos de niños, llevaban mucho tiempo tratarse solo con la formalidad propia de un par de caballeros, y por ello ambos no sabían cómo encajar los sentimientos en una conversación entre hombres.

Por ello, y tratando de aligerar el ambiente, Braxton decidió ir derecho al grano para terminar cuanto antes con esta incómoda situación.

—Quiero asegurarle que no pienso cumplir mi amenaza de matarle al entender que no tiene sentido, y le pido que comprenda que la dije en un momento de preocupación por la desaparición de mi esposa.

Cada vez se sentía más incómodo al estar disculpándose con un hombre por haberlo visto a solas con su mujer, aunque reconocía que las circunstancias eran especiales, como de especiales lo era su esposa. Sin embargo David parecía estar disfrutando con la turbación del severo conde.

—No hace falta que se disculpe por ello. Entiendo perfectamente por lo que estaba pasando, y debo confesarle que lo más seguro es que yo hubiera reaccionado igual que usted —por un momento David se quedó pensativo y acomodando su postura le comentó a Braxton—: Aunque yo le hubiera derribado del caballo de un buen puñetazo.

Braxton quedó sorprendido por este último comentario, hasta que recordó al muchacho que años atrás había sido su amigo y le hacía sonreír con sus ocurrencias.

—Posiblemente, aunque debo recordarle capitán, que solo nos peleamos en una ocasión y fui yo quien le rompió la nariz —rebatió Braxton con una ligera sonrisa en sus labios al recordar ese incidente de juventud.

De pronto Braxton lo comprendió todo. Los hermanos York eran muy parecidos a Jane y por eso su amistad se había arraigado tanto entre ellos. Jane era vivaz, alegre y juguetona, y recordaba como David de niño era muy parecido a ella, pero sin su toque de ternura.

Fue como si Braxton hubiera abierto los ojos y ante él apareciera por primera vez la realidad y no lo que él creía haber visto. Al comprenderlo consiguió quitarse un peso de encima relajándose. Ante él tenía a un buen amigo de su esposa, y no a su amante.

—Lo recuerdo milord —aseguro David sonriendo—, como también recuerdo que la culpable de mi nariz rota fue una piedra que se interpuso en mi caída y no su puño.

Braxton sonrió al darse cuenta que el capitán recordaba ese incidente, pues había pasado muchos años desde entonces y pensó que ya lo habría olvidado. De pronto deseó saber más de él, de su vida, de que había hecho desde que se vieron obligados a romper su amistad, y se arrepintió por haber obedecido a su padre perdiendo con ello a un buen amigo.

Se recordó permaneciendo solo en la mansión durante horas, con la única compañía de un guardián y un libro. Que diferente habría sido su infancia, y cuanto tiempo había perdido encerrándose en sí mismo. Pero ahora ya no era un niño, y no tenía un padre al que obedecer pues era dueño de su destino.

—Me gustaría capitán York que volviera a considerar mi amistad —dijo Braxton mientras le extendía la mano.

Sabía que les debía mucho a ese hombre y a toda su familia por haber estado al lado de Jane cuando él la había fallado. No era justo que descargara su cólera contra ellos, pues solo él era el responsable de esta situación al ser tan necio. Era por eso que lo mínimo que podía hacer para pagar su falta era ofrecerle su arrepentimiento y su amistad.

—Será un honor milord. Pero con una condición —le soltó muy serio y Braxton intuyó que su petición tendría que ver con su esposa.

—Si está en mi mano capitán, le aseguro que haré todo lo posible por cumplirla —le indicó con su mano aún extendida.

El capitán York le miró por un momento y después mostrándole una gran

sonrisa le dijo:

—Debe prometerme que me llamara David.

Braxton se quedó perplejo al escucharle y no supo cómo reaccionar. Había pensado que le pediría que confiara en su esposa, o que no le colocara en el papel de hombre inmoral. Pero nunca, jamás, habría imaginado algo así. Hasta que cayó en la cuenta de algo.

Braxton le había ofrecido su amistad y el capitán York era un hombre de honor. En su petición de amistad estaba incluida su confianza y su respeto, además de la posibilidad de empezar de cero y eso era lo que el capitán, con tan pocas palabras, le estaba ofreciendo. Olvidarlo todo y volver a retomar su antigua amistad, solo que con la perspectiva de dos caballeros adultos. Sin lugar a dudas ese hombre era especial y sería un honor ser su amigo.

—Así lo haré David, pero solo si usted me llama Braxton.

Los dos se miraron por primera vez en serio, volviendo a encontrar en el otro a esos buenos amigos que habían sido de niños.

—¡Trato hecho! Aunque deberemos guardar las formas en público Braxton. No creo que deba llamarlo así en público o que debamos volver a escaparnos para coger ranas en el río.

Ninguno de los dos pudo evitar sonreír ante el reencuentro y las irónicas palabras del capitán, algo a lo que desde ahora el recto conde debería acostumbrarse.

Sin perder más tiempo, se estrecharon con fuerza las manos para sellar su amistad, y ser desde ahora en adelante David y Braxton, un par de amigos que tras años volvían a encontrarse.

De pronto Braxton perdió su sonrisa y miró hacía la puerta de la residencia que permanecía cerrada. Durante unos minutos su pena había quedado atrás, pero no pudo apartar de su recuerdo a la mujer que amaba y no podía tener consigo. Volvió a sumirse en la desesperanza y supo que su tiempo en esa propiedad había terminado.

Solo le quedaba regresar a su mansión fría y oscura, pues el sol se negaba a atravesar sus muros si dentro de estos no encontraba a su condesa. Un hecho que Braxton entendía, pues él mismo no deseaba volver al lugar que le haría

recordar hasta que su pecho doliera.

Debía enfrentarse a su derrota, y dejarla al cuidado de otros. Aunque lo que más anhelaba era atenderla el mismo, y tenerla para siempre a su lado.

Se había imaginado regresando a Brandbury Hall subida con él a su caballo, para después, con sumo cuidado, llevarla en brazos hasta su cuarto donde la colmaría de disculpas y caricias.

La habría besado volcando todo su amor en sus labios, y le habría hecho el amor hasta que las fuerzas les hubieran abandonado, o ella le hubiera suplicado por su descanso. Le habría encantado tenerla dormida entre sus brazos, hasta que las estrellas se hubieran marchado y la luz del alba calentara su cama.

Y sin embargo, ahora tenía que regresar sin ella y sin saber si algún día le perdonaría. Sintióse solo, confuso y desesperado, al haber perdido su rumbo y su esencia.

—David, prométame que la cuidará por mí —le imploró mirándolo a los ojos.

—No se preocupe Braxton, solo necesita un poco de tiempo para serenarse y después volverá a su hogar. Estoy seguro de ello.

Braxton intentó con todas sus fuerzas creerle, pero un inmenso nudo en el corazón le impidió poder hablar para darle las gracias por su apoyo, como tampoco le dio la oportunidad de poder despedirse. Braxton solo pudo asentir agradecido y encaminarse hacia su caballo. No podía hacer mucho más ahí y la noche se estaba acercando, no solo en la bella campiña sino también en su interior.

Tal vez mañana ella cambiaría de opinión, o quizás al cabo de varios días. Solo sabía que no se iba a rendir y regresaría cada mañana a buscarla e implorarse su perdón y su vuelta a casa.

Con ese pensamiento se dispuso a marcharse, despidiéndose de David con una inclinación de cabeza. Y así, con un trotar ligero, se perdió por el camino que conducía a su propiedad.

Un trayecto de unos cuantos kilómetros que ahora se le antojaba eterno, aunque en el pasado, en más de una ocasión, lo anduvo de niño para encontrarse con los hermanos York.

Cansado, deprimido y furioso consigo mismo, paró su montura sobre la colina que separaba ambas posesiones, y miró a lo lejos la residencia de los York. Allí se encontraba lo que más amaba en el mundo y le estaba vetado por su culpa y su orgullo, al no saber distinguir el amor del deseo y la obsesión de la pasión.

Y ahora debía regresar a una casa sin vida, sin música y sin alegría donde solo le quedaba el recuerdo de lo que pudo haber sido y por su culpa no fue, recriminándose un millar de cosas que no había dicho o hecho, y lamentándose por las veces que no supo callar.

Con esa sensación de pérdida llegó a Brandbury Hall donde la señora Lewis y el señor Peers le estaban esperando. Se notaba que estaban impacientes por saber sobre su señora, y fue evidente su tristeza al verlo aparecer solo.

Ellos también habían confiado en que Jane regresara con su esposo y se sintieron desolados al ver que se habían confundido.

Braxton no tuvo valor para mirarles a los ojos y simplemente pasó por su lado sin apartar la vista del frente, aunque estaba claro que en él ya no quedaba la arrogancia de antaño.

Había vuelto sin Jane y sin una fecha concreta para ir a buscarla. Caminó por el vestíbulo que ahora se le antojaba más frío, más tétrico, y más oscuro de lo que lo había sido en su vida, al haber perdido su calor por no estar esperándolo ella. Hubiera dado cualquier cosa por haber entrado como otras muchas veces y haberse encontrado a su alocada esposa recibéndolo con un abrazo.

—Lord Brandbury, ¿cuándo va a volver la condesa? —le preguntó el ama de llaves apenada, consiguiendo que la rabia y la pena creciera en el corazón de Braxton.

—Señora Lewis, la condesa no va a regresar por el momento.

Fueron sus únicas palabras antes de encerrarse en su despacho con un portazo. No quería ver a nadie, ni saber de nada que no fuera olvidar sus errores y la pérdida de la mujer que amaba. Ya nada merecía la pena, y ansiaba poder tener un momento de paz para dejar de sentirse vacío por dentro. Se creía un fracasado que no podía conseguir lo que más quería por mucho que el capitán David quisiera darle esperanzas.

Pensaba que de nada serviría llorarla porque no volvería, de nada serviría llamarla porque no le escucharía, y de nada serviría amarla con toda la fuerza, la pasión y la entrega que su corazón albergaba, porque ella ya no quería amarle.

Solo le quedaba una cosa por hacer para dejar de llamarla, de desear lo imposible y de necesitarla, y era perderse en el influjo del líquido ambarino del bourbon para no notar su ausencia. Se había comportado como un idiota al creerse invencible, dejando escapar lo más valioso que había tenido en su vida. Y ahora, viéndose en el cuarto vacío, no le quedaba otra salida más que refugiarse en la bebida hasta que se le quemaran las entrañas y consiguiera aplacar su recuerdo.

Pero no pudo olvidarla y los días fueron pasando hasta convertirse en varias semanas. Cada día seguía recibiendo sus negativas para regresar a su lado, e incluso para verle, creyéndose Braxton en el infierno de los remordimientos y de la soledad.

Fue un tiempo de arrepentimientos, de reproches y penas, que pasaban silenciosos y lentos como castigo por su arrogancia.

Esa era su rutina y su máxima aspiración. Poder contemplarla por unos instantes, aunque solo fuera a lo lejos.

Y ahora, como tantas otras noches de vigilia, sentado en su solitario despacho, el cual se hallaba medio destruido por un ataque de rabia, Braxton solo podía emborracharse mientras el anhelo de verla se volvía insoportable.

— ¡Jane! —el deseo de estar a su lado hizo llamarla, con la esperanza de que el viento llevara su súplica a sus oídos.

Solo pretendió ser un susurro y no un grito cargado de lamento. Pero el deseo de estar junto a ella era tan intenso que convirtió el murmullo en un clamor, y la esperanza del perdón quedó en una triste desilusión visible por sus lágrimas.

Y sin más, el viento llevó el nombre de Jane por el páramo hasta donde las nubes viajaban en silencio. Entre sombras, riscos y matorrales, la súplica del corazón de Braxton voló por el aire hasta convertirse en un sueño.

Así le llegó el ruego a Jane, envuelto en un susurro mientras yacía en el lecho

semidormida. Escuchó en la lejanía la voz de Braxton llamándola y rogándole su perdón, queriendo llevarla hasta él y despertándola del sueño al creerlo a su lado, mientras le susurraba su nombre y le mostraba en sus ojos todo el amor que guardaba para ella.

Y Jane no pudo hacer otra cosa más que llorar durante horas, hasta que el cielo recuperó su color celeste.

Capítulo XX

Cuando Jane vio asomar las primeras horas de la mañana por la ventana, y tras saber que no volvería a conciliar el sueño, decidió levantarse de la cama y salir a dar un paseo. Tal vez así conseguiría despejarse tras haber pasado una de las noches más amargas de su vida.

Jane se había despertado cada pocos minutos de un agitado sueño, al creer escuchar una y otra vez a Braxton llamándola. Le había sido imposible descansar tranquila después de ese inquietante sonido, pues sentía como si algo la agitara y tirara de ella.

Fue una sensación extraña ya que él no estaba cerca, pero aun así hubiera jurado oírle decir su nombre y querer apoderarse de ella. Percibió su voz

como una especie de llamada de urgencia, y sintió como sí no pudiera resistirse a ir a su encuentro.

Trató de volver a escucharlo una vez que se hubo despejado tras ver salir el sol, pero a lo lejos solo le llegó el sonido del viento como prueba de que estaba en un error.

Hubiera jurado que esa voz no había sido un sueño y que Braxton la estaba llamando desde el páramo, urgiéndola a correr para refugiarse en sus brazos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y tuvo que asomarse a la ventana para comprobar que él no estaba cerca esperándola, antes de que empezara a dudar de su cordura.

Decidida a dejar atrás el dolor se puso un vestido, se protegió con un fuerte abrigo, pues la mañana se presentaba fresca, y sin hacer ruido salió por la puerta de servicio. Con la suerte de su parte pues todavía nadie de la residencia de los York se había levantado a hacer sus quehaceres.

No tenía ningún rumbo decidido, pues lo único que deseaba era salir a despejarse y calmar un poco su corazón. Solo caminó decidida mientras sentía el aire fresco en su rostro, y dejaba que los tenues rayos del sol le acariciaran. Sentir esa sensación la hizo salir de la pesadilla de las últimas semanas y pudo volver a ser ella misma.

Había echado de menos la libertad de andar por el campo, de escuchar la brisa correr a su lado y recrearse en el canto de los pájaros que la llamaban por su nombre. Se había olvidado de lo que era vivir y ser una misma, pues durante todo ese tiempo solo fue una sombra indecisa que se hallaba en un túnel sin salida.

Sintiéndose feliz por primera vez en semanas, se sentó en lo alto de una colina desde donde se podía divisar la residencia donde había estado exiliada.

Una residencia que desde esa distancia parecía acogedora y alegre, pero que ella recordaba lúgubre por la amargura que había sentido entre sus muros. Un lugar que pronto tendría que dejar pues no podía seguir abusando de la hospitalidad de los York.

Sabía que debía decidir si volver a Brandbury Hall e intentar seguir adelante con su matrimonio, o regresar a Greenville Hills y empezar de nuevo. Pero algo dentro de ella le hacía querer volver a la mansión que consideraba su

hogar junto con su esposo, y lo que ella decidió que sería su futuro.

Durante días había hablado con Emma, con su padre y con sus amigos, y todos coincidían que la decisión era suya y que no podía acallar la voz de su corazón. Esta le decía que anhelaba volver con Braxton a Brandbury Hall donde juntos lograrían salir adelante.

Sabía que había sido injusta con su esposo al no querer escucharle y lamentaba no haberse sentido con fuerzas para haberse enfrentado a él.

Ella no era una cobarde pero algo le había pasado esos días después de la discusión que le hizo retraerse y no querer enfrentarse a la verdad, y eso era que por primera vez en su vida sentía miedo. Ahora, lejos de los muros protectores que durante días la habían custodiado, se daba cuenta de que esa había sido la causa de tanta negativa a verlo y a escucharle.

No era rabia, o creerse engañada, era simplemente temor a perderlo por cualquier motivo. Como por ejemplo; Por ser insuficiente para él, por no poder ser la condesa que necesita, por no poder cambiar y madurar como él le pidió, y por mil pequeños detalles que se le podrían escapar de las manos generando un caos como el que habían tenido antes.

Había vivido ignorante de esta verdad hasta que leyó esta carta, y supo que jamás se sentiría segura al lado de Braxton hasta que este le dijera que la amaba solo a ella. Y esa realidad era la que la estaba consumiendo, como una sentencia de muerte a la que no podía apelar, aun sabiendo que sería su final.

Era cierto que en los ojos de Braxton parecía reflejarlo en ocasiones, y que su perdón sincero así también lo afirmaba. Pero durante todo el tiempo que lo conocía, nunca, en ninguna ocasión, le había dicho que la amaba.

Sin saber que su amor era seguro, ella no tendría a donde amarrarse en las tormentas, no obtendría la seguridad de que todo se arreglaría, y no podría confiar en que él no volviera a marcharse. Necesitaba escuchar de sus labios una declaración de amor sincera para poder sentirse fuerte y no tener temor. Justo como era antes de conocerle y cuando creía en el amor verdadero.

Sumida en estos pensamientos no escuchó el trote de un caballo acercándose a lo lejos. Ni a un jinete que sobre su montura trataba de distinguir la figura que estaba sentada en lo alto de la colina. Un lugar especial, pues cada mañana, a esas mismas horas y desde hacía varias semanas, él lo ocupaba para poder

verla.

Un jinete que no pudo creer la suerte de encontrarse con la mujer que más anhelaba ver, un jinete que la había echado de menos hasta la saciedad y que durante toda la noche la había estado llamando. Un jinete que, tras varias semanas de incierto, volvía a sentir esperanzas al verla.

Sin querer asustarla por el ruido del caballo, y temiendo que saliera corriendo para huir de él, detuvo a su montura y se acercó caminando dispuesto a aprovechar esta ventaja que los ángeles, después de tantas súplicas, le habían concedido.

No fue hasta que estuvo más cerca cuando Jane se percató de su presencia. No podía distinguirlo con claridad, por la distancia que aún los separaba, pero por su porte al andar se figuró que no sería un criado.

Las tenues luces del amanecer le impedían ver con claridad la figura, ya que las tenían de frente, y solo rebelaban las formas de una silueta de hombre, pero desafortunadamente le impedían ver su rostro.

Durante un segundo el mundo se detuvo ante un presentimiento y Jane, casi sin aliento, buscó cualquier señal que pudiera aclararle si estaba equivocada, o si su intuición le indicaba que era cierto lo que ella pensaba.

A lo lejos pudo ver un caballo pastando y como el jinete, cada vez más cerca, caminaba con unos andares arrogantes que solo podían pertenecer a un hombre. A Braxton.

Justo en ese momento sintió como si algo en su alma clamara por ir a su encuentro, por abrazarlo y por pedirle que la llevara consigo. Algo en ella estalló llevándose toda la tristeza, la amargura, los reclamos y los temores, quedando solo el anhelo del amor que ese caballero con su cuerpo, su mente y su alma le ofrecía.

—¡Braxton! —dijo su nombre al viento para que este le confirmara su deseo.

Sin saber muy bien que hacer se puso en pie, y esperó sobre lo alto de la colina hasta que su caballero llegara y, con suerte, le reclamara su amor. Solo así se rompería la maldición y ambos amantes podrían volver a estar juntos para disfrutar con su unión.

Ahora solo le quedaba comprobar si los cuentos de hadas se podían hacer

realidad, o si estos solo habitan en la mente de los soñadores.



Si fuera verdad que el cielo le habría dado esta oportunidad, si estuviera a su alcance poder convencerla de su amor y de su necesidad de tenerla, si pudiera hacerla ver que su mundo no tiene sentido si ella no está en él. Si fuera el destino tan indulgente de concederle esta oportunidad, Braxton sería capaz de suplicar de rodillas para que le perdonara y volviera a ser su pequeña.

Él, de momento, solo podía seguir caminando despacio hacia su encuentro, implorando para que no se marchara dejándole claro que lo suyo había terminado. Debía seguir acortando con cada paso la distancia que los separaba, mientras su cuerpo le imploraba para que corriera a su lado y la abrazara con todas sus fuerzas para no volver a perderla.

Verla sobre la colina, con los rayos del sol bañando su figura, era como contemplar a una hechicera invocando a los poderes del amanecer para hacerle perder la cabeza. Con el viento peinando su cabello, su cara iluminada por el sol, y sus mejillas sonrosadas por la sorpresa, paso a paso Braxton se fue recreando en ella mientras recordaba cada roce, cada beso, y cada caricia que ese cuerpo le había ofrecido en el pasado.

A solo un par de pasos, sabiendo ya que su visión era real y no producto de un sueño, Braxton y Jane se quedaron en silencio, pues solo podían contemplarse e implorar para que la diosa fortuna no volviera a separarlos.

Ninguno supo con qué palabra romper la barrera que les separaba para acabar con su tormento, permaneciendo callados unos segundos mientras se comían con la mirada, y sentían como el pecho se expandía hasta dolerles.

Pero Braxton sabía que ante él tenía una oportunidad de oro que no podía desaprovechar. Y armándose de valor, decidió abrirle su corazón para demostrarle con palabras y hechos, que la amaba y que nunca más volvería a dejarla, pues había comprendido que ella era la razón de su existencia, su guía y su destino.

—Jane, he deseado tanto esta oportunidad que no sé por dónde empezar —se

veía claramente en su mirada la verdad que encerraba sus ojos—. No consigo encontrar las palabras que expresen lo mucho que lamento todo el daño que te he hecho. Lo siento pequeña, lo siento.

Braxton no pudo contenerse y las lágrimas comenzaron a caer por su rostro. Se estaba arriesgando tanto en ese momento, que no se sentía capaz de afrontar otra derrota. No cuando la tenía tan cerca y su amor era tan intenso.

Mientras, Jane solo podía escucharle pues su cuerpo no le respondía a causa de la sorpresa. Quería decirle un sinfín de cosas y poder preguntarle qué era lo que sentía por ella. Poder aclarar sus dudas, saber que era lo que él pensaba y sobre todo que planes albergaba para el futuro. Pero simplemente se quedó paralizada al verle, y solo fue capaz de contemplarle y observar en su rostro el sufrimiento por el que estaba pasando.

Fue ese dolor reflejado en su rostro lo que la hizo darse cuenta de que Braxton había cambiado, pues ahora veía en sus ojos un brillo que antes no tenía. Darse cuenta de ello, de cómo la miraba, la hizo comprender que tenía la oportunidad de descubrir sus secretos con solo estarse quieta y escucharle.

—Fui un necio al no darme cuenta de cuales eran mis verdaderos sentimientos por ti. Creí estar enamorado de otra persona cuando en realidad era a ti a quien amaba. Jane —la llamó acercándose a ella—, te amo y no sabes cómo lamento no haberme dado cuenta antes.

Al ver que ella no reaccionaba y simplemente se le quedaba mirando, Braxton se temió lo peor. Supuso que Jane ya no creía en sus palabras y que su declaración había llegado demasiado tarde. Pero en realidad solo Jane sabía lo que estaba sintiendo.

Decidido a no perderla se arriesgó a seguir hablando con el fin de demostrarle lo que guardaba en su interior.

—Mi pequeña —le dijo mientras le acariciaba el rostro con dulzura—. Por favor regresa conmigo porque sin ti no soy nadie. Te lo suplico mi amor, no me dejes, no podría resistirlo.

Con el corazón de Jane apuntó de salirse del pecho no pudo aguantarlo por más tiempo, decidida a concederle su perdón, se abrazó a Braxton con todas sus fuerzas con el fin de no apartarse nunca de él.

—¡Braxton! —susurró entre sus brazos emocionada por su declaración.

—Jane te amo, por Dios que te amo —declaró Braxton llorando de felicidad mientras la abrazaba con todas sus fuerzas—. Perdóname cariño mío. No te imaginas como lo siento —no podía evitar decirle al estrecharla entre sus brazos.

Jane había soñado con que le declarara su amor, aunque temía que solo le prometiera permanecer a su lado y darle su cariño. Pero lo que nunca pudo imaginar, fue que Braxton le dijera que la amaba, y que sin ella no era nadie.

Escucharle declarándole su amor fue algo maravilloso, que le produjo la mayor felicidad que jamás había sentido. Fue como si en su interior se abrieran unas compuertas y se derramara sobre ella todo la ternura, la pasión y la dicha que llevaba guardando desde que supo que lo amaba.

Fue como recibir un bálsamo para sus heridas que en segundos cicatrizaron, y le hicieron darse cuenta de lo afortunada que era, pues no todo el mundo tenía la suerte de ser correspondido.

Rodeándole con sus brazos, sintiéndole tan cerca, pudo volver a respirar y a creer en la esperanza.

—Siempre te he amado Braxton. Incluso cuando intenté odiarte por haberme roto el corazón, pero no pude conseguirlo al amarte demasiado —le confesó Jane sin poder separarse de su abrazo.

—Te juro que no volveré a hacerlo, y te dejo a cambio mi corazón para que seas tú su dueña absoluta. Haz con él cuanto desees, pues desde hoy te prometo que no volveré a separarme de tu lado.

Para Braxton tenerla entre sus brazos fue como si le abrieran las puertas del paraíso. Había temido tanto su rechazo, que verla tirarse a sus brazos le produjo una felicidad que jamás había experimentado.

Saber que le perdonaba y que aún le amaba, fue como volver a nacer y darse cuenta de lo afortunado que había sido. Una oportunidad única que no pensaba desaprovechar, pues sería un necio si negara que ansiaba volver a sentirla.

Tenerla entre sus brazos, como tantas veces lo había deseado, fue como volver a casa tras un largo y agotador viaje. Un trayecto que jamás volvería a emprender, pues desde ese momento estar con ella sería su mayor privilegio.

Aquí, entre sus brazos, se dio cuenta que había llegado a su hogar, pues ella era todo lo que necesitaba para ser feliz.

Deseoso de volver a probar su boca, Braxton la miró a los ojos y tras ver que en ellos seguía ese amor que lo había transformado, bajo sus labios hasta rozar los suyos. Y desde ese momento, simplemente, sus almas se fundieron.

No hubo pasado, presente, ni futuro, solo dos enamorados que con sus besos se reclamaban y expresaban todo lo que su corazón sentía. Un par de amantes sobre una colina que olvidaron todo, excepto su amor y su necesidad de sentirse unidos.

Un beso cargado de pasión, de deseos e ilusiones. Un roce que les llevó hasta el cielo y les hizo creer que todo era posible, cuando tienes el sabor de tu amante en la boca, y sus brazos te rodean con fuerza. Un beso que les demostró que el amor es más fuerte que el odio y que el perdón puede darte una felicidad inmensa.

Cuando ese beso que lo cambió todo terminó, y volvieron a mirarse a los ojos, ambos se dieron cuenta de que algo en el otro había cambiado. Ahora estaban convencidos de que se amaban y que se entregarían para siempre a ese nuevo sentimiento.

Un amor más fuerte, más puro y maduro. Un amor procedente de la verdad de sus sentimientos, de las dichas y de las desgracias, pero sobre todo de saber lo importante que es la otra persona.

Un amor que había nacido medio escondido y temeroso, para resurgir pletórico y pleno.

—¿Volverás conmigo a casa? —le preguntó Braxton esperanzado.

—¡Sí! No podría estar en otro sitio que no fuera a tu lado —le confesó Jane convencida de que era eso lo que quería, y consiguiendo que Braxton sonriera de pura felicidad.

—¡Entonces démonos prisa! —exclamó riendo mientras la cogía en brazos y se dirigía con ella hasta su caballo.

Jane se agarró fuerte a su cuello, y se dejó llevar por su esposo, feliz de volver a encontrarse otra vez entre sus brazos.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido —apuntó Braxton mirándola sin poder creerse su suerte, y sin poder dejar de contemplarla.

—Disponemos de toda una vida para recuperarlo —repuso Jane sintiendo un escalofrío de placer al saber que pasarían el resto de sus vidas juntos.

Entonces Braxton paró junto al caballo, y receloso de soltarla, la miró muy seriamente a los ojos y le dijo:

—Una vida no será suficiente mi amor, no cuando te he necesitado tanto.

Y así el conde y la condesa de Brandbury se besaron, sellando su destino bajo un sol de primavera que siempre iluminaría sus corazones.

Un sol que les guiaría en los momentos difíciles, y les haría ver con total claridad que nunca más iban a estar solos, pues desde ahora se tendrían el uno al otro para afrontar los infortunios de una larga vida.

Con las prisas propias de un par de enamorados montaron a caballo, y juntos emprendieron el camino de regreso a su hogar. Un lugar que se encontraba dentro de ellos, y donde solo con su amor podrían encontrarlo. Un hogar que con el tiempo compartirían con sus hijos, y que fortalecerían bajo los muros de Brandbury Hall.

Y así el solitario conde aprendió de su dulce condesa, como un amor sincero y puro puede enseñarte a amar, a olvidar, y a perdonar.

Epílogo

Brandbury Hall.

Primavera de 1879

ontemplando dormir a su pequeña, Braxton se sentía el hombre más dichoso de la tierra. Ni todas sus posesiones, ni todo su poder, ni todo su linaje glorioso, se podrían comparar a tener entre sus brazos a esa linda criatura que con solo una mirada le había robado su corazón.

Habían transcurrido cinco años desde que volvió a su hogar galopando, mientras sostenía en sus brazos a su esposa. Desde entonces sus días habían sido un continuo descubrimiento, al darse cuenta de que la vida puede ofrecerte un sinfín de posibilidades si te atreves a mirarla de frente.

Ahora tenía a una amante esposa que a diario le seguía sorprendiendo y enamorando. Una mujer que con la edad había madurado en cuanto a su cuerpo, al haberse vuelto más curvilíneo, más sexual y experimentado, pero que seguía manteniendo ese espíritu alegre y juguetón que desde el principio le había conquistado.

Por supuesto que amarla y compartirlo todo con ella también le había cambiado a él. Ahora era un hombre más comunicativo, más permisivo, y mucho más feliz. Un hombre completamente entregado a su esposa, a su hogar y a una vida que tan bien le había tratado. Aunque en ocasiones esta le diera algún que otro disgusto.

Como hacía unos días, cuando Jane se enfrentó por segunda vez a un parto, y él creyó morirse de angustia al tener que volver a revivir la incertidumbre de saber cómo acabaría.

Por suerte, como en la ocasión anterior, Jane salió sin problemas del alumbramiento regalándole el más bello premio después de su amor. Una hija preciosa que era la viva imagen de su madre.

Una muñequita que nada más verla consiguió enamorarle al ver en ella la más perfecta muestra del amor de su mujer. Verla tan pequeña entre sus brazos, pero a la vez con su mirada fija en él como retándolo, logró conquistarle de una manera que jamás creyó posible. Una cosita delicada que le tenía tan absorto, que no escuchó como se acercaba su madre.

—¡Sabía que te encontraría aquí! —susurró flojito para no despertar a su hija, la cual descansaba complacida entre los brazos de su padre.

Desde su nacimiento padre e hija se habían vuelto inseparables, y cada vez que el conde desaparecía todos en la mansión sabían que este había ido al

cuarto de la niña para tenerla en brazos. Algo que sabían que mal acostumbraría a la pequeña, pero que nadie tenía corazón para negarle.

—Me pareció escucharla llorar —enseguida soltó como excusa pues sabía que la mayoría de las veces funcionaba.

Jane sonrió al saber del truco de su esposo y le besó una vez que llegó a su lado. Luego, feliz de ver a ambos tan unidos, se asomó para ver la carita de su pequeña que dormía encantada entre los brazos de su padre.

—¡Sabes! Voy a empezar a sentirme celosa. Ya no recuerdo la última vez que me cogiste en brazos —repuso ella fingiendo una voz lastimera.

—Entonces tendré que hacer algo al respecto. Porque no quiero que dudes que para mí tú siempre serás la primera —y tras sus palabras le pasó un brazo por la cintura para acercarla a él y darle un beso profundo.

Habían pasado muchas cosas desde que volvió a recuperarla tras su ataque de celos. Desde entonces amarla había sido igual de sencillo que respirar, pues estar a su lado le resultaba reconfortante, y le hacía desear dar gracias a diario por un amor que crecía con las pequeñas cosas cotidianas.

Un amor que le había dado tanto y que había cuidado con cariño pues no estaba dispuesto a estropearlo. Desde esos días oscuros no había vuelto a sentir celos como los de antes, si bien no podía remediar quererla solo para él.

Tener que compartirla con amigos y parientes no le agradaba en exceso, aunque tuvo que aprender a lidiar con ello.

Entre estos casos se encontraban sus padres, pues Emma la necesitó cerca para que la ayudara a preparar la boda, para cientos de encuentros familiares y para celebrar juntos las festividades.

Sin menospreciar las numerosas ocasiones en las que la feliz pareja pasaba una larga temporada junto a ellos para disfrutar de su nieto, y más ahora que había venido al mundo un nuevo miembro de la familia.

También eran frecuentes las visitas de su amiga Madison para escapar de algún pretendiente que su madre quería endosarle, y así aprovechaba la para contarle todos los cotilleos de la ciudad.

Como la vez que le contó cómo Charlotte fue abandonada por su prometido días antes de su boda, pues se rumoreaba que la había encontrado en brazos de otro hombre como una vulgar ramera. Ese fue el motivo por el que acabó casada con un americano sin linaje, y tuvo que irse a vivir a esas lejanas tierras con la esperanza de dejar atrás el escándalo.

Pero todo ello no tenía la menor importancia si conseguía alegrar a su esposa, y Braxton se sentía complacido de poder darle todos sus caprichos.

Además, él contaba con la ayuda de su buen amigo David para recordarle, con su habitual sentido del humor, lo afortunado que era por tener a una esposa como la suya. También se convirtió en una excelente compañía para las tardes de pesca, cuando Jane organizaba reuniones de damas en la mansión, y ellos utilizaban el pretexto de esta actividad considerada masculina para huir de las invitadas.

Una actividad que también pareció gustarle a sir Richard cuando se encontraba en Brandbury Hall, y les acompañaba encantado con su caña de pescar cada vez que iba de visita. Aunque lo que más le gustaba era pasear por los jardines de la mansión junto a su esposa Emma y su nieto.

Sobra decir que Braxton y sir Richard hicieron las paces, y juntos consiguieron mantener una relación cordial que poco a poco fue ganando en cariño y respeto.

Pero lo mejor de todo fue el regalo que hace tres años Jane le ofreció. Un primogénito igualito a su padre que era el orgullo de todos y que tenía encantado a su madre. Aunque su abuelo Richard jurara que en realidad el niño era igualito a él.

Alexandre Braxton Jennins, futuro conde de Brandbury, nació unas navidades en medio de la nieve y de una comadrona que no llegaba. Nunca en su vida Braxton pasó tanto miedo como lo hizo ese día, ni se sintió tan inútil y perdido.

Ese veintiséis de Diciembre se convirtió en un acontecimiento especial, no solo por el nacimiento del pequeño, sino porque le hizo ver a Braxton que la vida era muy traicionera y que podía perder lo que más amaba en cualquier momento.

Y ahora, con la llegada de su hija Elizabeth, la vida le había vuelto a

demostrar que estaba cargada de sorpresas y emociones que merecían la pena ser vividas.

Jane apoyó la cabeza en el hombro de su esposo mientras contemplaba a su pequeña dormir.

—¿Tienes que darle de comer? —preguntó Braxton encantado de tener tan cerca a sus dos mujeres.

—Sí, le tengo que dar la toma de la noche.

Jane se había mantenido firme en su decisión de darle el pecho lo más a menudo que podía, aunque tenía que reconocer que era un lujo tener un ama de cría que le permitiera dormir varias horas de más por las noches.

Por ello se dirigió a su mecedora dispuesta a amamantar a su pequeña. Uno de los momentos que a Braxton más le gustaba, pues Jane reflejaba en su rostro todo el amor que guardaba en su corazón.

Con cuidado Braxton le entregó a la pequeña y se arrodilló a su lado para mirarlas embelesado, sin percatarse del paso del tiempo ni de cualquier otra cosa que no fueran ellas.

—¿Se ha acostado ya Alex?

—¡Oh cielos! Se me olvidó decirte que te estaba esperando para que le dieras las buenas noches.

—Me acercaré entonces a ver si ya se ha dormido.

Braxton se levantó sintiendo que sus rodillas ya no eran tan fuertes como de joven, y besó a su esposa y a su hija la cual no paraba de tragar complacida. Después, feliz al llevarse consigo la imagen de sus dos mujeres en una actitud tan tierna, se fue hacia el cuarto de su hijo.

Al entrar vio una lámpara que alumbraba tenuemente y a Bolita que dormía a los pies de Alex en su propia cama.

Desde el nacimiento del pequeño el gato no se había separado de él siguiéndole a todas partes, siendo imposible desde el primer momento separarles. Ni chupetones, ni pisotones, ni tiradas de pelos o del rabo lo alejaron de él, y nunca un gato fue tan bueno y cuidadoso como el viejo Bolita lo era con su pequeño dueño.

Como era costumbre Bolita miró curioso quien osaba perturbar el sueño de su amo, entornando para ello un poco sus ojos. Al fin y al cabo el gato siempre sería igual de perezoso, y el paso de los años no lo volvería más activo

Braxton le lanzó una mirada a su antigua sombra, pues hasta el nacimiento de Alex no se vio libre del acoso gatuno. Algo que agradecía, pues no estaba acostumbrado a que le siguieran a todas partes, y siempre tuviera que mirar por donde caminaba para no pisarle o sentarse encima. Por no decir que le hacía gracia que un gato tan holgazán se hubiera convertido en el guardián de un niño tan inquieto.

Sin hacer ruido se acercó a la cama de su hijo y le apartó un mechón oscuro de su rostro. Sin querer despertarlo le dio un ligero beso de buenas noches dejando sus mejores deseos en él.

—¡Buenas noches hijo! —le susurró.

—¡Buenas noches papá! —le contestó Alex sorprendiendo a Braxton al creerlo dormido y consiguiendo que este sonriera.

Era evidente que físicamente era igualito a él, pero por dentro tenía la picardía y la alegría de su madre. Una mezcla que con la edad sería muy peligrosa, ya que rompería más de un corazón. Como muestra de ello tenía a todas las mujeres que vivían por los alrededores comiendo de su mano, pues se desvivían por elogiarlo y besuquearlo, esto último para disgusto del niño.

—Duérmete granujilla antes de que la nana se entere que aun sigues despierto.

—Es que te estaba esperando —le acusó Alex con un ojo abierto y otro cerrado para asegurarse de que la nana no le pillara por sorpresa.

—Entonces me disculpo por la tardanza —Braxton sonrió y volvió a besar a su hijo que, aun sin quererlo, ya estaba empezando a ser vencido por el sueño —. Y ahora duérmete antes de que nos pille y nos castigue a los dos.

Alex sonrió al escuchar a su padre y cerró con fuerza los ojos como queriendo acelerar el sueño. Absolutamente encantado con su hijo Braxton se incorporó, contemplando durante unos segundos. Un pequeño diablillo con un corazón de oro y un espíritu indomable, que conseguiría con los años hacer que a su padre le salieran más de una cana.

—Cúidalo Bolita —le indicó al gato como hacia cada noche, y despacio se

marchó del cuarto entornando la puerta.

Mientras tanto Bolita volvió a cerrar el único ojo que conseguía mantener abierto a causa del cansancio, y se durmió junto a su pequeño dueño con el propósito de compartir sus sueños.

—¿Ya está dormido el granujilla? —preguntó la señora Lewis, ahora conocida por todos como nana.

—Está en ello —le respondió el conde mientras la veía asomar la cabeza por la puerta.

—Eso espero, porque si no mañana no habrá tarta de chocolate de postre —repuso ella sabiendo que Alex la escucharía.

Y así fue pues dentro de la habitación se sintió una queja que hizo que Braxton y la señora Lewis sonrieran.

—¡Es igualito a la condesa! —aseguró Braxton aun sonriendo.

—En cuestión de tartas de chocolate, yo diría que es igualito a su señoría —declaró convencida la señora Lewis, consiguiendo con ello que Braxton riera aún con más fuerza.

—¡Buenas noches señora Lewis! —le deseó el conde a su ama de llaves.

—¡Buenas noches milord!

Aun sonriendo entró en el cuarto de la pequeña, justo cuando Jane acababa de meterla en la cunita.

—¿Ya ha terminado la tragona? —le preguntó Braxton mientras se acercaba a su hija y le daba el beso de buenas noches.

—Hace apenas un minuto.

—Entonces ahora es mi turno.

Y sonriendo juguetón se acercó a su esposa, la besó, y sin que a ella le diera tiempo a quejarse la cogió en brazos.

—¿Qué haces? ¡Vas a despertarla! —le dijo Jane sonriendo encantada por la sorpresa, y recordando que esa misma noche le había acusado de no cogerla en brazos desde hacía mucho tiempo.

—Entonces será mejor que no hagas ruido —le susurró Braxton tapándole la

boca con un beso, y saliendo al corredor con ella en brazos como si fuera lo más natural del mundo, y para deleite de la señora Lewis y de algún que otro criado —. Además hay algo muy importante que tenemos que celebrar.

—¿El qué? —preguntó curiosa mientras se apretaba más fuerte a su cuello y apoyaba la cabeza en su hombro.

—¡Mañana de postre hay tarta de chocolate! —dijo risueño.

Jane no pudo evitar soltar una carcajada y mirándole a los ojos repuso:

—¡Pero cariño!, eso es solo si eres un niño bueno.

Braxton entró en la recámara de la condesa, cerró de golpe la puerta, y tirándola sobre la cama le contestó:

—Entonces me quedaré sin postre, porque esta noche no pienso ser bueno.

Regalándole una pícaro sonrisa Braxton se quitó la chaqueta y se lanzó sobre la cama cayendo al lado de Jane, consiguiendo que ambos se rieran a carcajadas.

Esa noche ambos disfrutaron de sus besos y caricias hasta que cayeron exhaustos, sin importar otra cosa que el placer que compartían y que solo juntos experimentaban.

Fue una noche de dicha cargada de sentimientos, y de la promesa de toda una vida ofreciéndose mutuamente su amor, su cuerpo, y su alma.

Nota de la autora

Me gustaría dar las gracias a todas aquellas lectoras que habéis leído mi libro. Sin ti jamás esta bilogía hubiera alcanzado el éxito obtenido, al no haber permanecido durante semanas entre las novelas de romance más vendidas.

Gracias también a todas aquellas que me seguís por mis redes sociales y me apoyáis en cada uno de mis proyectos. Vosotras sois mi base y mi sustento del que, como escritora, me alimento. Mil veces gracias por hacer que la palabra amistad tenga verdadero sentido.

También quisiera agradecer a todas aquellas que me han impulsado a conseguir una historia propia para Madison y Aron. Debo deciros que me habéis convencido, y que pronto podréis disfrutar de ella. Aunque eso sí, será un libro independiente a la bilogía.

Por el momento la idea para la novela es esta:

Imaginaos la iglesia de Saint James con toda la nobleza elegantemente ataviada mientras espera a una novia que se retrasa. Dicha novia, angustiada por un matrimonio dispuesto por su madre, se encuentra escapando por la ventana de la capilla ayudada por su tía Henrietta y su buena amiga Jane, la condesa de Brandbury.

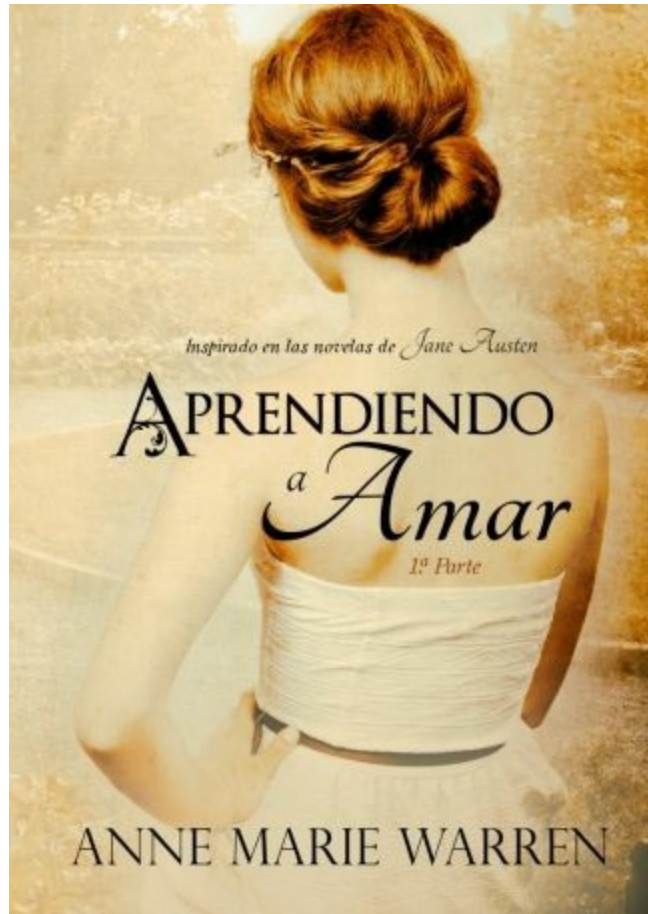
Pero como eso solo sería un buen comienzo, imaginaos además que al huir se confunde de barco subiéndose a uno que va a América y no a Irlanda.

Esta historia en si ya sería interesante, si no se enredara cada vez más, y resultara que tanto el barco como el camarote pertenecen a Aron Shelton, amigo y socio de Braxton.

Una huida, un encuentro, un viaje de negocios convertido en una aventura, y una mujer decidida a no regresar a Londres hasta estar segura de que su madre no le tiene reservado otro viejo pretendiente.

¿Os gusta la idea? Si es así, espero tenerla terminada pronto para que podáis disfrutar de ella.

NO TE PIERDAS LA PRIMERA PARTE DE ESTA BILOGÍA



SINOPSIS

¿Podrá el joven corazón de Jane enamorarse profundamente de lord Brandbury y conseguir de este olvide a su verdadero amor?

Lord Brandbury es un conde obligado por las circunstancias a elegir entre su amor por Charlotte o el cariño que le despierta Jane. Una rica y jovial heredera que con su matrimonio pondría sacarlo de la bancarrota, aunque para ello se viera obligado a renunciar a la mujer que durante años fue su amor secreto.

Un triángulo amoroso donde los engaños, el orgullo, y los sentimientos enfrentados se entremezclan en una relación en la que nada es lo que parece. Una novela inspirada en la obra de Jane Austen, en donde la bondad de un

corazón sincero luchará por aprender lo que significa amar.